

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

PROPAGANDA Y CENSURA EN LAS NOVELAS DE HINO ASHIHEI E ISHIKAWA TATSUZO
DURANTE LA SEGUNDA GUERRA SINO-JAPONESA (1937-1945)

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN HISTORIA

PRESENTA:

MARÍA CAMILA RODRÍGUEZ DE LA VEGA ISAZA

ASESOR: MTRA. LEONOR GARCÍA MILLE

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX, 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Martha, a quien le debo todo

A Héctor

A Ricardo

A Mario

A Tere

A Nora

A Cecilia

A quienes siempre me han sido mi ejemplo y apoyo

A quienes siempre me han empujado hacia adelante

Índice

Introducción.....	1
Capítulo 1: Desarrollo histórico de la ideología imperialista en Japón y el camino a la Segunda Guerra Sino-Japonesa.....	7
1.1 Antecedentes: Militarización y las raíces del imperialismo en el periodo Meiji.....	9
1.2 Tensiones diplomáticas con China. El problema de Manchuria.....	13
1.3 La Gran Depresión de 1929 y un nuevo impulso militar.....	17
1.4 El incidente de Manchuria en 1931 y rompimiento con Occidente.....	21
1.5 El inicio de la Segunda Guerra Sino-Japonesa (1937).....	24
1.6 El Nuevo Orden y la Gran Esfera de Co-Prosperidad del Este de Asia.....	28
Capítulo 2: Propaganda y censura en el Japón de los años treinta.	35
2.1 La propaganda militar e imperial.....	36
2.1.1 Del discurso a la realidad: La propaganda japonesa en China y la ocupación.....	43
2.1.2 Propaganda y entretenimiento.....	49
2.2 Censura y control mediático.....	54
Capítulo 3: Literatura controlada: la propaganda en Hino Ashihei y la censura a Ishikawa Tatsuzo.....	65
3.1 Hino Ashihei: Vocero del soldado raso en el frente.....	66
3.1.1 La <i>Trilogía de los soldados</i>	71
3.1.2 La <i>Trilogía</i> como propaganda.....	74
3.2 Ishikawa Tatsuzo: Perturbador de la paz.....	79
3.2.1 <i>Soldados vivientes</i> y la censura.....	84
3.2.2 <i>Soldados vivientes</i> , contradicciones y el conflicto moral de la guerra.....	89
Capítulo 4: Similitudes y contrastes en las dos obras. La frontera entre propaganda y censura.....	95
4.1 La representación de los soldados en las novelas: Sentimentalismo y violencia.....	96
4.2 Víctimas y Victimarios: Las relaciones entre chinos y japoneses en las novelas.....	110
4.3 Los emblemas de la nación: El tennō, la divinidad y la bandera.....	119
Conclusión.....	125
Bibliografía.....	129

Introducción

En el este de Asia, la década de 1930 se caracterizó por el creciente conflicto entre Japón y China por ser reconocidos como la potencia hegemónica de la región. El conflicto inició con agresiones japonesas en el noreste de China, en el territorio denominado Manchuria y desembocó en la Segunda Guerra Sino-Japonesa, que se declaró oficialmente en 1937. Estos enfrentamientos fueron consecuencia de las crecientes ambiciones imperialistas de Japón, que intentaba presentarse como un país fuerte y autónomo que no pudiera ser dominado por las potencias euroamericanas que se estaban expandiendo por Asia. Para llevar a cabo estas ambiciones, desde finales del siglo XIX se había puesto en marcha un plan de modernización y militarización que se deseaba fortaleciera a Japón como nación y le permitiera encarar los desafíos de las nuevas dinámicas internacionales.

Las hostilidades con China condujeron a que Japón rompiera relaciones con la Liga de Naciones desde 1933. Posteriormente, al alargarse la lucha armada, Japón firmó el Pacto Tripartito o del Eje con Alemania e Italia, con lo cual ingresó al conflicto de la Segunda Guerra Mundial, extendiendo su frente de guerra por el Pacífico Sur. La lucha se prolongaría hasta la rendición de Japón en agosto de 1945.

Entre 1937 y 1945, la cotidianeidad japonesa estuvo marcada por la guerra, y eso significó una serie de dinámicas sociales, políticas e ideológicas muy particulares, tanto entre la población civil como en el gobierno y la milicia. Esto es particularmente visible en la producción artística, pues una buena parte de la misma se dedicó a retratar la guerra de diversas maneras. El gobierno, que deseaba garantizar el apoyo de la población, implementó programas de propaganda y censura para controlar los discursos e ideas que se podían difundir. Parte de estos programas consistía en utilizar los medios de entretenimiento en beneficio de los intereses gubernamentales. Por esto se diseñaron estrategias que, empleando el arte, le permitieran al gobierno moldear la opinión pública a su favor.

Lo anterior causó que las expresiones artísticas como el teatro, el cine, las artes visuales y la literatura se transformaran para adaptarse a este entorno limitado y controlado, muchas veces convirtiéndose en medios de difusión de la propaganda. Quienes no se conformaron con los discursos sancionados por el Estado –ya fuera de manera directa o implícita– fueron amedrentados, castigados y censurados; bastantes artistas fueron hechos presos y torturados por cometer lo que se llamó “crímenes de pensamiento”.

El objetivo de este trabajo será analizar dos obras literarias representativas del periodo de la Segunda Guerra Sino-Japonesa, que servirán como ejemplo de la injerencia del Estado en la producción de esos años. Además, utilizando las dinámicas de propaganda y censura implementadas en esa época, se explicará de qué manera estas obras fueron empleadas como herramientas para moldear la opinión pública y el papel que sus autores desempeñaron en esta empresa.

Ambas novelas fueron escritas durante el primer año de la guerra y retrataban eventos similares: el conflicto armado en China y los desafíos que enfrentaban los soldados combatiendo en el continente, pero cada una recibió un trato completamente diferente por parte del gobierno y la censura.

La primera, *El lodo y los soldados* (1938) de Hino Ashihei (1907-1960), se convirtió en un vehículo de propaganda; fue ampliamente elogiada por la milicia y muy bien recibida por el público lector japonés. El escritor se convirtió en uno de los rostros más representativos de la guerra y en una aclamada celebridad a los ojos de la población general. La segunda novela, *Soldados vivientes* de Ishikawa Tatsuzo (1905-1985), fue censurada al punto que se prohibió su distribución y no pudo ser publicada hasta 1945, ya terminada la guerra. El autor fue, además, acusado de “perturbar la paz” y mientras duró el conflicto tuvo que autocensurar sus escritos para poder seguir publicando.

Las vidas y obras de ambos autores ya han sido analizadas de manera individual, empezando por Donald Keene, quien señala a Hino e Ishikawa como dos de los autores más “típicos” de la literatura de la época. David Rosenfeld ha

hecho un recuento de la vida de Hino y la importancia que su obra tuvo durante la guerra¹, mientras Haruko T. Cook utiliza la vida y obra de Ishikawa como ejemplo de los diferentes tipos de censura, sus aplicaciones y las consecuencias para quienes eran sometidos a ella.²

Además de esto, las trayectorias de las obras y sus autores también han sido estudiadas en contraste una con otra pues se han considerado complementarias entre sí, tanto como ejemplos de las dos caras del control mediático implementado por el gobierno durante la guerra, como por las drásticas diferencias en sus personificaciones del conflicto y los soldados. Jeff E. Long las toma como ejemplos en extremos opuestos para comparar y analizar la obra del escritor Hayashi Fusao y dónde se ubicaba este autor en el espectro ideológico de la época.³ Jonathan Abel explica la forma en que estas dos novelas fueron tratadas por el gobierno japonés y en qué manera se expresaban en ellas los límites entre el discurso canonizado y las ideas prohibidas.⁴ El presente trabajo se inserta en esta última línea de investigación, pues se pretende comparar ambos textos y exponer las diferencias temáticas y tonales que determinaron que una de ellas se convirtiera en propaganda mientras la otra era censurada y prohibida.

Partiendo de estas dos novelas, se utilizarán dos grandes herramientas del control mediático e ideológico –la propaganda como medio de difusión de las ideas oficialistas y la censura como instrumento para suprimir el pensamiento de oposición– para establecer un marco o contexto de los límites establecidos y de qué manera influyeron en los contenidos de las obras. Se analizarán los mensajes aprobados y los prohibidos con el fin de comprender las características generales y los detalles sutiles del discurso oficialista bélico y qué aspectos de ellos llevaron

¹ David M. Rosenfeld, *Unhappy Soldier: Hino Ashihei and Japanese World War II*, Lanham, Md., Lexington Books, 2002, 180 pp.

² Haruko Taya Cook, "The Many Lives of Living Soldiers", en Mayo, Marlene J., J. Thomas Rimer y H. Eleanor Kerkham [eds.], *War, Occupation and Creativity: Japan and East Asia, 1920-1960.*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2001, pp. 149-175.

³ Jeff E. Long, "The Japanese Literati and the 'China Incident': Hayashi Fusao reporting the battle of Shanghai", en *Sino-Japanese Studies*, vol. 15, 2003, pp. 27-45.

⁴ Jonathan E. Abel, "Canon and Censor. How war wounds bodies of writing", en *Comparative Literature Studies*, Vol. 42, No. 1 (2005) pp. 74-93.

a que la generalidad de los japoneses sintiera tanto fervor por el esfuerzo bélico. Al analizar las novelas y ver en qué medida se acoplaban o no a los mensajes oficialistas y de qué manera lo hacían, se podrá observar el aspecto práctico del dominio ideológico y cómo los límites establecidos dieron forma a la producción artística y cultural del periodo.

En el primer capítulo se expondrá, a grandes rasgos, el contexto histórico de las obras a tratar y sus autores; es decir, se describirán los eventos más importantes en cuanto al desarrollo del imperialismo en Japón y sus relaciones con los países vecinos y las potencias euroamericanas en las primeras décadas del siglo XX. Asimismo, con el fin de comprender la carga ideológica que recaía sobre el pueblo japonés, se explicarán los antecedentes generales de la directiva imperialista japonesa, por qué se convirtió en parte tan integral del desarrollo de este país, y cómo fue puesta en práctica desde finales del periodo Meiji (1868-1912) hasta los primeros años de la década de 1940, cuando inició el conflicto a gran escala en el Pacífico. Se pondrá particular atención a la retórica con la cual se pretendía justificar las invasiones militares, especialmente con respecto al conflicto en China.

Una vez establecido el contexto histórico y los fundamentos ideológicos que marcaron este periodo de la historia japonesa, en el segundo capítulo se revisarán los mecanismos gubernamentales empleados para sostener esta ideología. Específicamente se analizará la propaganda y su uso como herramienta para difundir las ideas que se deseaban reproducir de acuerdo a los intereses del gobierno y la milicia. Se presentarán las formas en que la propaganda se integró al medio artístico y el papel que éste tuvo en la difusión del mensaje imperialista. En el mismo capítulo se explicarán los métodos y lineamientos del aparato de censura que sirvió para silenciar las voces disidentes, así como la forma en que estos límites fueron asimilados en los medios de información y la literatura. Además, con el fin de presentar a grandes rasgos cuáles eran las opiniones y pensamientos que para el gobierno eran o no aceptables, se explicarán las formas en que ambos instrumentos eran aplicados para mantener el control sobre la opinión pública y

garantizar el apoyo de la población y las consecuencias que ello tuvo en el arte y entretenimiento de la época.

Lo anterior se ejemplificará con más claridad en el tercer capítulo, en el que se revisarán las obras de Hino Ashihei e Ishikawa Tatsuzo en cuanto a su relación con el Estado, cómo una de ellas se convirtió en propaganda mientras que la otra fue censurada. Se hará una breve exposición de las vidas de ambos autores y de las características generales de sus obras que explicarán las diferentes respuestas que ameritaron. También se analizará el proceso al que cada obra fue sujeta, cómo la *Trilogía de los soldados* se utilizó como propaganda y de qué formas fue censurada *Soldados vivientes*.

Por último, en el capítulo cuatro, se comparará el contenido de las dos novelas y se analizarán las diferentes connotaciones en la representación de temas comunes como las relaciones entre chinos y japoneses, o el estado mental y emocional de los soldados para comprender las sutiles variaciones de tono y las diferentes intenciones de los autores que determinaron la divergencia en sus trayectorias. Se expondrá cómo la *Trilogía de los soldados* incluía algunos mensajes que en otro contexto hubieran sido objeto de censura, mientras que *Soldados vivientes* tocaba algunos temas de manera acorde al discurso propagandístico, lo cual demostrará que la frontera entre lo permitido y lo prohibido no siempre estaba bien definida.

Los ejemplos de las novelas servirán para evidenciar en qué medida el contexto puede influenciar la producción literaria de un momento histórico determinado. En ellas se verán reflejadas algunas de las principales ideas que fueron características de la época, las cuales aparecen en las obras como resultado del alcance y penetración de la propaganda y los discursos oficiales.

CAPÍTULO 1: DESARROLLO HISTÓRICO DE LA IDEOLOGÍA IMPERIALISTA EN JAPÓN Y EL CAMINO A LA SEGUNDA GUERRA SINO-JAPONESA

A grandes rasgos, entendemos imperialismo como una actitud o doctrina política que, por lo general, parte de una supuesta necesidad económica de expandir o asegurar mercados en la esfera internacional, para lo cual un país extiende su dominio sobre otro(s), ya sea por medio de la fuerza militar para establecer dependencias coloniales, o utilizando sus ventajas económicas para obtener condiciones mercantiles que lo favorezcan.⁵ El término se utiliza generalmente para referirse al proceso que comenzó con la creación de los imperios coloniales europeos en Asia y África a mediados del siglo XIX, aunque el fenómeno no es exclusivo de este periodo. En el caso de Japón, los principales avances imperialistas se dieron como respuesta a la expansión de los mercados euroamericanos en Asia y la necesidad de modernizar a la nación para integrarse al mercado internacional, retomando antiguas ideas de extender la influencia japonesa en el continente.⁶ Este proceso estuvo marcado por la constante disyuntiva entre el dominio económico y el militar, por lo que entre 1868 y 1945 se dieron constantes choques entre los grupos que deseaban una expansión agresiva y aquellos que deseaban una política más moderada.⁷

Las autoridades civiles, en particular el Ministerio de Política Exterior, abogaban por cuidar los intereses económicos de Japón. Se pretendía conseguir beneficios monetarios y acuerdos comerciales que fueran ventajosos para el país, pero manteniendo una relación de cordialidad y cooperación con las potencias occidentales, particularmente Estados Unidos y Gran Bretaña. Esto le garantizaría

⁵W.G. Beasley, *Japanese imperialism 1894-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1987, pp. 1-6.

⁶ Las intenciones de expandirse hacia el continente no eran originales del siglo XIX, ya desde el siglo XVI se realizaron importantes expediciones hacia Corea con la intención de conquistar, notablemente la realizada por Toyotomi Hideyoshi (1537-1598) uno de los tres unificadores de Japón y gobernador *de facto* al momento de lanzar dichas expediciones.

⁷Beasley, *op. cit.*, pp. 96-97.

a Japón mayores oportunidades en el centro y norte de China, pero a cambio, no debía ejercer demasiada presión en cuanto a la expansión territorial.

El ejército tenía ideas diferentes. La renovación Meiji (1866-1869) que había puesto fin al largo periodo del shogunato Tokugawa (1603-1868) y reinstaurado al *tennō*⁸ como figura central del gobierno, había incrementado el poder de los militares, dándoles incluso la capacidad de influenciar en la elección de ministros del gabinete.⁹ Durante el periodo Shōwa (1926-1989), las prerrogativas militares se volvieron prioritarias. Esta facción abogaba por la importancia de fortalecer la defensa de Japón por medio de las fuerzas armadas y de expandir las fronteras para combatir a los enemigos del exterior: el imperialismo euroamericano, el comunismo soviético y el nacionalismo chino.

Con el fin de entender el contexto político e ideológico en Japón durante el periodo de la Guerra del este de Asia (1937-1945); en este capítulo se analizarán las ideas fundamentales de la directiva imperialista en el Japón moderno y cómo se implementaron dichas ideas para justificar los avances militares de Japón sobre China y el Pacífico Sur.

Inicialmente se hará una breve exposición de los antecedentes de la directiva imperialista y cómo estas ideas fueron evolucionando en el transcurso del siglo XX en respuesta a eventos tanto internos como externos. Posteriormente se explicarán brevemente los hechos del conflicto de Japón con China, iniciando con el problema de Manchuria y hasta la declaración de la guerra en 1937.

Finalmente se observarán los diferentes momentos de choque entre los bloques del gobierno japonés que preferían tener influencia imperialista puramente comercial y económica, contra el ejército que favorecía la expansión militar sobre nuevos territorios.

⁸ 天皇 (lit. "soberano celestial") Término para referirse al emperador de Japón.

⁹ Shen Mo, *Japan in Manchuria. An Analytical Study of Treaties and Documents*, Manila. Grace Trading Co. Inc., 1960, p. 6.

1.1 Antecedentes: Militarización y las raíces del imperialismo en el periodo Meiji.

La renovación Meiji fue un periodo de grandes cambios en la política, economía y sociedad japonesa. Durante estos años se sembraron los fundamentos del empoderamiento de la milicia y se plantearon las directivas de política exterior que Japón seguiría durante toda la primera mitad del siglo XX.

En 1858, Japón, aún bajo el gobierno Tokugawa, firmó el Tratado Harris con el gobierno de Estados Unidos, lo cual implicaba la apertura comercial de algunos puertos de la capital en Edo y el beneficio de la extraterritorialidad a los nacionales estadounidenses. Estos tratados fueron consecuencia, en parte, de las derrotas de China ante los poderes europeos en las Guerras del Opio, las cuales resultaron en tratados desiguales¹⁰ y lo que W.G. Beasley llama el “sistema de tratados portuarios”.¹¹ Lo anterior provocó que Japón sintiera la urgencia de modernizarse con el fin de evitar una humillación similar. En menos de diez años, toda la estructura gubernamental había cambiado. Como lo apunta Lothar Knauth, la renovación Meiji fue a una respuesta “a las amenazas de desintegración, reales o posibles, que acompañaban al expansionismo colonial e imperialista euroamericano”.¹² Es por esto que la modernización no implicó solamente una renovación política y económica, sino también un nuevo impulso militar que buscaba defender a la nación del peligro de las potencias extranjeras.

Una de las políticas implementadas por el gobierno Meiji fue la reconfiguración del ejército, imponiendo el servicio militar obligatorio y la expansión de las fuerzas armadas tanto terrestres como marinas. Sobre este tema,

¹⁰ Entendemos por “tratados desiguales” aquellos en los que una nación vencedora impone a una vencida condiciones desfavorables para mantener la paz. El término suele usarse para referirse a los tratados firmados entre China y Gran Bretaña tras las Guerras del Opio y que estipulaban la apertura de puertos, concesiones territoriales, extraterritorialidad y exenciones en impuestos comerciales entre otros beneficios para los comerciantes ingleses.

¹¹ Sistema empleado por el “colonialismo occidental” en el siglo XIX, mediante el cual los países de Asia se veían coaccionados a firmar tratados desiguales que permitieran la apertura de algunos puertos al comercio con las potencias occidentales. Beasley, *op. cit.*, 279 pp.

¹² Michitoshi Takabatake, Lothar Knauth y Michiko Tanaka [comps.] *Política y Pensamiento Político en Japón, 1868-1925*, México, El Colegio de México, 1992, p. 133.

el estadista Yamagata Aritomo (1838-1922)¹³ publicó en 1882 un texto en el que aseguraba que incrementar las filas del ejército para defender las fronteras era un problema apremiante que se debía tratar inmediatamente:

Si en este momento no recuperamos nuestro tradicional espíritu militarista, si no ampliamos el ejército y la marina, si no transformamos nuestro imperio en un gran barco de guerra con el que difundamos nuestra fuerza por todas partes, con espíritu fuerte, viril y valiente, sin duda los enemigos directos y próximos que despreciábamos se aprovecharán de nuestra debilidad. Si se llega a tal extremo con los brazos cruzados ¿Cómo mantendrá la independencia el Imperio y cómo se fortalecerá?¹⁴

El peligro del imperialismo euroamericano se consideraba inminente, por lo que debían tomarse medidas urgentes para mejorar la posición política y económica de Japón, así como fortalecer su ejército para poder defenderse. Esto condujo a que se acentuara una ideología imperialista que le permitiera al país competir en el nuevo escenario internacional. Es decir, Japón buscó transformar sus relaciones con los países vecinos para formar parte de los países colonizadores, no de los colonizados.

Beasley cita un documento de discusiones del Estado Mayor del Ejército japonés elaborado en 1887 por la oficina encargada de las cuestiones de China y Corea, en el que se preveía un hipotético ataque a China por alguno de los poderes euro-americanos.¹⁵ Se alegaba que este posible ataque representaría una amenaza para la paz en Asia y justificaba que Japón tomara la delantera, con la idea de independizar la región de Manchuria y anexionar Taiwán y el norte de China, así como establecer un protectorado japonés en el sur de este país.¹⁶ La existencia de este documento cuarenta años antes de que comenzaran las agresiones japonesas directamente en territorio chino muestra un temprano

¹³Militar y político, dos veces Primer Ministro de Japón (1889-1896 y 1898-1900). Fue uno de los siete *genrou* (estadistas que contribuyeron en gran medida a la restauración Meiji y eran muy respetados por la clase política, que extraoficialmente aconsejaron a los emperadores Meiji, Taisho y Shōwa. Ben-Ami Shillony, *Politics and Culture in Wartime Japan*, p. 7.).

¹⁴Aritomo Yamagata, "Opinión acerca de la expansión militar", en Takabatake, M., *Política y Pensamiento Político en Japón, 1868-1925.*, p. 139.

¹⁵Beasley no menciona si el documento tiene un título o si hay nombres específicos ligados a él.

¹⁶Beasley, *op. cit.*, p. 46.

interés en la región. Además, se puede ver un uso temprano de la amenaza occidental como justificación para el avance japonés sobre el continente.

Entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, Japón se vio envuelto en dos importantes guerras con las naciones vecinas. La primera contra el imperio Ching en China (1894-1895) y la segunda contra el imperio ruso (1904-1905). Las victorias de Japón contra estas dos potencias lo colocaron en la mira internacional como potencia militar y económica, aumentaron sus capacidades industriales y a la vez facilitaron su avance territorial sobre el continente. El triunfo sobre China le permitió aumentar su influencia sobre Corea. Asimismo, obtuvo control de Taiwán y la península de Liaotung, en el sur de Manchuria.

Lo anterior se convirtió en la fuente del conflicto con Rusia, que al finalizar le permitió a Japón adquirir Port Arthur, conseguir reconocimiento de su autoridad en Corea (para posteriormente anexionarla) y obtener los derechos sobre las vías férreas del sur de Manchuria, un paso más para lograr controlar esta provincia. Además, las guerras sirvieron como una demostración del éxito de la renovación militarista, e hicieron que internamente crecieran la confianza y el respeto por las fuerzas armadas.¹⁷ Se decía que “el ejército había ganado la guerra, pero el gobierno había perdido la paz”¹⁸, por lo cual la milicia se sentía con derecho a incrementar su influencia en la sociedad japonesa y participar en la toma de decisiones políticas y presupuestarias.

En 1907 se emitió un documento titulado “Principio de defensa nacional del Imperio Japonés” en el que se delineaba un plan a largo plazo para continuar con la modernización iniciada por el gobierno Meiji y el desarrollo de Japón como potencia económica y militar en el Este y Sur de Asia. El documento planteaba defender los intereses de Japón en Manchuria y Corea, y proteger el desarrollo

¹⁷Gordon L. Rottman, *Japanese Army in World War II. Conquest of the Pacific 1941-1942*. Oxford, Osprey Publishing, 2005, P. 6.

¹⁸Ian Nish, “Japan’s Tug-of-War after the Russo-Japanese War” en Guy Podoler, *War and Militarism in Modern Japan. Issues of History and Identity*, Reino Unido, Global Oriental LTD, 2009, p. 10.

económico en el sur de Asia “para ampliar nuestros intereses y nuestro poder”.¹⁹ Además, aseguraba que el carácter japonés siempre había mostrado preferencia por tomar la ofensiva como defensa, lo cual le había proporcionado grandes victorias en el pasado, como las recientes contra China y Rusia. Por ello, incitaba a tomar la ofensiva en Asia oriental contra todos cuantos se opusieran al poder nacional japonés, y a continuar fortaleciendo a la marina y el ejército por igual para estar preparados para atacar si llegase a ser necesario: “La defensa nacional del Imperio debe ser ofensiva esencialmente.”²⁰

En este texto también se señalaba que los posibles enemigos que Japón tendría que enfrentar en el futuro serían: Rusia en primer lugar, pues podría estar planeando una guerra de revancha, seguida de Estados Unidos, Francia y Alemania.²¹ Sobre China establecía que el Imperio Ching era débil, pero que podría conseguir ayuda de otras potencias para intentar recuperar sus derechos o promover sentimientos nacionalistas y anti-extranjeros para iniciar una revolución, por lo que debía ser vigilado.

Este documento llama la atención desde una perspectiva actual, pues pareciera que sus lineamientos se cumplieron casi al pie de la letra en las siguientes tres décadas: Japón anexionó Corea en 1910, ocupó Manchuria en 1931 y en 1937 le declaró la guerra a China con el pretexto de combatir sus políticas anti-japonesas. Además, el poder del ejército continuaría creciendo hasta ver a un general y Ministro de Guerra convertirse en Primer Ministro²² una vez que Japón se lanzara a la guerra en el Pacífico Sur.

En 1916 Uchida Ryohei (1873-1937),²³ fundador de la organización ultranacionalista llamada *Sociedad del Dragón Negro* publicó un panfleto titulado

¹⁹Takabatake, M. *Política y Pensamiento Político en Japón, 1868-1925.*, pp. 254-257. El autor del documento no se menciona.

²⁰*Ibid.*

²¹ Japón y Gran Bretaña habían firmado un tratado de alianza en 1902, por lo que en el momento de emisión de dicho documento, no se la consideraba un posible enemigo a futuro.

²²Tōjō Hideki (1884-1948) fue nombrado Ministro de Guerra en 1940 y obtuvo el cargo de Primer Ministro al año siguiente. Conservó ambos puestos hasta 1944.

²³Político y teórico del ultranacionalismo y el pan-asianismo.

Shina kyuketsu ron (Consideraciones sobre un acuerdo con China²⁴) en el que aseguraba que al terminar la Primera Guerra Mundial, Japón y Gran Bretaña se disputarían la hegemonía en el Este de Asia, por lo que era necesario fortalecer la relación de amistad con China. Declaraba, sin embargo, que esta amistad no podría ser en términos igualitarios, pues según el documento, China ya había “renunciado” a tener relaciones igualitarias con otras naciones cuando firmó los tratados desiguales con Gran Bretaña y Estados Unidos. La relación sería de “comunidad y beneficio mutuo”, pero Japón establecería el “camino”.²⁵ Además, Japón debía tomar posesión de Manchuria y Mongolia. En estos territorios se implementarían las mismas políticas que se habían impuesto en Corea y Taiwán y que presuntamente mejorarían la economía y las condiciones de vida de los habitantes en los nuevos territorios conquistados. Estas posesiones traerían nuevos inﬂujos de materia prima, necesaria para el desarrollo de la industria. Una vez más se aprecia en un documento de carácter no-oficial la intención de apoderarse de Manchuria y Mongolia utilizando la presunta amenaza de una posible invasión o guerra contra las potencias occidentales y la búsqueda de nuevas fuentes de recursos naturales como excusa para dicha estrategia. Asimismo, se encuentran nociones de cooperación con China, pero que implicaba que Japón tuviera mayor influencia en la toma de decisiones.

1.2 Tensiones diplomáticas con China. El problema de Manchuria

Lo que se denomina como Manchuria corresponde a una región al norte de China originalmente conocida como las Tres Provincias del Norte: Kirin, Heilungkiang y Fengtien (renombrada Liaoning en 1928).

²⁴Aunque tradicionalmente, la palabra en japonés para China es “Chuugoku” (中国 “Reino del centro”), desde la renovación Meiji se empezó a utilizar la pronunciación europea “Shina” para denotar la debilidad de este país tras la guerra con Inglaterra. Al hacer esto, se dejaba de lado el respeto implícito que se sentía por China al ser la fuente de muchos aspectos de la cultura japonesa. (David Dresser, “From the Opium War to the Pacific War: Japanese Propaganda films of World War II” en *Film History*, Vol. 7 No. 1 Asian Cinema, Primavera, 1995, p. 38).

²⁵ Beasley, *op. cit.*, p. 119.



Mapa 1. Las tres provincias que conforman Manchuria (fuente: Hsu Long-hsuen y Chang Ming-kai [comps.], *History of the Sino-Japanese War (1937-1945)*)

El nombre de Manchuria fue inicialmente utilizado por los japoneses para relacionar esta región con la dinastía Manchú (como también se le conocía a la dinastía Ching) que era originaria de ahí. De acuerdo con Mo Shen, la insistencia por parte de Japón en hacer uso de esta denominación “era maliciosa y notoria para conveniencia de su agresión hacia el territorio”, pues se le denominaba así para enfatizar la relación de dicha región con la familia imperial que eventualmente sería utilizada para tomar control de ella.²⁶

La región de Manchuria era rica en recursos naturales, tanto agrícolas como forestales y mineros (incluyendo cobre, oro, plata y carbón). Era una región poco poblada y poco comunicada con el resto del país.

Desde finales del siglo XIX, las ambiciones de naciones como Japón y Rusia por apoderarse de la región, la convirtieron en sede de constantes conflictos. En los tratados de Shimonoseki, firmados al término de la primera guerra Sino-Japonesa, se estipulaba que Japón obtendría la península de Liaotung al sur de Manchuria. Rusia se opuso a esta cláusula, pero como recompensa por evitar que dicho territorio fuera tomado por los japoneses, exigió que se le concediera el derecho a construir una vía férrea desde Manchuria hasta Vladivostok como parte del Ferrocarril Transmanchuriano y a explotar las áreas circundantes para obtener los materiales necesarios.

En 1898 las grandes potencias se disputaban el derecho a repartirse China, que había sido repetidamente derrotada y humillada. Rusia consiguió el permiso para ampliar la red del Ferrocarril Transmanchuriano, además de finalmente obtener posesión de la península de Liaotung y privilegios especiales que utilizó para instalar fuerzas militares en toda la región. Estas acciones fueron mal recibidas por la comunidad internacional, pues iban contra la política de puertas

²⁶ Mo, *op. cit.*, p. 4.

abiertas que se había impuesto en China.²⁷ Tras derrotar a Rusia en 1905, Japón obtuvo los privilegios especiales en Manchuria, incluyendo los derechos de explotación y el control del Ferrocarril Transmanchuriano y al año siguiente se establecieron bases de operación para el ejército japonés.²⁸

La situación política en China cambió drásticamente en 1912 con el derrocamiento de la dinastía Ching en la llamada revolución Xinhai y la instauración de la Primera República de China. Durante los siguientes años el país estaría sumergido en constantes conflictos y luchas por el poder. En este contexto, la relación de Manchuria con China era poco clara, pues no era una dependencia pero tampoco estaba completamente incorporada y la presencia del ejército japonés en el territorio complicaba aún más la situación.

Al concluir la Primera Guerra Mundial (1914-1918), las posesiones alemanas en África y Asia se repartieron entre las potencias vencedoras. En las conferencias de Versalles de 1919 –durante las cuales se firmó la paz tras la guerra–, la delegación japonesa, liderada por Saionji Kinmochi (1849-1940)²⁹ alegaba tener derecho sobre las islas alemanas en el Pacífico y sus concesiones en China. Además, solicitaba que se incluyera una cláusula de igualdad racial en los lineamientos de la Liga de Naciones. Aunque algunos países estaban preocupados por el creciente interés de Japón sobre territorio chino y las fricciones entre ambos, se le dio mayor importancia a asegurar el apoyo japonés para la creación de la Liga. Por esto, se le concedieron derechos sobre las Islas Marshall, Carolinas, Marianas y Palau, y se acordó que la provincia de Shantung quedaría bajo un protectorado japonés, con la promesa de devolverlas a China en un tiempo indefinido, aunque Japón conservaría los beneficios económicos.

La creciente influencia de Japón sobre territorio chino, ratificada por potencias internacionales, ya era causa de tensión entre las dos naciones. Esto se

²⁷ Esta política estipulaba que todas las potencias debían tener los mismos derechos para comerciar con China.

²⁸ Mo, *op. cit.*, pp. 14-16.

²⁹ Ocupó dos veces el cargo de Primer Ministro (1906-1908 y 1911-1912) y fue el último sobreviviente de los *genrou*.

acrecentó cuando, en 1915, el estadista Yamagata Aritomo acuñó el concepto de “coexistencia y co-prosperidad”, que se convirtió en un elemento ideológico de principal importancia en la construcción del imperialismo. Este concepto decía partir de la idea de facilitar la cooperación Sino-Japonesa para defender la paz del Este de Asia. Por ello, era necesario promover mejores relaciones con China y erradicar los sentimientos anti-japoneses que estaban creciendo en esa nación a raíz de los diversos conflictos recientes. Sin embargo, esto no significaba que Japón renunciara a sus ambiciones sobre Manchuria, pues esta era presuntamente esencial para su supervivencia.³⁰

A principios de la década de 1920, tanto la población como los principales representantes del gobierno japonés parecían favorecer una política exterior de moderación y expansión económica. Siguiendo lo propuesto por Yamagata, quienes apoyaban estas ideas –entre ellos el primer ministro Shidehara Kijuro–, no pretendían tampoco renunciar a los privilegios que reclamaban en China. En palabras de Matsui Iwane (1878-1948),³¹ la política japonesa buscaba “sustituir la invasión militar por conquista económica, el control militar por influencia económica, y alcanzar nuestras metas bajo los lemas de coexistencia y co-prosperidad”.³²

En 1921 se llevaron a cabo las Conferencias Navales de Washington, en las que se discutieron asuntos pertinentes a la región del Este y Sur del Asia-Pacífico, así como el desarme militar.³³ Para esta época, la ocupación japonesa en Manchuria, que había iniciado desde el fin de la guerra ruso-japonesa, estaba tan aceptada que el tema ni siquiera se cuestionó en las conferencias, tanto así que los delegados japoneses prefirieron no hacer ningún esfuerzo particular por solicitar una excepción para el caso. Entre otros puntos también se acordó que Japón regresara algunas posesiones chinas y retirara a su ejército de las vías

³⁰ Beasley, *op. cit.*, p. 118.

³¹ General del Ejército Imperial Japonés que participó en la Guerra Ruso-Japonesa y comandó tropas enviadas a China durante la Segunda Guerra Sino-Japonesa.

³² Beasley, *op. cit.*, p. 169.

³³ Estas conferencias buscaban prevenir que se diera una segunda guerra mundial, por lo que los acuerdos iban dirigidos al desarme militar de las principales potencias y al cese en la producción de armamento, particularmente de acorazados y navíos bélicos.

férreas de Tsingtao-Tsinan, que serían compradas por la República de China. Finalmente, los derechos mineros de Alemania en la región pasarían a una empresa sino-japonesa. De estas conferencias Japón obtuvo la aceptación implícita de la comunidad internacional sobre su posición en Manchuria, y aunque tuvo que ceder en otras regiones, obtuvo compensaciones económicas e inversiones proporcionales.

Las ambiciones de influencia económica y comercial del primer ministro Shidehara se alineaban con los deseos de las potencias occidentales. Sin embargo, resultaban contrarias a las aspiraciones de China de equilibrar sus relaciones comerciales y ya no estar sometida a poderes extranjeros. Esto provocó que creciera el sentimiento nacionalista chino, el cual chocaba con las aspiraciones de diplomacia y los discursos de Shidehara.

En 1928, el partido nacionalista chino –Kuomintang o KMT– logró conquistar por medio de la fuerza la ciudad de Beijing, previamente ocupada por el Partido Comunista Chino,³⁴ y obtuvo reconocimiento internacional como el gobierno único de ese país. Sin embargo, el KMT, y su líder Chiang Kai-Shek (1887-1975)³⁵ mostraron un creciente rechazo ante las prácticas imperialistas a las que China estaba sometida. También en este año se concretó una alianza entre Manchuria y el KMT, incrementando la tensión con el ejército japonés.

1.3 La Gran Depresión de 1929 y un nuevo impulso militar

La caída de la bolsa norteamericana en 1929 y el subsecuente declive del comercio internacional provocaron un cambio en la política, la diplomacia y las relaciones internacionales en el Este de Asia. Las economías occidentales

³⁴ Entre 1912 y 1928, China experimentó varias luchas internas, iniciando con el derrocamiento de los emperadores Ching y la instauración de una República, seguido de varios intentos de restauración monárquica. Posteriormente se logró estabilizar el modelo republicano gracias a la alianza entre el Partido Nacionalista (KMT) y el Partido Comunista. A la muerte de Sun Yat-Sen, la facción de Chiang Kai-Shek se hizo con el poder en el KMT y comenzó a perseguir y ejecutar a los simpatizantes del PCCh.

³⁵ Militar y estadista, líder del Kuomintang y de la República de China entre 1927 y 1949.

estaban debilitadas, lo cual le dio ventaja a China para revisar y renegociar los tratados desiguales. Esto provocó que Japón perdiera los privilegios que reclamaba sobre el territorio, un revés para los planes de imperialismo económico de Shidehara. Las estructuras económicas que sostenían al imperialismo japonés –el sistema de tratados portuarios, el comercio con las potencias euro-americanas, y las concesiones territoriales obtenidas a partir de los tratados posteriores a la Primera Guerra Mundial– se desmoronaron. La pérdida de estos privilegios incitó a que las autoridades japonesas, tanto civiles como militares, así como los grandes conglomerados empresariales buscaran otras alternativas para preservar la posición ventajosa que tenían sobre China.

La recesión económica disminuyó el influjo de dinero de parte de compradores estadounidenses, lo cual provocó que productores, como los granjeros de seda, pasaran hambre. Otros comercios e industrias que se vieron afectados por el colapso del mercado internacional tuvieron que despedir a sus empleados, generando gran descontento entre la población. Beasley cita además un creciente rechazo entre el pueblo japonés hacia la modernización que tanto se había impulsado en las últimas décadas. De esta se pensaba que erosionaba los valores tradicionales y provocaba un crecimiento en la corrupción a partir de la urbanización y el auge de la política de partidos.³⁶ Esto provocó un cambio en la política internacional japonesa. Si hasta entonces se había defendido la precaución y el conformismo, después de 1929 se buscó la autonomía y auto-suficiencia.³⁷

Los grupos que apoyaban la conquista militar comenzaron a ganar fuerza y aumentó la influencia del ejército sobre el gobierno. Se temía que el Kuomintang atentara contra los privilegios japoneses en Manchuria. Hasta entonces, el temor a las posibles represalias de las potencias occidentales había amedrentado a quienes deseaban tener total control sobre los territorios conquistados –un temor residual del siglo anterior, cuando Japón fuera presionado por Gran Bretaña y

³⁶ Este sentimiento había estado creciendo desde la renovación Meiji y se hizo palpable en las obras de reconocidos literatos como Natsume Soseki, Tanizaki Jun'ichiro y Kawabata Yasunari.

³⁷ Beasley., *op. cit.*, pp. 175-176.

Estados Unidos para abrir sus puertos al comercio internacional. Además, la participación de Japón en la Liga de Naciones, le obligaban a conformarse a los lineamientos de no agresión entre los países aliados. Se pensaba que las ventajas obtenidas por medio del sistema de tratados portuarios compensaban el verse obligados a limitar sus ambiciones en Manchuria. Sin embargo, la Gran Depresión había provocado que de todos modos disminuyera el comercio con esos países, por lo que las amenazas perdieron peso. Las relaciones con los poderes euro-americanos, que habían sido prioridad hasta entonces, pasaron a segundo plano, y se buscó mejorar el intercambio con otras naciones en Asia. Resultaba más atractivo continuar buscando oportunidades en el noreste de Asia, sin perder el influjo de recursos desde China, bajo el slogan de “co-prosperidad”, pero en términos de des igualdad, que restringir la expansión nacional en favor de las relaciones con los decadentes países occidentales.

El primer ministro Shidehara deseaba llegar a un acuerdo conciliador con el Kuomintang. China se encontraba debilitada por la reciente guerra civil, por lo que Japón esperaba conseguir beneficios para invertir económicamente. Se argumentaba que Japón sufría de sobrepoblación, carencia de alimentos y deficiencia de materias primas, y que necesitaba nuevos mercados para sus productos. Todas estas pretendidas necesidades, se decía, podían ser satisfechas por China, que poseía un gran territorio y abundantes recursos naturales, además de que este país también se beneficiaría, pues Japón la ayudaría a salir de su estado de subdesarrollo.³⁸

Para los líderes del ejército japonés de Kwantung³⁹ la prioridad era garantizar que se preservaran los privilegios de Japón en Manchuria y extenderlos. La región se había llegado a considerar de vital importancia para defender la

³⁸ Mo, *op.cit.*, p. 6.

³⁹ Anteriormente llamada la Fuerza de Guarnición de Manchuria, recibió el nombre de Ejército de Kwantung en 1919 y era considerado el grupo más prestigioso del Ejército Imperial Japonés. Para más información sobre la estructura del ejército durante la guerra v. Rottman, *op. cit.*, “Unit Organization” pp. 23-38.

frontera con Corea y proveer a Japón con materias primas.⁴⁰ Muchos economistas y oficiales del ejército llegaron incluso a proponer que preservar Manchuria era absolutamente necesario para la supervivencia de Japón.⁴¹ Esta región “prometía convertirse en base para la recuperación económica de Japón en un mundo que se había vuelto hostil e inestable en medio de la Gran Depresión”.⁴² Se planteaba que, debido a la crisis económica que enfrentaban las potencias occidentales, era muy factible llevar a cabo un golpe militar y hacerse con Manchuria. Itagaki Seishiro (1885-1948) e Ishiwara Kanji (1889-1949), quienes dirigían el Estado Mayor del Ejército decidieron dar el primer paso, antes de que el gobierno japonés pudiera llegar a un acuerdo con el Kuomintang.

Con este pretexto se retomaron ciertas ideas del periodo Meiji, en particular en torno a la relación de Japón con sus vecinos y el empoderamiento de la milicia. Se acentuaron las nociones de co-prosperidad desigual con China y la posesión de Manchuria. Lo innovador en ese momento no fueron las ideas sino “el ánimo, el sentido de propósito y la aceptación del riesgo”,⁴³ junto con la presunta necesidad de adquirir más fuentes de materias primas y recursos económicos. Estas ideas se replantearon desde la perspectiva de auto-suficiencia para que Japón estuviera preparado para una guerra a gran escala, la cual era uno de los objetivos principales de una de las facciones más influyentes del ejército. Manchuria era considerada una fuente de recursos indispensable para obtener dicha auto-suficiencia, por lo que era necesario asegurar el control de la región para no perderla.

Ishiwara era uno de los expositores de esta corriente de ideas y un notorio partidario del pan-asianismo. Beasley lo considera el “profeta” de la forma que tomaría el imperialismo militar japonés durante la Guerra del Este de Asia. En su

⁴⁰ Mo Shen señala que a los niños japoneses se les enseñaba a pensar que Manchuria era esencial para Japón con estrategias como repartir galletas hechas en Manchuria y explicar a los niños que debían conquistar esa región para poder seguir comiéndolas (*Japan in Manchuria*, p. 5.)

⁴¹ David Gordon, “Historiographical Essay: The China-Japan War, 1931-1945”, en *The Journal of Military History*, Vol. 70, No. 1, enero 2006, p.141.

⁴² Haruko Taya Cook y Theodore F. Cook. *Japan at War. An Oral History*. Nueva York: The New Press, 1992, p. 24.

⁴³ Beasley, *op. cit.*, p. 176.

pensamiento se pueden identificar varias de la que serían las directivas de la expansión japonesa, tanto a nivel práctico como ideológico. Planteaba que Japón debía luchar contra Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética y convertirse en el paladín de los valores confucianos para defender Asia contra el marxismo occidental; que para lograrlo debería tomar control de Asia, empezando por Manchuria, asegurando cada vez más recursos que le permitieran llevar a buen término una guerra a gran escala. En su visión, las fuerzas armadas ocuparían el papel más importante en el desarrollo de Japón.⁴⁴

Para 1930, y tras tres décadas de expansión territorial y económica, Japón tenía posesión de Corea, Taiwán, el sur de la península de Sajalín –llamado Karafuto–, varios conjuntos de islas del Pacífico Sur (Marianas, Palau, Carolinas y Marshall) y la península de Liaotung.⁴⁵ También controlaba las comunicaciones ferroviarias en Manchuria. Aunque el territorio no era muy extenso, le proporcionaba a Japón una barrera defensiva contra posibles ataques. Además, cada isla era un posible enclave para lanzar expediciones para continuar la expansión y asegurar la posición hegemónica de Japón en el Este de Asia. La creciente voluntad del ejército por fortalecerse e incrementar su poder e influencias catalizaron los siguientes movimientos de expansión japonesa; la recesión económica y la asumida necesidad de consolidar el dominio sobre Manchuria y sus recursos funcionaron como excusa.

1.4 El incidente de Manchuria en 1931 y rompimiento con Occidente

Lo que se conoce como el “incidente de Manchuria” fue un atentado planeado por Itagaki e Ishiwara para conseguir una total ocupación militar japonesa en Manchuria. El plan consistió en plantar una bomba en las vías férreas en Mukden, al sur de Manchuria, enmascarando la explosión como un atentado de parte de las fuerzas rebeldes, lo cual sirvió como excusa para que el ejército se movilizara y se

⁴⁴ Beasley, *op. cit.*, p. 182.

⁴⁵ También se le menciona como Liaodong.

apoderara de toda la región. El operativo se llevó a cabo la noche del 18 de septiembre de 1931, mismo día en que Tatekawa Shigehiro, miembro de la junta directiva del ejército de Kwantung, llegaría a Manchuria para una supervisión general. No se sabe con certeza cuántos altos mandos del ejército formaron parte del plan, o incluso si Tatekawa y el comandante en jefe Honjō Shigeru participaron en la conspiración.

A pesar de que Ishiwara e Itagaki pretendían que Manchuria quedara bajo un gobierno militar japonés, el Ministerio de Guerra no estaba de acuerdo e insistía en mantener un mínimo de autoridad china en la región. A partir de esto, las acciones del ejército se encubrieron como apoyo a un supuesto movimiento independentista dentro de Manchuria para revivir el imperio Ching (Manchú). En la *Declaración de creación del nuevo estado de Manchukuo* que surgió de este incidente, se citaban abusos por parte del Kuomintang que “han perseguido, como lobos feroces, únicamente sus intereses personales, sin importarles la situación del pueblo”, además de conflictos internos entre “los poderosos”, y la falta de bienestar popular como justificación para la independencia.⁴⁶ En 1932, el último emperador de la dinastía Ching, Henry Pu Yi (1906-1967), quien había sido obligado a abdicar tras la revolución de 1912 y desde entonces había estado refugiado en Tientsin (también llamado Tianjin), territorio concesionado a Japón, fue proclamado regente del nuevo estado de Manchukuo, y se estableció un protectorado japonés sobre la región.

En una misiva de parte de Pu Yi a Honjō Shigeru fechada el 10 de marzo de 1932, le agradecía el apoyo de Japón para estabilizar las regiones de Mongolia y Manchukuo y le aseguraba que la seguridad de esta última seguiría dependiendo de Japón. La carta establecía cuatro puntos en cuanto a la relación de ambos estados:

⁴⁶Michitoshi Takabatake, Lothar Knauth y Michiko Tanaka [coord.], *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012.*, México, El Colegio de México, 2014, p. 51.

1. Que la defensa nacional y el mantenimiento del orden público en Manchukuo quedaban en manos de Japón, pero todos los gastos que ello requiriera correrían por parte de Manchukuo.
2. Japón podía hacerse cargo de la administración y construcción de ferrocarriles, puertos, vías acuáticas y aéreas que fuesen necesarias para la defensa de Manchukuo.
3. Manchukuo proveería e instalaría cualquier elemento que el ejército japonés considerara necesarios.
4. Manchukuo emplearía funcionarios japoneses en diferentes dependencias públicas en la capital y en provincia e incluso podía nombrar nacionales japoneses para la Cámara de Consejeros.⁴⁷

Estas estipulaciones hacen evidente que la función de Pu Yi era únicamente como líder simbólico, un gobernante “marioneta” que se sometía fácilmente ante los intereses de Japón a cambio de obtener el poder. El ejército de Kwantung había quedado establecido de manera permanente en la región como “defensa”, pagado con dinero de Manchukuo, y tenía control de los medios de comunicación y transporte. En términos prácticos, el ejército japonés era el que tenía mayor autoridad.

El incidente tuvo consecuencias en la política internacional e imperialista japonesa de la siguiente década. En primera instancia aumentó las tensiones entre Japón y el gobierno de Chiang Kai-Shek en Nanking. Además, enemistó a Japón con los poderes anglosajones y las potencias europeas. La Liga de Naciones condenó la invasión de Manchuria y ordenó a Japón que retirara sus tropas de la región, pero no le impuso ninguna sanción económica o militar, lo cual permitió que Japón permaneciera en la región, aunque sí provocó su salida de la Liga en 1933.⁴⁸

⁴⁷Takabatake, M., *et. Al., op. cit.*, pp. 56-57.

⁴⁸ La justificación del gobierno japonés fue que la Liga se negaba a garantizar la igualdad racial como precepto, asunto sobre el que Japón había insistido desde su creación. Sin embargo, en un documento del director general de Información japonés emitido en 1934 se cita como motivo “el incidente de Manchuria [,] el desacuerdo que existe acerca de los problemas en aquel país [y] la discrepancia de opiniones respecto a

La ocupación de Manchuria también sirvió como ejemplo para las futuras expansiones territoriales: el ejército tomaba medidas drásticas en un momento de supuesta emergencia, que después eran sancionadas por la junta directiva. Posteriormente se imponía un gobierno marioneta, que favoreciera los intereses de Japón. Estos gobernantes solían ser “un testaferro nativo que emergía para asumir su título, con la excusa de un antiguo régimen renovado pero continuo”,⁴⁹ noción que encajaba con el ideario japonés según el cual la línea sanguínea del *tennō* continuaba ininterrumpida desde la fundación de la nación. Aunque no contara completamente con la aprobación del gobierno en Tokio, el ejército había logrado una primera victoria en el camino para alcanzar sus metas de expansión territorial.

1.5 El inicio de la Segunda Guerra Sino-Japonesa (1937)

Como se ha visto, los intereses del ejército diferían de los del gobierno central en Japón. Incluso es posible hablar de un constante conflicto entre ambos grupos, particularmente en lo relativo a las políticas internacionales e imperialistas. Los discursos ultranacionalistas que habían proliferado desde la renovación Meiji hicieron eco en muchos oficiales del ejército, lo cual impulsó la idea de que sus responsabilidades como militares no se limitaban a seguir las órdenes del gobierno civil.⁵⁰ El golpe en Manchuria fue el primero de muchos incidentes en los que el ejército actuaba por cuenta propia, sin la autorización del gobierno. Se decía que ni siquiera las autoridades en Tokio sabían con antelación cuándo se darían los próximos ataques en territorio chino, pues los oficiales actuaban independientemente y sólo si sus acciones fallaban sufrirían represalias.⁵¹ Estos

los principios que han de seguir los países que integran la Liga de Naciones y Japón para mantener la paz en Asia Oriental” (“Declaración no oficial del director general de Información acerca del problema de la ayuda internacional a China”, en Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*, p. 62 [el nombre del autor del documento no se menciona].)

⁴⁹ John Goette, *Japan Fights for Asia*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1943, p. 124.

⁵⁰ Beasley, *op. cit.*, p. 180.

⁵¹ Goette, *op. cit.*, pp. 5-6

incidentes le permitieron a la milicia ganar más poder e influencia, tanto dentro de Japón como en sus crecientes territorios.

Sin embargo, habría que señalar que dentro del mismo ejército existían discordias y discusiones sobre las prioridades de las fuerzas armadas. Estas discrepancias se acentuaron después del polémico ataque en Manchuria, con el cual no todos los oficiales estaban de acuerdo. Se pueden distinguir dos facciones principales en conflicto. Aunque ambas buscaban la creación de un Japón más fuerte y puro, pretendían conseguirlo con métodos diferentes.

Una de ellas era la *Kōdō-ha* (Facción del Camino Imperial), liderada por Araki Sadao (1877-1966), quien se convirtió en Ministro de Guerra a finales de 1931. Esta facción se preocupaba más por enfatizar la ideología y la moral centrada en el *tennō*, combatir el comunismo y la Unión Soviética y mantener la cooperación con China, aunque en los términos de privilegio para Japón que ya se han mencionado antes.

La segunda facción era la *Tōsei-ha* (Facción de Control). A la cabeza estaba Minami Jirō (1874-1955), quien había sido Ministro de Guerra cuando el golpe de Manchuria tuvo lugar y entre sus miembros se encontraba Tōjō Hideki (1884-1948), el comandante en jefe del ejército y quien posteriormente se convertiría en Primer Ministro tras el inicio de la Guerra del Pacífico. Este grupo buscaba que Japón estuviera preparado para una guerra a gran escala, controlando el flujo de materias primas, la mano de obra y el capital, favoreciendo las industrias que fueran más indispensables, expandir el territorio para aumentar las fuentes de materia prima y disciplinar a la población.⁵² Este segundo grupo fue el que tuvo mayor control del ejército a partir de 1936 y que determinó las formas del imperialismo japonés en la última década antes de la derrota.

Aún después de concretada la invasión a Manchuria, el gobierno en Tokio no consideraba necesario proseguir con la expansión territorial. A pesar de que la

⁵² Beasley, *op. cit.*, pp. 180-181.

influencia del ejército continuaba creciendo, todavía se pensaba en la plausibilidad de un “imperio informal, es decir, asegurar un aumento en los privilegios de Japón a través de ejercer presión en los gobiernos de Asia, incluyendo el de China”.⁵³ Sin embargo, el ejército de Kwantung se creía con autoridad para negociar directamente con oficiales chinos sin tomar en cuenta al gobierno de Nanking, y el gobierno civil parecía completamente incapaz de controlar sus acciones.⁵⁴ Algunos historiadores como Shimada Toshihiko incluso proponen que dentro del gabinete había muchos que buscaban la expansión territorial, y que fue por esto que se le permitió al ejército hacer lo que quisiera.⁵⁵

Cualesquiera que fueran las intenciones del gobierno japonés, la animosidad entre chinos y japoneses en el continente continuó creciendo. En 1932 se realizó un boicot a todos los productos japoneses en la región del Yangtzé. Chiang Kai-Shek veía en las acciones del ejército de Kwantung la intención de desestabilizar y fraccionar a China. En 1936, el KMT concretó un acuerdo con el Partido Comunista Chino, con el cual había estado en conflicto desde 1927, y la hostilidad contra las prácticas japonesas se acentuó aún más.

Para 1937, cuando Konoe Fumimaro (1891-1945)⁵⁶ ascendió como Primer Ministro, las tensiones parecían irreconciliables. Konoe se negaba a negociar con Chiang Kai-Shek, quien tampoco estaba dispuesto a hacer concesiones.⁵⁷ El conflicto devino en guerra declarada a partir de los enfrentamientos entre militares chinos y japoneses en el puente de Marco Polo, a las afueras de Beijing el 7 de Julio de 1937. Con este catalizador, el ejército japonés inició la campaña para apoderarse de todo el norte de China, convenciendo al gobierno en Tokio de que una victoria rápida era posible. Se desplegaron 200,000 soldados y para diciembre ya se tenía control de gran parte del valle del Yangtzé. El día 13 de diciembre se

⁵³ *Ibid.*, p. 202.

⁵⁴ Gordon, *op. cit.*, p. 143.

⁵⁵ Toshihiko Shimada, “Designs on North China 1933-1937”, en James William Morley [ed.], *The China Quagmire: Japan’s Expansion on the Asian Continent 1933-1941*, Nueva York, Columbia University Press, 1983, pp. 2-230.

⁵⁶ Konoe fue Primer Ministro durante dos periodos: el primero desde junio de 1937 a enero de 1939 y el segundo de julio de 1940 a octubre de 1941.

⁵⁷ Gordon, *op. cit.*, p. 147.

concretó la toma de Nanking, sede del gobierno de Chiang Kai-shek, desembocando en el incidente de la Masacre de Nanking.⁵⁸

En enero de 1938 el gobierno imperial declaró oficialmente que desconocía al Kuomintang. En el texto se aseguraba que Japón nunca había pretendido amenazar ni desestabilizar la soberanía y el territorio de China y que todas sus acciones habían estado guiadas por el deseo de mejorar la cooperación entre ambos países, y explicaba que:

No obstante [el Kuomintang] prosiguió sus planes bélicos de resistencia, ignorando la verdadera intención del imperio, sin tomar en cuenta, por otra parte, la miseria del pueblo y la importancia de mantener la paz en toda Asia Oriental. En consecuencia, el imperio desconoce desde ahora a ese gobierno, con la esperanza de que así se logre el establecimiento y desarrollo de una China consciente y digna, de un poder político que comprenda el verdadero sentido de colaboración con el imperio, requisito necesario para lograr la normalización de las relaciones entre ambos países y construir una China regenerada.⁵⁹

El 15 de agosto del mismo año⁶⁰ el gobierno japonés emitió una declaración oficial sobre el incidente, justificando las acciones del ejército como un acto de “defensa propia” contra los actos “ilegales y brutales” del KMT, para proteger “la vida y las propiedades” de los japoneses que residían en China y que se habían visto obligados a evacuar “conteniendo las lágrimas”.⁶¹ Culpaba al gobierno de Nanking por hacer acuerdos con los comunistas y alentar los sentimientos anti-japoneses en la población, poniendo en peligro la paz de Asia Oriental y la amistad entre China, Manchukuo y Japón. “El Imperio ha perdido la paciencia” decía “y se ha visto obligado a tomar medidas rigurosas para sancionar las atrocidades del ejército chino y hacer reflexionar al gobierno de Nanjin [sic].”⁶²

En ambos documentos vemos la reiteración de ciertos temas. En primer lugar se enfatizaba el deseo de Japón por establecer una relación de amistad y

⁵⁸ Este episodio se tratará más a detalle en el capítulo 3.

⁵⁹ Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*, p. 63.

⁶⁰ Tengo dudas sobre esta fecha. En el libro de Takabatake está fechado de 1938, pero considero que el documento podría ser de 1937, pues la forma en que está redactado parece una reacción inmediata al incidente del puente de Marco Polo, además de que habla de “hacer reflexionar al gobierno de Nanking” siendo que en enero del '38 ya lo había desconocido.

⁶¹ Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*, p. 61.

⁶² Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*, p. 61.

cooperación con China para promover la paz en Asia Oriental. Además, se culpaba enteramente a Chiang Kai-Shek y el Kuomintang por incitar pensamientos anti-japoneses y políticas que obstaculizaran la supuesta misión conciliadora de Japón. Ambos documentos denunciaban abusos a los que el pueblo chino estaba sometido, acusando a Chiang de cometer tiranías contra la gente común para su propio beneficio. Este último punto también aparecía en la declaración de creación de Manchukuo. Finalmente, los dos textos hablaban de crear una China nueva y establecer un mejor gobierno, en otras palabras, uno que fuera aprobado por Japón y se alineara con sus intereses.⁶³ De esta manera, el gobierno imperial justificaba el avance del ejército en China y planteaba la guerra como una necesidad, un medio para alcanzar el ideal de paz en Asia del cual Japón se autoproclamaba como el máximo abanderado.

Los primeros dieciocho meses de campaña en China fueron muy exitosos. El ejército conseguía una victoria tras otra y se creía que la guerra podría concluir muy rápidamente. Japón no deseaba el control sobre todo el territorio, solamente que Chiang Kai-shek reconociera las posesiones de Japón en Manchuria y el norte de China. La guerra era un intento de desestabilizar la economía y obligar al gobierno chino a ceder.⁶⁴ Sin embargo, la toma de Nanking no trajo el triunfo esperado. Chiang Kai-shek se retiró hacia el centro, cediendo territorio a cambio de tiempo y prolongando una guerra para la cual Japón no tenía suficientes recursos.⁶⁵

1.6 El Nuevo Orden y la Gran Esfera de Co-prosperidad del Este de Asia

La idea del “Nuevo Orden” surgió a partir de diversos cuestionamientos provocados por la complicada situación en China. Por un lado, Japón deseaba

⁶³ El 3 de noviembre del mismo año, Kono emitirá un documento en el que ofrecía “no desconocer” al gobierno del KMT, siempre y cuando abandonara sus tendencias anti-japonesas, ayudara en la lucha contra el comunismo y participara en la creación de una “nueva cultura de Asia Oriental” (Michitoshi Takabatake, Lothar Knauth y Michiko Tanaka [coords.], *Política y Pensamiento Político en Japón, 1926-1982.*, México, El Colegio de México, 1987, p.115).

⁶⁴ Gordon., *op. cit.*, p. 157.

⁶⁵ *Ibid*, p. 150.

encontrar una manera eficiente de ejercer su creciente poder en China que facilitara el cumplimiento de sus metas económicas y políticas. Sin embargo, estas metas que provenían de las ambiciones de expansión militar y control económico parecían contrastar con el lema de “co-existencia y co-prosperidad” que Japón había utilizado como excusa por más de veinte años. Esto, junto con el deseo del primer ministro Konoé de modificar las estructuras políticas internas de Japón, fueron las causas que dieron impulso al concepto del “Nuevo Orden” como una de las consignas más representativas del periodo.

Para 1938, Japón había logrado apoderarse de Manchuria y estaba en guerra con el gobierno de Chiang Kai-Shek bajo el mismo estandarte de co-prosperidad y pacificación de Asia. Se decía que Chiang Kai-Shek representaba una combinación del imperialismo británico y francés con el comunismo soviético, y que hasta que no fuera depuesto, China no podría ser liberada ni formar parte de la alianza con Japón y Manchuria que mantendría la paz en el Este de Asia. Pensadores japoneses como Miki Kiyoshi (1897-1947) enfatizaban la importancia del asianismo “una combinación de la liberación nacional de los pueblos asiáticos con la independencia del capitalismo” y que la unificación de China –que Japón debía llevar a cabo– era fundamental para lograr la unificación de Oriente [sic].⁶⁶

Para alcanzar este objetivo, el “nuevo orden” consistiría en la creación de “un bloque político, militar y económico conformado por las tres naciones ‘liberadas’ del Este de Asia: Japón, China y Manchukuo” (además de Corea y Taiwán que eran colonias japonesas) que serían libres de la influencia de las potencias europeas.⁶⁷ Posteriormente se agregaron también los países del Pacífico Sur, muchos de los cuales estaban bajo el control de potencias europeas: las Indias Holandesas (Indonesia), la Indochina francesa (Vietnam, Laos, Camboya y parte de China), las Filipinas, entre otros. Japón se auto-adjudicaba la función de guiar este nuevo bloque, siguiendo los principios confucianos de “lo que es justo”, combinados con la ética de “política nacional” y el “camino imperial”.

⁶⁶Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*, p. 178.

⁶⁷William Magistretti, “Japan’s New Order in the Pacific”, en *Pacific Affairs*, Vol. 14, No. 2, junio 1941, p. 201.

Este grupo de naciones conformaría lo que se llamó la Gran Esfera de Cooperación del Este de Asia, término acuñado por el entonces Ministro de Asuntos Exteriores, Matsuoka Yosuke.

La controversia racial también jugaba un papel importante en los discursos del gobierno. En ellos, Japón denunciaba a los Estados Unidos por los crímenes raciales que se cometían contra la gente de color dentro de aquel país, y contra los nativos de los países asiáticos bajo su dominio. Dentro de las directivas para el Nuevo Orden Mundial se encontraba la idea de “otorgar independencia autónoma mutua a las razas más débiles o pequeñas [sic]”, refiriéndose particularmente a los habitantes del Pacífico Sur.⁶⁸ En este sentido, Japón implementaba una política paternalista, presentándose como un “hermano mayor” para estas razas que denominaba “jóvenes”, además de ser el poder dominante de Asia del Este, por lo que argumentaban que era necesario y hasta natural que les mostrara el camino en su lucha hacia la autonomía.⁶⁹ Se aseguraba que alcanzar ese “Nuevo Orden” era visto como un honor y una misión para el Imperio Japonés, que debía luchar por conseguir la estabilidad en el este de Asia, misión que servía como justificación para las expediciones militares en curso.⁷⁰

Para poder crear este nuevo bloque económico, los intelectuales del gabinete de Kono propusieron fomentar la idea de rechazo al liberalismo, individualismo y comunismo de Occidente, culpando a estas ideologías de “los males del mundo”.⁷¹ Además, se deseaba que la gente de Asia no equiparara el imperialismo japonés con el occidental. Para ello, la justificación de búsqueda de nuevos territorios para alojar a la creciente población fue modificada. En su lugar, se planteaba que “el imperialismo Occidental, por ser egoísta, era una tiranía. En contraste, el expansionismo japonés que buscaba liberar a Asia del yugo de Occidente, era justo.”⁷² Japón no debía, pues, reemplazar a Estados Unidos ni tratar de establecer un dominio imperialista sobre China, pues esto iría en contra

⁶⁸ *Ibid.*, p. 204.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 205.

⁷⁰ Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-1985*, p. 115.

⁷¹ Beasley, *op. cit.*, p. 205.

⁷² *Ibid.*

de los principios de coexistencia y co-prosperidad que se decían fundamentales para lo que sería la Gran Esfera de Co-prosperidad.⁷³

En un documento emitido por el gabinete de Kono en 1940 titulado “Lineamientos básicos de política nacional” se explicaban los puntos principales de este Nuevo Orden y lo que debía hacerse para alcanzarlos.⁷⁴ Además de la formación del bloque Japón-China-Manchukuo, se proponía poner la enseñanza al servicio del “ente nacional” o *kokutai*, un concepto que planteaba que la nación, el *tennō* y la población eran todos uno solo.⁷⁵ Esta formación recalca la importancia de abandonar el pensamiento individualista –que se asociaba con las potencias euroamericanas–, y establecer el principio del servicio a la nación como fundamental. Finalmente, se retomaba la asumida necesidad de alcanzar una total autosuficiencia en Asia y crear un plan de explotación territorial para el desarrollo de los tres países que liderarían la Esfera.

La política del Nuevo Orden también trajo cambios en las estructuras internas del gobierno japonés. Se modificó la composición de la Dieta, eliminando los partidos políticos, fortaleciendo al gabinete y ratificando el compromiso con el esfuerzo bélico. Para reemplazar a los partidos se creó una organización pública llamada Asociación de Asistencia al Régimen Imperial (*Taiseiyokusankai*) que pretendía incitar a la población para que apoyara al gobierno.⁷⁶ Sobre otras tácticas del gobierno japonés para conseguir el respaldo del pueblo se hablará más a detalle en el capítulo dos.

Conforme se prolongaba la guerra con China, los recursos económicos e industriales de Japón se veían más afectados. El rompimiento con la Liga de Naciones había causado que sometieran al país a embargos y bloqueos económicos, limitando su acceso a recursos esenciales como el petróleo, que

⁷³ Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*, p. 180.

⁷⁴ Takabatake, *Política y Pensamiento Político en Japón, 1926-1982*, pp. 52-53.

⁷⁵ Este concepto se explicará más a detalle en el capítulo 2.

⁷⁶ Para más detalles sobre los cambios en la política interna a partir de la proclamación del Nuevo Orden v. Shillony, *Politics and Culture in War Time Japan*.

Japón no poseía. Esto lo condujo a expandir la guerra hacia la región del Sur del Pacífico para encontrar otras fuentes para abastecerse.⁷⁷

En Octubre de 1941, Konoe renunció al cargo de Primer Ministro y fue sucedido por Tōjō Hideki, un general del Ejército Imperial y Ministro de Guerra. Era la primera vez que un Primer Ministro ocupaba simultáneamente el cargo de Ministro de Guerra, lo cual le dio a Tōjō mucho poder en cuestiones tanto militares como civiles. Tres semanas después de que Tōjō se convirtiera en primer ministro, el 5 de noviembre de 1941, dio inicio oficialmente a la guerra contra los países Occidentales en el Pacífico Sur, con el fin de apoderarse de Filipinas, Burma, las Indias Holandesas, Tailandia, Hong Kong, Singapur, Guam y las posesiones del Imperio Británico en esta región. Se confiaba en que se obtendrían victorias rápidas y sencillas como lo habían sido las de los primeros meses de campaña en China, y que esto llevaría a que los Aliados se rindieran y aceptaran la paz con Japón y su Esfera de Co-prosperidad.⁷⁸

Posteriormente, el 8 de diciembre del mismo año, se emitió un edicto oficial de declaración de guerra firmado por el *tennō* en el que reiteraba la buena voluntad de Japón por conseguir la paz en Asia, reprochaba al gobierno de la República China por “provocar” el conflicto armado y acusaba a Estados Unidos y Gran Bretaña porque “bajo el bello nombre de la paz esconden una desproporcionada ambición de subyugar Asia.”⁷⁹ El edicto terminaba diciendo que estos países ponían en peligro “la existencia del propio imperio”, por lo que era necesario defenderse y “ponerse de pie resueltamente y acabar con todos los obstáculos”.⁸⁰ En esta declaración –como en otros documentos que se han revisado en este capítulo– se retomaban algunas de las ideas que se habían planteado desde el periodo Meiji en referencia a la amenaza extranjera –pero de forma actualizada a la situación del momento, en el que ya no existía la alianza

⁷⁷Rottman, *op. cit.*, p. 10.

⁷⁸*Ibid.*, p. 12.

⁷⁹Takabatake, *Política y pensamiento político en Japón 1926-2012*, p. 190.

⁸⁰*Ibid.*, p. 191.

con Gran Bretaña– y a la necesidad de defender al Imperio por medio de la ofensiva militar.

En síntesis, en los discursos sobre el ideal del Nuevo Orden –desde que comenzó a implementarse esta política al inicio del gobierno de Konoé en 1937 y durante las campañas militares en China y el Pacífico Sur– se pueden encontrar una serie de ideas comunes. En primer lugar están las aspiraciones por crear un bloque económico en el Este de Asia a partir de la Alianza China-Japón-Manchukuo. Eventualmente, otros bloques surgirían en diferentes partes del mundo, pero el del Este de Asia sería el más poderoso. Como parte de este bloque, Japón tendría la función de liberar a los países asiáticos del “yugo” de las potencias imperiales euro-americanas. Además, se buscaría la paz en el Este de Asia bajo los lemas de coexistencia y co-prosperidad. Se conseguiría la independencia de las razas que consideraban débiles en el Pacífico Sur y se establecería la igualdad para todas las razas. Se afirmaba que estos ideales se veían amenazados por las doctrinas individualistas de Estados Unidos y Gran Bretaña, el comunismo soviético, y la “tiranía” de Chiang Kai-Shek en China. Por esto, se aseguraba que era necesario que Japón, como el país líder del nuevo bloque, luchara contra estas amenazas e hiciera la guerra contra las ambiciones imperialistas de sus enemigos.

Evidentemente, en los discursos no se mencionaba la necesidad de Japón de encontrar fuentes de materias primas para su industria, indispensables para continuar la guerra. Tampoco se hablaba de la imposición de gobiernos marioneta por parte del ejército, o del gran poder que los militares obtenían en los países “liberados”. Como se verá en el capítulo dos, la propaganda política y militar tuvo un papel crucial en que la guerra pareciera indispensable para defender la paz en Asia y la prosperidad de Japón, buscando así obtener el apoyo de la población – tanto la japonesa como las de los países conquistados–.

En este capítulo se ha visto que las ideas de militarización y expansión imperial para el fortalecimiento de Japón como nación, surgidas en el periodo Meiji, jugaron un papel esencial en moldear los objetivos y estructuras del imperialismo

japonés a lo largo de la primera mitad del siglo XX. El proyecto imperial estuvo en desarrollo por muchos años antes de poderse llevar a cabo. La segunda guerra de Japón con China no fue un evento espontáneo ni aislado, sino que formó parte de una cadena de eventos –acciones y reacciones en torno a la situación política tanto al interior como al exterior del país– que culminó con la derrota de 1945.

Uno de los pilares de este proceso fueron los discursos de justificación. Los conceptos de coexistencia y co-prosperidad, que después fueron incorporados en la doctrina del Nuevo Orden, se difundieron ampliamente con el fin de encubrir las ambiciones de poder del ejército y las aspiraciones económicas de Japón y darle un matiz positivo a las repetidas agresiones contra los países vecinos. Bajo promesas de libertad, hermandad y prosperidad entre las naciones de Asia y el brillante futuro que les esperaba una vez que los enemigos fueran derrotados, pretextando un interés por el bien mayor, y exaltando una retórica maniquea de “oriente contra occidente, nosotros contra ellos” Japón extendió su influencia sobre el este de Asia, enfrentando poca o nula oposición. Esto le permitió impulsar su propia modernización y convertirse en la potencia líder de la región.

La difusión de esas promesas y que se consideraran verdaderas fue de vital importancia para el aparato de gobierno. Por ello se repetían constantemente en los discursos oficiales y se movilizaron grandes esfuerzos para garantizar que estos discursos se integraran a la ideología colectiva de la población y evitar que aparecieran ideas adversas o se propagaran. En el siguiente capítulo se tratarán las principales herramientas que se emplearon para este fin y el papel que tuvieron en controlar la opinión pública y dar soporte ideológico a la expansión bélica japonesa.

CAPÍTULO 2 PROPAGANDA Y CENSURA EN EL JAPÓN DE LOS AÑOS TREINTA

Barak Kushner define la propaganda como “un intento deliberado de formar percepciones para obtener una respuesta que promueve una acción deseada [...] una colección de técnicas para influenciar la opinión pública”.⁸¹ Como herramienta, ha sido utilizada tanto por gobiernos como por grupos de oposición en todo el mundo para promover todo tipo de ideologías. Por otro lado, entendemos la censura como el acto de omitir, modificar o eliminar contenidos específicos que el censor considere ofensivos, inadecuados o contrarios a sus intereses, ya sea por motivos políticos, ideológicos o morales.

El propósito de este capítulo es analizar la propaganda y la censura empleadas por el gobierno japonés durante la guerra con China en la medida en que fueron herramientas de control mediático y manipulación de la opinión pública. Esto se hará a través de un enfoque sobre cómo estos instrumentos se usaron para difundir las ideas que iban de acuerdo a los supuestos intereses de la nación y suprimir las que no lo hacían.

Inicialmente se revisarán diferentes ejemplos de propaganda a través de diversos medios para analizar sus mensajes y las estrategias de promoción. En la segunda parte, se explicarán los principales organismos encargados de la aplicación de la censura así como los mecanismos empleados, en qué casos se llevaban a cabo y a qué tipo de castigos podían ser sometidos los infractores.

Se pondrá especial atención en las formas en las que los diferentes medios de información y entretenimiento se adaptaron a estos mecanismos, ya fuera aceptando totalmente los mensajes aprobados por el gobierno y participando en su difusión, limitando la propia libertad de expresión para evitar represalias, o en

⁸¹ Barak Kushner, *The Thought War. Japanese Imperial Propaganda*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2006, p.4

algunos casos, encontrando espacios restringidos que les permitieran evadir mínimamente las prohibiciones.

2.1 La propaganda militar e imperial

En los catorce años, desde 1931 hasta 1945, en que Japón estuvo inmerso en la guerra, se crearon diversos organismos que desarrollaron técnicas para llegar a la población y persuadirla en favor de la expansión imperial. Tener el apoyo del público era de vital importancia pues le permitía al gobierno implementar políticas que podían ser desfavorables –por ejemplo, aumentar los impuestos, racionar los alimentos, incrementar el reclutamiento de soldados y tratar de incrementar la producción agrícola– sin enfrentar resistencia o crítica.

Kushner identifica tres razones principales por las que la propaganda de guerra fue tan efectiva en Japón. En primer lugar, la producción de la misma no estaba limitada a la milicia y grupos fascistas, sino que personas de diferentes profesiones y orígenes formaron parte de su concepción. El segundo motivo era que los mensajes de la propaganda se integraban con elementos de la vida diaria, por lo que eran atractivos para las masas. Finalmente, nunca se dio por sentado el apoyo popular, sino que durante toda la guerra se continuó trabajando “incansablemente” por movilizar a la población.⁸²

A diferencia de otros países, Japón no tuvo un organismo designado específicamente para la creación de la propaganda. Aunque se intentaron establecer agencias gubernamentales que vigilaran la producción de propaganda, estas terminaban siendo juntas no-oficiales conformadas por voluntarios. En lugar de un organismo centralizado, esta labor recayó en distintas organizaciones – públicas y privadas– y en la propia población civil, que colaboraba con las autoridades para pensar en slogans, diseñar carteles y difundir los mensajes que el gobierno quería dar a conocer. En 1940 el primer ministro Konoe fundó la Asociación de Apoyo al Régimen Imperial (*Taiseiyokusankai*) que en vez de

⁸²Kushner, *op.cit.*, p. 27.

establecer agencias de propaganda, tomó las que ya existían y las unificó bajo su mandato, proporcionando solamente una jerarquía a la estructura que ya existía.

El público en general también participaba en este proceso, enviando sugerencias y peticiones al gobierno cuando se percibía una necesidad de mejorar el control y la manipulación de la opinión pública con el fin de unificar a la población en apoyo de la guerra.⁸³ En las grandes ciudades como Tokio y Osaka, grupos de voluntarios colaboraban con la Asociación para producir y diseminar carteles. Desde intelectuales y artistas, hombres y mujeres, hasta campesinos y oficiales de policía, todos buscaban formas de participar en el esfuerzo bélico. De esta manera, la propaganda se fue desarrollando a partir de una relación de retroalimentación entre población y propagandistas. El gobierno marcaba los lineamientos y planes ideológicos, pero el público era el que les daba forma.

Esta actitud tan positiva hacia la propaganda se explica porque el término – la palabra “propaganda” en sí– nunca se asoció con algo negativo. El gobierno era directo al hablar con la población de la propaganda, invitándolos a consumirla, disfrutarla y reaccionar a ella. El público se sentía partícipe de algo “más grande que ellos mismos”, los civiles en casa se percibían a sí mismos como “soldados en la guerra del pensamiento”⁸⁴ que determinaría la supremacía cultural de Japón en Asia.

Los periódicos jugaron un papel fundamental en la creación y difusión de propaganda, tanto en forma de slogans y caricaturas, como en dar a conocer noticias que se ajustaran a los discursos y promesas de la guerra. Periódicos como el *Mainichi*, *Yomiuri* y *Asahi* comisionaban multitudes de corresponsales para que fueran al frente de batalla y enviaran fotografías de soldados y filmaciones del día a día en el campo. Para 1940 ya había 3000 corresponsales en el frente de guerra y la circulación de periódicos como el *Asahi*⁸⁵ llegaba a los dos

⁸³Kushner, *op. cit.*, p. 30.

⁸⁴*Ibid.*, p. 37.

⁸⁵ Uno de los cinco periódicos nacionales en Japón. Fundado en 1879. El periódico apoyó abiertamente la administración militarista del primer ministro Konoe Fumimaro a finales de los años treinta.

millones de ejemplares.⁸⁶ En cada página del periódico se imprimía un slogan diferente, se organizaban colectas para contribuir a la compra y construcción de naves aéreas, se publicaban poemas, canciones y marchas patrióticas. Editoriales como la *Bungeishunju*, *Kodansha*, *Kaizōsha* y *Chuo Koronsha* se aliaron en un Simposio de Editoriales que se reunía en las oficinas del Ministerio de Asuntos Interiores para discutir sobre la guerra y la labor editorial.

En 1938, el Ministerio de Asuntos Interiores envió un cuestionario a las familias en toda la nación para conocer su opinión sobre las regulaciones en los medios. Las respuestas en general hablaban de gratitud a los periódicos y a los reporteros por arriesgar la vida para recolectar noticias y difundirlas.⁸⁷

Los periódicos y noticieros llegaron a ser tan instrumentales para la difusión de la propaganda que el Ministerio de Comunicaciones tomó el control de la recientemente creada *Dōmei Tsushinsha* para convertirla en la agencia de noticias oficial del Imperio, garantizando que la información que se difundiera estuviera acorde a los discursos oficiales.⁸⁸

En entrevista con Haruko y Theodore Cook, Hata Shōryū, un corresponsal del *Asahi* en el frente, reconoció que las competencias entre agencias de noticias “no eran sobre la calidad o exactitud de los reportes que quedarían para la Historia, sino sobre cómo incitar al público más efectivamente.”⁸⁹ Hata, quien había servido un par de años en el ejército antes de unirse a las filas del periódico, comentó también que se había sorprendido al ver el intenso ultranacionalismo que se respiraba en las oficinas del *Asahi*: “Nosotros en el ejército no pensábamos en el emperador de manera complicada, pero en el periódico eran unos cabezas duras sobre el *kokutai*, la política nacional.”⁹⁰ Se publicaban historias embellecidas de la lucha de los soldados en el frente o de las familias de los soldados fallecidos, la

⁸⁶Cook, *op. cit.*, p. 208.

⁸⁷ Kushner, *op.cit.*, p. 60.

⁸⁸ El rol de esta agencia como distribuidor de propaganda y noticias pro-imperialistas fue tan reconocido que la ocupación norteamericana ordenó que se disolviera en 1945.

⁸⁹Cook, *op. cit.*, p. 212.

⁹⁰*Ibid.*, p. 208.

mayoría de ellas falsas, pero que se hacían pasar por verídicas.⁹¹ Lo primordial era provocar sentimientos de afinidad en los lectores.

Además de los periódicos, también había organizaciones de artistas que trabajaban exclusivamente para producir arte de guerra. El ejército coaccionaba a pintores a realizar cuadros de guerra, los que se negaban tenían dificultades para conseguir dinero o suministros y algunos incluso eran enviados a prisión. También se reclutaban estudiantes recién graduados de la escuela de arte y les ordenaban cooperar con la milicia.⁹² Se convocaron escritores, caricaturistas, músicos y otros artistas que, con fondos del Imperio, tenían la oportunidad de difundir el mensaje de la supuesta misión civilizadora de Japón en Asia.

En 1938 se lanzó una convocatoria para reclutar escritores que se unieran a la lucha utilizando sus plumas como armas. Kikuchi Kan (1888-1948),⁹³ de la revista literaria *Bungeishunju* fue uno de los grandes promotores de esta iniciativa, y se ofrecían atractivos salarios para quienes participaran. Veintidós escritores se enlistaron para ser enviados a diferentes partes de Asia, donde acompañaban al ejército para reportar sus proezas.⁹⁴ Este grupo fue conocido como Escuadrón de Plumas (*Pen Butai*) y quienes formaron parte tuvieron un gran impulso en sus carreras. Además de publicar notas en los principales periódicos, estos autores siguieron escribiendo libros detallando sus experiencias en los diferentes frentes, desde Indonesia hasta las Filipinas.⁹⁵ Estos libros eran consumidos con avidez por un público que estaba desesperado por tener noticias del frente y leer las experiencias de quienes habían estado personalmente en los diferentes rincones del Imperio.

⁹¹Cook, H. y T. Cook, *op. cit.*, p. 214.

⁹²*Ibid.*, p. 254.

⁹³ Escritor, fundador de la editorial *Bungeishunju* y la revista literaria del mismo nombre. Fundó además la Asociación de Escritores Japoneses y creó los premios Akutagawa y Naoki de literatura, hasta la fecha los más importantes en dicho ramo.

⁹⁴ Los veintidós autores enviados al frente por esta iniciativa fueron: Yoshikawa Eiji, Takii Kosaku, Fukada Hisaya, Kitamura Komatsu, Sugiyama Heisuke, Hayashi Fumiko, Kishida Kunio, Sato Sonosuke, Nakatani Takao, Kataoka Teppei, Yoshiya Nobuko, Niwa Fumio, Kojima Masahiro, Asano Akira, Shirai Kyoji, Kume Masao, Sato Haruo, Kikuchi Kan, Tomizawa Yuu, Ozaki Shiro, Hamamoto Hiroshi y Kawaguchi Matsutarou.

⁹⁵Kushner, *op.cit.*, p. 92.

En 1942 se creó la Asociación de Caricaturistas que pretendía enfocar la producción en los temas del odio a los anglo-americanos, exhortar a la población a vivir con menos y a incrementar el espíritu de lucha.⁹⁶ En China se crearon asociaciones locales encargadas de producir propaganda: la Sociedad Concordia en Manchuria, la Sociedad del Pueblo (*Hsi Min Hui*) en el norte de China y la Sociedad del Este de Asia (*Tsung Yan Hui*) en el centro.⁹⁷ Todas estas sociedades producían panfletos, libros, películas y periódicos, organizaban grupos de jóvenes y conferencias para promover la idea de cooperación sino-japonesa.

Por lo anterior, no se puede hablar de un organismo centralizado de propaganda, sino de muchas organizaciones que tenían cierta independencia en cuanto al contenido que producían, a tal punto que a veces se contradecían entre sí. Estos grupos trabajaban en colaboración directa o indirecta con el gobierno, algunos incluso recibían patrocinios de los ministerios o del propio ejército, pero por lo general surgían de la motivación de la propia población por apoyar el esfuerzo de guerra de la nación.

Los mensajes que se buscaban distribuir eran muchos y muy variados, cada uno con un objetivo específico más allá de la generalidad de obtener el apoyo del público. Esto dependía no sólo de la audiencia a la que eran destinados, sino de los diferentes momentos que se vivieron durante el proceso bélico. La propaganda de 1938 cuando se estaba triunfando en la guerra en China no era la misma que la de 1944, cuando se estaba perdiendo contra las fuerzas estadounidenses en todo el Pacífico.

Una de las temáticas que pervivieron en la propaganda desde el inicio de la guerra fue el temor al invasor occidental. Se hablaba de que Asia se veía amenazada cultural y psicológicamente por la codicia de las potencias euroamericanas. La prueba que se daba de ello era cómo el gobierno Nacionalista chino, que se decía contaminado por las ideas occidentales, estaba arruinando a la población. A partir de 1941, cuando inició la guerra con Estados Unidos, se hizo

⁹⁶Cook, *op. cit.*, p. 95.

⁹⁷Goette, *op. cit.*, p 173.

énfasis en el peligro del “demonio angloamericano” y cómo sus valores individualistas ponían en riesgo la pureza de Japón.⁹⁸ Junto con el comunismo ruso, estos eran los grandes enemigos que se decía que estaban oprimiendo a las naciones de Asia y que Japón derrotaría para liberar a la región del yugo occidental.

Para combatir a estos enemigos, se decía que era importante priorizar el deber sobre el impulso por la felicidad individual. Un mensaje muy difundido tanto para los soldados como para los civiles en casa era que su deber con el ente nacional debía ser lo más importante, y que flaquear en el deber cediendo a las emociones personales era inadmisibile y contrario al bienestar de la nación: “El deber demandaba que la esposa cediera a su esposo, que la madre cediera a su hijo, que el esposo, el padre y el hijo cedieran sus vidas si se les llamaba a hacerlo.”⁹⁹ Conforme se prolongaba la guerra y aumentaban las restricciones y limitaciones en productos básicos, soportar las privaciones también se convertía en parte del deber de la población.¹⁰⁰ Se enfatizaba que era esencial resistirse a buscar los placeres y satisfacciones personales.

La noción del “ente nacional” o *kokutai* fue esencial para la propaganda de guerra. Este era un concepto que abarcaba todo lo que representaba a Japón y partía de que “el Emperador, los generales, los oficiales menores, los soldados, los hombres, mujeres y niños civiles, y la Bandera del Sol Naciente” formaban una sola unidad.¹⁰¹ Este mensaje se reprodujo intensamente y como idea era generalmente aceptada por la población, formando uno de los fundamentos de la ideología de guerra popular. Se podría decir que la implementación de este concepto en la propaganda fue de las más efectivas, pues el sentimiento general

⁹⁸ Varios de los testimonios recogidos por los Cook hablan de esta imagen de los estadounidenses y británicos como demonios o monstruos, la cual fue ampliamente difundida en carteles y caricaturas durante los años cuarenta.

⁹⁹ John W. Dower, *Japan in War and Peace*, Nueva York: New Press, 1993, p. 49.

¹⁰⁰ Entre los productos que se fueron limitando estaba el azúcar, el chocolate, los cerillos, el tocino, algodón y productos de lujo. Además se redujo el uso de vehículos particulares para conservar gasolina y se clausuraron los lugares que proveían “entretenimiento occidental” como los cabarets. (Goette, *op. cit.*, p. 92.)

¹⁰¹ Goette, *op. cit.*, p. 47.

de la población era de apoyo a sus líderes y de voluntad para resistir las dificultades y la escasez. La gente participaba y apoyaba con entusiasmo los simulacros anti-bombas. Las restricciones eran generalmente aceptadas sin cuestionarlas. Las familias enviaban a sus hombres al frente con orgullo y resignación, escuchaban las noticias y leían los periódicos para mantenerse informados de la situación, celebraban las victorias, formaban organizaciones civiles para apoyar la misión de Japón en Asia, en la que tenían una profunda convicción.

Durante los primeros años de la guerra, el ejército obtenía una victoria tras otra, y con ello, se lograban beneficios económicos que mejoraban las condiciones de vida de la población nacional, lo cual hacía fácil que el apoyo de la gente incrementara. “Nadie criticaba a Japón” testimonia Itabashi Koshu,¹⁰² quien era estudiante de la marina cuando acabó la guerra; y nadie criticaba a Japón en parte porque quienes lo hacían eran castigados y en parte porque la población en general compartía un sentimiento de aprobación y fervor por la guerra, de cuya victoria tenían absoluta certeza:

Intelectuales, periodistas, gente educada, todos apoyaban la guerra activamente. La única excepción eran los comunistas, y ellos estaban en prisión. Nadie creía realmente que Japón perdería [...]. Gritos de ‘¡Banzai!’ despedían desde soldados y caballos militares hasta trenes y aviones.¹⁰³

Mucha de la literatura del periodo tuvo tintes nacionalistas y triunfalistas. Intelectuales y literatos participaron activamente en estas campañas propagandísticas, impulsados por la retórica patriótica y combativa, así como la posibilidad de beneficios económicos y prestigio. El gobierno promovía la idea de que la cultura japonesa era la más prominente de Asia, y enviaba a escritores, cineastas, pintores, editores, reporteros y personalidades del mundo del teatro por todo el este de Asia para “ser testigos de la superioridad de la cultura japonesa.”¹⁰⁴ Estos intelectuales tuvieron un papel fundamental en desacreditar el

¹⁰² En Cook, *op.cit.*, p. 77.

¹⁰³ Testimonio de Kumagaya Tokuchi en Cook, *op. cit.*, p. 50.

¹⁰⁴ Mayo, Marlene J., J. Thomas Rimer y H. Eleanor Kerkham [eds.], *War, Occupation and Creativity: Japan and East Asia, 1920-1960.*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 2001, p. 15.

pensamiento de oposición y redirigir la opinión pública a través de los diferentes medios de comunicación, en favor de los mensajes gubernamentales, y por ello fueron recompensados por el Estado.

El pueblo japonés creía casi unánimemente en la vocación de su nación por salvar al mundo y liberar a Asia del yugo de Occidente, siempre y cuando Japón ocupara la posición más alta en la jerarquía cultural del nuevo bloque económico que se formaría.¹⁰⁵ Desde la gente del campo hasta los intelectuales en las ciudades, se creía que la raza japonesa era superior a las demás en Asia, y que por tanto era su misión liberar y civilizar a sus naciones hermanas. Este era un tema en el que se hacía hincapié tanto en la propaganda como en los discursos del gobierno. Todo el proceso de la guerra se justificaba en la idea de la Gran Esfera de Co-prosperidad y el mensaje de “Asia para los asiáticos”. A pesar de las privaciones personales y económicas, la gente estaba comprometida con la causa de defender y expandir el imperio, mirando siempre hacia el Japón moderno, progresista y científico que llegaría tras la victoria.¹⁰⁶

2.1.1 Del discurso a la realidad: La propaganda en China y la ocupación

Con un Imperio en constante crecimiento, el gobierno japonés no se podía limitar a producir propaganda sólo para la población en casa. También era necesario persuadir a los nativos de los territorios ocupados de que Japón era el libertador de Asia y que los verdaderos invasores eran las potencias occidentales que oprimían a toda la región. El aparato propagandístico tuvo que volverse multilingüe y multicultural. Por ello, en las nuevas adquisiciones del imperio, se recurría a enaltecer la cultura local como una forma de rechazar los valores occidentales. China, que vivió la ocupación japonesa durante varios años, fue objeto de gran cantidad de esfuerzos propagandísticos que buscaban ganarse los corazones de

¹⁰⁵Kushner, *op.cit.*, p. 20.

¹⁰⁶*Ibid.*, p. 22

la población para poder combatir al gobierno de Chiang Kai-shek y difundir el mensaje de la Gran Esfera de Co-prosperidad.

Un ejemplo de esta propaganda fue la película “*La Guerra del Opio*” (*Ahensenso*) producida en 1943 y proyectada a lo largo de todos los países ocupados de Asia. El tema de la película no era directamente la lucha de Japón por su Esfera, sino que tenía un fuerte componente anti-británico. Partiendo de los elementos históricos de la guerra en la que China se había visto sometida, se remarcaba la crueldad de los invasores anglosajones. De forma implícita, Japón se ubicaba en oposición a ellos y en favor de los chinos oprimidos. La película “llama a la acción contra la agresión europea” presuntamente con el objetivo de inflamar el odio de los chinos hacia este país y facilitar el que aceptaran a los japoneses como sus salvadores.¹⁰⁷

En territorio chino se produjo una notoria variedad de propaganda, desde panfletos que exaltaban los principios confucianos que debían ser comunes a ambos países hasta fotografías en las que se mostraba el buen trato que recibían los prisioneros chinos a manos de los japoneses.¹⁰⁸ En Nanking se colgaron carteles con la leyenda “Confíen en nuestro Ejército Japonés – Ellos los protegerán y alimentarán.”¹⁰⁹ El objetivo principal de esta propaganda era promover una ideología “pro-japonesa” y combatir los sentimientos nacionalistas y anti-japoneses que se decía eran promovidos por Chiang Kai-shek. Otros panfletos hacían énfasis en el dolor de las familias chinas que veían a los hombres partir hacia el frente y que, al contrario de la propaganda japonesa que incitaba a los ciudadanos a aceptar estos sacrificios de frente y con orgullo, a los chinos los invitaba a tener más consideración por el llanto de sus madres y esposas que los esperaban. El contraste entre ambos mensajes es un ejemplo claro de la forma en que la propaganda se adaptaba de acuerdo al público al que iba dirigida, con el fin de manipular la opinión pública en favor de los intereses de Japón

¹⁰⁷Dresser, *op. cit.*, p. 44.

¹⁰⁸Kushner, *op. cit.*, p. 133.

¹⁰⁹Iris Chang, *The Rape of Nanking: The forgotten Holocaust of World War II*, Nueva York, Basic Books, 2012 p. 120.

Una técnica para eliminar los sentimientos anti-japoneses consistía en resaltar las diferencias entre Oriente y Occidente e invitar a la población a rechazar y odiar al invasor euroamericano. Los chinos debían apegarse a los códigos confucianos que compartían culturalmente con Japón y a exaltar su odio hacia el “materialismo occidental” en favor del “espiritualismo oriental”.¹¹⁰ También se intentaba hacer hincapié en los peligros del Comunismo y la posibilidad de que China fuera destruida si se dejaba tentar por esta corriente política soviética. En las escuelas se reemplazó la enseñanza del inglés por el japonés, y en aquellas escuelas que tenían orígenes norteamericanos, los niños debían renegar de la educación de tipo occidental para probar su patriotismo.

Para fortalecer las ideas de amistad entre Japón y China, el gobierno implementó varias estrategias para mostrar el apoyo de los chinos a la causa. Pocas semanas después del incidente del puente de Marco Polo, se recolectaron donativos de chinos residentes en Japón para la Caridad de la Defensa Nacional.¹¹¹

Cuando estos actos de cooperación y fraternidad no se daban naturalmente, no había ningún problema en fabricarlos artificialmente. En Osaka se producían grandes cantidades de banderas de la República China, las cuales luego se colgaban en las residencias civiles de las ciudades conquistadas. Las imágenes de las banderas ondeando se utilizaban como evidencia de que el pueblo chino las había estado guardando en espera de que llegaran sus “salvadores”. En 1942 se ordenó a todos los estudiantes de Beijing que escribieran una carta de consolación para los soldados japoneses en la que les agradecieran y reconfortaran por las dificultades que padecían “al luchar la Gran Guerra del Este de Asia.”¹¹² Se organizaban operativos de “intensificación de la pacificación” con el fin de “aumentar el control y combatir el comunismo”,¹¹³ que promovían una imagen de buena voluntad entre invasores y conquistados y mezclaban imágenes de

¹¹⁰Goette, *op.cit.*, p. 168.

¹¹¹Kushner, *op. cit.*, p. 69.

¹¹²Goette, *op. cit.*, pp. 175-176

¹¹³ *Ibid.* pp. 164-166

británicos, estadounidenses y comunistas como si se tratara de un único bloque de enemigos a combatir.

En Japón se transmitían imágenes de manifestaciones populares en frente del Palacio Imperial en China, donde se daban anuncios de las nuevas ciudades conquistadas por los japoneses. Estos eventos debían mostrar el fervor del pueblo invadido en favor de la causa japonesa, sin mencionar que quienes asistían a estas demostraciones lo hacían generalmente como acarreados, de quienes se esperaba que “pusieran su corazón en el grito japonés de ¡Banzai! que se les pedía desde la plataforma”.¹¹⁴ Se le daba más importancia a convencer a los japoneses en casa del supuesto éxito de la misión de liberación que a mostrar las verdaderas relaciones entre invasores e invadidos.

Mucha de la propaganda alardeaba de las victorias de Japón sobre los enemigos con el fin de mostrar el poderío del Imperio, el cual debía ser aceptado por el público como un líder capaz y fuerte para tomar las riendas de Asia. Por ejemplo, se repartían caricaturas que mostraban a las tropas británicas y americanas saliendo de Beijing, expulsados por los japoneses, se exhibieron pinturas enormes de tanques y aviones huyendo, o de aviones japoneses bombardeando buques de guerra, o un marcador que mostraba cuántos vehículos de guerra enemigos habían sido derribados. En Beijing se exhibió un gran mapa que marcaba los lugares que iban siendo ocupados por las tropas imperiales.

Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría dentro de Japón, la propaganda en los países invadidos, y en China en particular, tenía poco efecto. Los propios japoneses, sin darse cuenta, sabotaban los esfuerzos de la propaganda con sus acciones. Había poco control dentro del ejército y un racismo generalizado, por lo que se cometieron gran cantidad de atrocidades y crímenes de guerra contra los pueblos que supuestamente estaban liberando.

Japón había tenido relaciones hostiles con China de manera casi constante desde la guerra de 1894, lo cual había creado un sentimiento de desdén

¹¹⁴ Goette, *op. cit.*, p. 169.

generalizado hacia dicho país y una relación de tensión entre las dos naciones. Aunado a esto, China había pasado de ser el país líder a nivel económico y cultural en Asia, a convertirse en un pueblo humillado y derrotado, tanto por las potencias occidentales como por Japón.¹¹⁵ En el discurso oficial del Nuevo Orden y la esfera de Co-prosperidad Asia Pacífico, se promovía una visión paternalista en la que los civiles chinos eran sólo víctimas inocentes de los engaños y manipulaciones de Chiang Kai-shek. Se les mostraba como débiles e ingenuos que necesitaban de la protección del ejército japonés para tener una vida mejor. Esto provocaba que entre la población japonesa hubiera sentimientos de hostilidad, prejuicio y condescendencia hacia los chinos. Dicha percepción se ve reflejada en los testimonios de Kumagaya Tokuichi y Nogi Harumichi que revelan que China era vista como una nación atrasada y sus habitantes eran despreciados, refiriéndose a ellos con el término racista “*chankoro*”.¹¹⁶ La guerra actual sólo acentuaba el odio hacia los “enemigos”.

En el medio del entretenimiento se destacó este desdén generalizado hacia los enemigos, tanto militares como civiles. En las rutinas de *rakugo*¹¹⁷ era común encontrar burlas a Chiang Kai-shek y quejas sobre cómo el ejército chino no luchaba honorablemente. Una rutina muy popular llamada *Shina benritai* (Las convenientes tropas chinas) utilizaba la melodía de la popular película *La marcha de Tokio*¹¹⁸ pero alteraba la letra para burlarse del ejército del Kuomintang y de los “mal capacitados” que estaban los soldados chinos, a quienes sólo se les mostraba interesados en su propia conveniencia y el dinero que se les pagara.¹¹⁹

¹¹⁵ Zeljko Cipris, “Introduction”, en Tatsuzou Ishikawa, *Soldiers Alive*, Honolulu, The University of Hawai'i Press, 2003 p. 16.

¹¹⁶ En Cook, *op. cit.*, pp. 48 y 51.

¹¹⁷ Forma de entretenimiento que consiste en un solo orador que, sentado en el escenario, sin usar ningún vestuario o maquillaje en particular y utilizando sólo un abanico y un pañuelo como utilería, interpreta una historia cómica larga que involucra diálogos entre dos o más personajes. El mismo intérprete hace las voces de los diferentes personajes, cambiando solamente su entonación y lenguaje corporal para distinguir unos de otros.

¹¹⁸ Película de 1929 dirigida por Mizoguchi Kenji.

¹¹⁹ Un extracto de esta y otras rutinas de comedia que se interpretaron en este periodo se puede encontrar en Kushner, *op. cit.*, “Chapter Four: A Funny thing happened to me on the Way to the Front”, pp. 96-116.

Los chinos estaban conscientes de la deshonestidad del mensaje de pacificación y conciliación que pregonaban las tropas japonesas. En palabras de Dresser: “Víctima de la furiosa agresión japonesa, especialmente desde 1937, China estaba sumamente consciente de la verdadera naturaleza del imperialismo japonés.”¹²⁰ Los chinos habían sentido en carne propia la barbarie de la que eran capaces los japoneses. Para la población que aún tenía fresca en la memoria la destrucción y masacre de Nanking, los slogans de “paz y reconstrucción” eran únicamente palabras vacías. Los esfuerzos de publicitar la supuesta buena voluntad de Japón hacia China carecían de credibilidad.

Las promesas de rescatar a China del imperialismo angloamericano también resultaban ser completamente vacías. Los gobiernos marionetas impuestos por el ejército japonés cedieron fácilmente las utilidades, recursos naturales y gran parte de la industria privada en favor de los intereses japoneses. Aunque se hablaba de la Gran Esfera de Co-prosperidad “el conquistador imponía su propia economía controlada sobre [China]”.¹²¹ Los japoneses también se acercaron a los diferentes cultos y sectas religiosas y los manipularon con discursos de cooperación sino-japonesa para que cedieran sus tierras y posesiones a Japón.

En otros países de Asia que sí se habían convertido en colonias bajo el dominio de una potencia occidental, el lema de “Asia para los asiáticos” le abrió las puertas el ejército Imperial para obtener victorias relativamente fáciles con el apoyo de la población local. Pero en el caso de China, que ya llevaba más de seis años en conflicto con Japón para cuando inició la guerra oficialmente, este discurso no lograba mover los corazones de la población. Los chinos que llegaron a apoyar al ejército japonés, no lo hacían porque creyeran en las bellas promesas de la propaganda, sino porque podían obtener alguna ventaja material o política, así que aprovecharon la oportunidad para obtener poder y deshacerse de cualquier influencia angloamericana. Tal fue el caso de la facción de Wang Ching-

¹²⁰Dresser, *op. cit.*, p. 44.

¹²¹Goette, *op.cit.*,p. 170.

Wei, anteriormente un importante miembro del Kuomintang que abandonó a Chiang Kai-shek pues aspiraba a obtener más poder. El ejército japonés fue el que le concedió ese deseo, nombrándolo presidente de la República de China en 1940 y apoyando su gobierno en Nanking. Como había sido el caso con Pu Yi en Manchuria, el poder de Wang Ching-Wei era sólo nominal, pues quienes realmente llevaban las riendas del gobierno eran los japoneses.

Las tropas de ocupación pregonaban que estaban liberando a China del gobierno del Kuomintang, por lo que en ningún momento cuestionaban que los civiles de Beijing o Nanking fueran a recibir positivamente las noticias de las victorias del ejército invasor por sobre sus compatriotas. Muchas de sus movidas propagandísticas mostraban la poca sensibilidad en un tema tan conflictivo, y eran muchos los alardes que se hacían sobre los avances en contra del ejército del Kuomintang. En Beijing se anunciaban con grandiosidad todos los triunfos japoneses con la pretensión de que esto inflamara el apoyo de los locales por la causa. Goette describe la primera plana de un periódico que mostraba una gran fotografía de una de las manifestaciones que supuestamente demostraban la solidaridad y fraternidad sino-japonesa, y justo debajo de la imagen, una nota sobre la masacre de veinte mil soldados chinos; “los japoneses creían que los lectores en Peking [sic] les estarían agradecidos por matar a sus compatriotas”.¹²² De todos modos, aunque los chinos tomaban estos periódicos –pues no había opciones, todos los medios estaban controlados por agencias japonesas- rara vez creían en lo que se reportaba en ellos.

2.1.2 Propaganda y Entretenimiento

Las noticias oficiales y los panfletos no eran los únicos medios de difusión de la propaganda. Diferentes medios de entretenimiento tomaron la guerra como

¹²²Goette, *op. cit.*, p. 167.

inspiración y se convirtieron en conductos para hacer llegar esos mensajes a la gente.

La comedia fue uno de los medios que más propugnó en favor de la doctrina estatal. Las rutinas de comedia formaron parte importante de la propaganda de guerra, pues “ayudaban tanto a distribuir la propaganda a una audiencia mayor, como a reformular la guerra y la propaganda como un producto de entretenimiento de consumo.”¹²³

Desde el incidente de Manchuria en 1931, grupos de comedia vieron la oportunidad de trasladarse al frente para entretener a las tropas. Muchos artistas de *rakugo* se movilaron al nuevo estado de Manchukuo donde representaban obras cómicas que usaban el contexto militar como trasfondo. Al regresar a Japón ofrecían conferencias que también fungían como propaganda. Hacer esto también era un buen negocio para las compañías de entretenimiento, pues aumentaba la popularidad de sus artistas. Yanagiya Kingoro (1901-1972) llegó a ser uno de los intérpretes más aclamados del periodo por sus presentaciones de *rakugo* con temática soldadesca y los relatos de sus viajes al extranjero. El gobierno aprovechó su popularidad para pedirle que escribiera un libro sobre la marina, que después fue convertido en película en la que él mismo hizo el papel estelar.¹²⁴

La policía empezó a poner mayor atención a las rutinas de comedia con el fin de garantizar que siguieran siendo entretenimiento “sano”, que elevaran la moral social y que no devinieran en “vulgaridad”. A partir de 1939 se empezaron a censurar o prohibir algunas rutinas que podían malinterpretarse para detrimento de la causa nacional. A algunos intérpretes se les ordenó que cambiaran sus nombres artísticos si sonaban muy exagerados o extranjeros.

Otro medio de entretenimiento que se vio influenciado por la propaganda fue el cine. En la actualidad, los académicos consideran que la literatura de guerra japonesa de ese periodo carecía de valor artístico o literario por estar tan enfocada

¹²³ Kushner, *op. cit.*, p. 97.

¹²⁴ “Un millón de vítores por la marina” (*Kaigunbanbanzai*) y “Yo soy un marinero” (*Ore wasuihei*) respectivamente. (Kushner, *op.cit.*,p. 105.)

en el contenido propagandístico. Sin embargo, en el caso del cine, se dio el efecto contrario. Al igual que en países como Alemania y Estados Unidos, en Japón el periodo de la guerra generó un gran auge del cine propagandístico. Estas películas fueron elogiadas por los cineastas norteamericanos que las analizaban en el marco de su propia labor de propaganda. El productor Frank Capra, reconocido por su trabajo en la serie estadounidense *Why we Fight* (1942-1945) y la antropóloga Ruth Benedict mostraron gran admiración por las producciones cinematográficas japonesas de este periodo, señalando que se destacaban por las actuaciones y por el sentimentalismo sincero de las historias.¹²⁵

El analista de cine David Dresser señala una tendencia hacia la creación de “películas de política nacional” (*kokusai eiga*) que abarcaba prácticamente todos los géneros y producciones del periodo.¹²⁶ Esto quiere decir que, más que hablar de un género aislado de películas nacionalistas, se podían hallar discursos pro-guerra y de exaltación patriótica en un gran porcentaje de las películas que se realizaron durante esos años.

Dentro del rubro de las películas propagandísticas, hubo varios cambios y tendencias sobre los géneros que eran populares y los que se usaban para hacer llegar los mensajes deseados a la población. En los inicios de la guerra con China, prevalecieron los relatos de soldados combatientes, pues eran “cruciales, tanto para un gobierno que intentaba exhortar a la ciudadanía a apoyar la guerra, como a los creadores de películas que deseaban complacer a un gobierno militarista.”¹²⁷ Entre las películas más destacadas de este género se encontraban las dos producciones del director Tasaka Tomotaka *Los cinco exploradores* (五人の斥候兵 *Gonin no sekkōhei*) en 1938 y *El lodo y los soldados* en 1939, una adaptación cinematográfica de la novela de Hino Ashihei del mismo nombre. Estas películas se caracterizaron por mostrar un protagonista que era generalmente “un joven oficial o humilde recluta que lleva a cabo su deber sin preguntar, y se distingue por

¹²⁵Dower, *op. cit.*, p. 34.

¹²⁶Dresser, *op. cit.*, p. 36.

¹²⁷*Ibid.*, p. 36.

su atractiva falta de astucia maliciosa.”¹²⁸ La pureza es la característica que distingue a estos héroes sencillos.

Una de las virtudes que Ruth Benedict elogiaba en este tipo de películas era la falta de malicia o discursos de odio contra los enemigos. No eran películas que promovieran el odio hacia “los otros”, sino que se enfocaban en el drama de los soldados japoneses en el campo de batalla y sus “heroicos sacrificios”.¹²⁹ El enemigo se mostraba como una fuerza invisible, un personaje que podía redimirse cuando reconociera la rectitud de la causa japonesa, o un ente amorfo que representaba los valores occidentales y amenazaba la pureza de Japón.

Mientras la guerra de Japón se desarrollaba principalmente en China, también se enfocaron en ella la mayor parte de las películas de propaganda. Como se mencionó en el capítulo anterior, Japón veía en China una nueva fuente de materias primas, la posibilidad de ampliar sus mercados y reubicar a la creciente población. Esto era particularmente cierto durante la guerra, pues el gobierno había instaurado estrictas medidas de control de provisiones en Japón que no existían en China; productos esenciales y de lujo que no se encontraban en la isla, se comerciaban libremente en el continente.¹³⁰

Lo anterior, aunado a los discursos oficiales sobre coexistencia y coprosperidad con China, hicieron que en las películas, los enemigos chinos fueran representados como redimibles, en contraste con los occidentales. Una temática recurrente en las películas propagandísticas del periodo de 1932 a 1942 era retratar las relaciones entre chinos y japoneses en el frente de batalla, usualmente centrada alrededor de un romance entre una mujer china y un soldado japonés. Estas películas pretendían simbolizar la relación ideal que debía existir entre los dos países y las buenas intenciones que Japón decía tener hacia China. Japón era “fuerte, disciplinado, racional, paciente, dominante, protector, firme pero compasivo” mientras que China era “femenina, débil, dependiente, equivocada,

¹²⁸Dower, *op. cit.*, p. 35.

¹²⁹*Ibid*, p. 44.

¹³⁰Goette, *op. cit.*, pp. 188-192.

sospechosa, ligeramente histérica e irracional –pero excesivamente atractiva y capaz de ser conquistada.”¹³¹

El ejemplo más reconocido de este tipo de películas es *China Night*, protagonizada por la actriz sino-japonesa Yamaguchi Yoshiko,¹³² que trataba del romance entre un soldado japonés y una mujer huérfana china. La película es singular porque se filmaron tres finales diferentes para adaptarse a los diferentes mercados en los que fue proyectada. Para el pueblo chino, que debía ver la realización del “amor” entre China y Japón como naciones, la película concluía con la boda de ambos personajes. En Japón, el final mostraba al soldado volviendo al frente de batalla –priorizando su deber sobre su felicidad personal, como se esperaba de un soldado ideal– y moría en combate. La tercera versión, que fue proyectada en los otros países ocupados por Japón, terminaba cuando el soldado volvía junto a su esposa, justo antes de que ella se suicidara al creerlo muerto.¹³³

No todas las películas producidas en los años de la guerra necesariamente retrataban el frente de batalla. Otro tipo de películas muy comunes eran las piezas de época, que se desarrollaban usualmente en el periodo samurái. En ellas se enaltecían los valores tradicionales japoneses: auto-sacrificio, piedad filial, respeto absoluto por las jerarquías, y las grandes virtudes del samurái derivadas del confucianismo (lealtad, decoro, valor, fidelidad, sencillez y sinceridad), con el fin de inculcar un sentimiento de orgullo patriótico. Con este mismo fin se crearon también películas que mostraban una visión idílica de la vida en el campo, que “resaltaba las alegrías del Japón tradicional”,¹³⁴ así como películas que mostraban las dificultades de la población en tiempos de guerra para inspirar al público a sacrificar los deseos personales y soportar las restricciones por el bien de la nación. Conforme Japón comenzó a perder la guerra, aumentaron las películas que exaltaban la virtud de pelear hasta morir.

¹³¹Dower, *op. cit.*, p. 48.

¹³²Al inicio de su carrera se hacía llamar Li Hsing-Han para ocultar su ascendencia japonesa, Ri Ko-ran en la versión japonesa del nombre chino. En la posguerra hizo carrera en Hollywood bajo el nombre de Shirley Yamaguchi, y en 1970 llegó a formar parte del parlamento japonés.

¹³³Dower, *op. cit.*, pp. 47-48.

¹³⁴Dresser, *op. cit.*, p. 39.

Diversos estudios producían estas películas, pero muchas de ellas eran financiadas por entes de gobierno que promovían la difusión de los mensajes pro-guerra que imperaban en ellas. Una de las películas de guerra más reconocidas del periodo fue *La Leyenda del Comandante de Tanques Nishizumi* (1940), que contaba la historia de un oficial joven muerto en China en 1938, patrocinada por el Ministerio de Guerra. En 1944, el ejército y la marina se unieron para crear la película *El viento divino sopla*, en la que se representaba la fallida invasión mongola del siglo XIII y cómo el viento de los dioses había defendido a Japón.¹³⁵ La película tenía la intención de levantar el espíritu del pueblo en un momento en que Japón estaba perdiendo la guerra, recordando un evento del pasado en el que se había triunfado aún bajo las circunstancias más adversas.

2.2 Censura y control mediático

Como complemento del elemento de la propaganda que dictaba lo que la población debía pensar y moldeaba la opinión pública de manera positiva a los intereses de la guerra, existió también un aparato de censura generalizado que evitaba que las ideas consideradas inapropiadas o contrarias a las intenciones de expansión del imperio se divulgaran. Desde la renovación Meiji se habían instaurado diversas leyes y regulaciones que limitaban la libertad de expresión, principio que de hecho estaba garantizado en la constitución Meiji. En el periodo álgido de la guerra, la aplicación de estas leyes y las sanciones a quienes las violaban se intensificó. Entre 1928 y 1943, 68,508 personas fueron arrestadas por violaciones a la Ley de Preservación de la Paz, de las cuales aproximadamente el 10% fueron condenadas y encarceladas.¹³⁶

El Ministerio de Asuntos Interiores era el principal encargado de regular los medios impresos, controlar los movimientos sociales y censurar las ideas disidentes. Este ministerio prohibía que las filmaciones de noticias y películas de

¹³⁵Dower, *op. cit.*, p. 48.

¹³⁶Cook, *op. cit.*, p. 221.

guerra mostraran imágenes de combate en primer plano o escenas que delataran los horrores que se daban en el campo de batalla. Dentro del Ministerio había distintas secciones encargadas de rubros particulares. Por ejemplo, la Sección de Libros (*Toshoka*) tenía la tarea de controlar la literatura. Pero, al igual que con la propaganda, existían muchos organismos que se encargaban de censurar los diferentes medios, aunque en este caso la administración de la censura sí estaba centralizada. Un ejemplo de esto era la colaboración de Asuntos Interiores con el Ministerio de Finanzas para limitar la cantidad de películas extranjeras que llegaban a los cines nacionales, y que todas las que fueran admitidas se analizaran y censuraran en caso de ser necesario.

Uno de los principales organismos encargados del control y la censura era la *Tokkotai* (Policía Superior Especial), creada en 1911 con el fin de monitorear a los extranjeros residentes en Japón, reprimir pensamientos subversivos y cualquier otra forma de descontento civil. Se le llegó a conocer como “policía del pensamiento”, pues se dedicaban a perseguir crímenes “ideológicos”.

La *Tokkotai* era probablemente la agencia más agresiva al momento de perseguir y castigar a quienes consideraba “criminales de pensamiento”. El odio hacia estos criminales era profundo y violento entre las fuerzas policíacas. Quienes caían en sus manos eran torturados para obligarlos a confesar crímenes, aunque no los hubieran cometido y algunos llegaban a morir en los interrogatorios. Las celdas tenían condiciones sumamente precarias. Los que llegaban vivos hasta el tribunal de justicia ni siquiera intentaban denunciar la tortura de la que habían sido víctimas, y a los que lo hacían se les amenazaba con enviarlos de nuevo a ser interrogados.¹³⁷

La supresión generalizada del comunismo fue una de las instancias más notorias de censura y represión por parte del gobierno, de la cual la *Tokkotai* estuvo a cargo. Como se mencionó anteriormente, el comunismo era una de las

¹³⁷ El proceso contra un “criminal de pensamiento” fue descrito por Hatanaka Shigeo, editor de la revista *Chuo Koron* en 1944 que fue arrestado bajo acusaciones de promover el comunismo y permaneció en prisión hasta el final de la guerra. Su testimonio fue recopilado en Cook, *op.cit.*, pp. 222-227.

ideologías occidentales que se consideraban peligrosas porque amenazaban con contaminar la pureza de Japón –como se decía que había ocurrido en China– y hasta se lo culpaba de provocar la tensión entre ambos países.

El Partido Comunista Japonés había sido declarado ilegal en 1923, apenas un año después de su fundación, por lo que sus integrantes se vieron forzados a continuar en clandestinidad, bajo constante riesgo de represión y persecución. Durante los siguientes años se llevaron a cabo numerosas redadas y purgas con el fin de eliminar cualquier rastro de comunismo en territorio japonés. En las redadas de 1928, más de 1,600 comunistas y simpatizantes fueron arrestados, muchas veces torturados y sus líderes fueron forzados a renunciar abiertamente a la ideología comunista con el fin de reintegrarse al ente nacional.¹³⁸

La represión de los comunistas sirvió como ejemplo de las consecuencias que podía acarrear el ir en contra de los supuestos intereses nacionales. Debido a ello, los mismos medios y escritores, conociendo lo que la censura permitía o no, se aseguraban de que su propio contenido no saliera de los límites establecidos para evitar problemas con las autoridades. Para 1941 todos los periódicos importantes se autocensuraban.¹³⁹ Estar a cargo de la difusión de información también les daba a los dueños de los medios cierto poder al momento de limitar su propio contenido. Un reportero que estuviera familiarizado con el funcionamiento interno de la prensa podía hacer pasar textos que no se atuvieran tan estrictamente a las normas. “Aprendías los trucos”, declaró Kawachi Uichirō, quien era corresponsal desde el Cuartel General Imperial,¹⁴⁰ siempre y cuando “no fuera demasiado lejos”.¹⁴¹

Ir “demasiado lejos” conllevaba castigos. Un reportero del periódico *Mainichi* escribió en un artículo “¿Puede Japón vencer a Estados Unidos con lanzas de bambú? Hay que construir más aviones”.¹⁴² Se dice que esta nota provocó la ira

¹³⁸ Takabatake, *Política y pensamiento [...] 1868-1925.*, pp. 352-353.)

¹³⁹ Testimonio en Cook, *op. cit.*, p. 217.

¹⁴⁰ Organismo encargado de coordinar las acciones del ejército y la marina en tiempos de guerra.

¹⁴¹ Testimonio en Cook, *op. cit.*, p. 217.

¹⁴² *Ibid.*, p. 27.

del primer ministro Tōjō Hideki, y al poco tiempo el reportero había sido reclutado para ir a luchar en el frente. Dentro de la Dieta se dio un incidente en el que uno de los miembros, Saitō Takao, cuestionó los motivos concretos del “sacrificio de la nación”, querrela que le costó ser expulsado del congreso por “insultar el objetivo de la guerra santa y los espíritus de los muertos de guerra.”¹⁴³

Anteriormente se habló del apoyo generalizado que la población profesaba por la guerra, pero esto no significa que no hubiera corrientes de oposición. Sin embargo, la supresión de los comunistas había quedado como ejemplo de las consecuencias de ir en contra del discurso oficial. El clima de censura y control evitó que los opositores al régimen tuvieran espacios para expresarse, por lo que es difícil encontrar sus vestigios. Las voces disidentes tuvieron que moderarse, autocensurarse parcialmente y llevar a cabo estrategias que les permitieran hacerse escuchar sin convertirse en blanco de los órganos censores. Tener conocimiento de las regulaciones a veces permitía que publicaciones subversivas desafiaran con moderación los límites impuestos.

En la revista *Chuo Koron*, –cuyo público era de corte intelectual y liberal– por ejemplo, se permitía que escritores que habían sido acusados de violar la Ley de Preservación de la Paz se defendieran en sus páginas, y para encubrirlo, también incluían textos de autores militaristas. Este tipo de publicaciones desarrollaron una relación particular y un lenguaje de silencios con sus lectores. Usualmente la censura consistía en eliminar palabras que pudieran ser consideradas problemáticas, reemplazándolas con cruces o círculos vacíos. El lector, al ver estos símbolos, sabía que una “mala” palabra o un fragmento controversial había sido eliminado y podía intuir parcialmente el contenido.¹⁴⁴

Otro truco que se aplicaba era enviar las revistas a revisión del censor una vez que ya se hubieran distribuido a los vendedores. Si el censor manifestaba alguna objeción, la *Tokkotai* se encargaba de recoger los ejemplares con el

¹⁴³ Cook, *op. cit.*, p. 27.

¹⁴⁴ Karen J. Thomber, “Early Twentieth-Century Intra-East Asian Literary Contact Nebulae: Censored Japanese Literature in Chinese and Korean”, en *The Journal of Asian Studies*, Vol. 68, No. 3 (Ago., 2009), p. 765.

contenido prohibido y llevarlos a la estación de policía, donde los editores de la revista eran convocados para que manualmente arrancaran las páginas problemáticas de cada ejemplar. Una vez hecho esto, la revista podía volver a venderse. Con este método, quienes compraban la revista podían notar que algunas páginas habían sido arrancadas y encontrar los títulos y autores de los textos prohibidos en la tabla de contenidos, nuevamente creando un diálogo implícito entre editores y lectores.

Un ejemplo claro de alguien que aprovechó su conocimiento del medio para evitar que su obra fuera condenada por la censura fue el escritor de crónica de guerra Hino Ashihei. Al trabajar en la división de inteligencia del ejército, parte de su trabajo consistía en revisar y censurar la correspondencia de los soldados, lo que le permitió familiarizarse con las limitaciones y ponerlas en práctica en su obra. Él mismo comentó después de la guerra que había ciertos temas que no se les permitía tocar al momento de escribir:

1. El ejército japonés nunca debe ser representado perdiendo una batalla.
2. Los actos criminales que inevitablemente forman parte de la acción de guerra no deben ser aludidos.
3. El enemigo siempre debe ser mostrado como detestable y despreciable.
4. Las circunstancias totales de un operativo no deben ser divulgadas.
5. La composición total de unidades militares y sus designaciones no deben ser divulgadas.
6. A los soldados no se les permite ninguna expresión de sentimentalismo individual como seres humanos.¹⁴⁵

Aún con estos conocimientos, Hino y su aclamada obra, de la que se hablará en el siguiente capítulo, tampoco quedaron completamente exentos de la censura. El texto de *Mugi to Heitai* fue censurado por las autoridades en al menos 27 pasajes, incluyendo una escena al final en la que se mostraba la ejecución de prisioneros de guerra. En la posguerra, Hino declaró que por las leyes de censura, no pudo escribir ni la décima parte de lo que él deseaba decir.¹⁴⁶

¹⁴⁵ Donald Keene, "The Barren Years. Japanese War Literature", en *Monumenta Nipponica*, Vol. 33, No. 1, Primavera 1978, p. 76.

¹⁴⁶ William R. Stevenson, "Japanese Soldier Writers and the American Postwar Purge of Militarists and Ultrationalists" en *Journal of International and Advanced Japanese Studies*, University of Tsukuba, Vol. 5 Marzo de 2013, p. 8. En este caso es necesario notar que las declaraciones fueron hechas post-facto, y que

Los textos que se enviaban desde el frente de batalla también eran objeto de censura. La revisión y validación de estos escritos era responsabilidad de la División de Reportes del Ejército Imperial, la cual se aseguraba de que los reportes que se enviaran de vuelta a Japón no dieran a conocer información incómoda o confidencial.

Los escritos privados de los soldados tampoco estaban completamente libres de escrutinio. Durante la guerra, muchos soldados llevaban diarios personales que actualizaban con regularidad. Pero muchas veces, los propios soldados cambiaban el tono de sus escritos en un intento de autocensura. En sus cartas a casa, el soldado Yamamoto Kenji reconocía que había muchas cosas que quisiera contar “pero no me permiten escribir de ello”.¹⁴⁷ La revisión y censura de la correspondencia que los soldados enviaban a casa era estricta. Otro soldado de nombre Suzuki Murio, relató un incidente en el que retuvieron su correspondencia y lo amenazaron con enviarlo ante la Policía Militar (*Kempeitai*) por escribir el siguiente haiku en una postal:

Me tsumureba

Tani nagare

*Chi no Akaki nado*¹⁴⁸

(Cierro los ojos

Puedo ver valles

Que fluyen rojo sangre)

Los oficiales le ofrecieron no castigarlo si cambiaba la parte de la “sangre roja” por “sangre pura”.¹⁴⁹ Evidentemente se consideró que la imagen de los

los textos originales de la obra no dan indicación de haber tenido silencios forzados, a diferencia de lo que indicaría la reedición de la misma realizada por uno de sus hijos varios años después de su muerte.

¹⁴⁷ Aaron William Moore, “The Chimera of Privacy: Reading Self-Discipline in Japanese Diaries from the Second World War (1937-1945)”, en *The Journal of Asian Studies*, Vol. 68, No. 1, (Feb., 2009), p. 192.

¹⁴⁸ Testimonio en Cook, *op.cit.*, p. 132.

¹⁴⁹ *Ibid.*

campos sangrientos era un indicativo de la violencia de la guerra que tanto se deseaba ocultar.

Todo texto publicado estaba sujeto a estrictos controles y vigilancia. Todas las editoriales debían enviar una lista de sus planes editoriales al Gabinete de la Junta de Información, el cual lo revisaba y eliminaba cualquier idea que no se considerara apropiada. El mismo gabinete les proporcionaba una lista de escritores “de tendencias de izquierda” cuyos escritos no podían ser publicados. El día seis de cada mes se organizaban reuniones entre las principales casas editoriales para discutir el tono en el que se promovería la guerra. Se les ordenaba que imprimieran ciertos slogans en sus portadas y se llamaba la atención a las publicaciones que se salían de los lineamientos, particularmente las revistas de corte liberal como *Chuo Koron* y *Kaizō*.¹⁵⁰

En general se puede hablar de varios niveles de censura: en el caso de los textos escritos, en primer lugar el propio autor trataba de mantenerse dentro de ciertos lineamientos, después la editorial o periódico omitían partes que consideraran riesgosas antes de que el escrito llegara a ojos de censores gubernamentales. Antes de ser vendidas a los lectores, las publicaciones eran revisadas por un censor oficial, pero incluso habiendo obtenido su visto bueno se podían topar con dificultades. Un caso notable fue cuando la revista *Chuo Koron* publicó la novela *Sasameyuki (Las hermanas Makioka)* de Tanizaki Jun'ichiro,¹⁵¹ que trataba la vida de la adinerada familia Makioka, en Osaka. Inicialmente fue aprobada por los censores oficiales, pero tras su publicación, la revista –que ya tenía un historial de ser problemática a los ojos del gobierno– fue increpada por el ejército:

¡¿Qué clase de libro es este?! Aquí estamos, en una lucha de vida o muerte, en la que cada soldado en el frente está luchando dura y amargamente, y sale esta historia sobre propuestas de matrimonio y negociaciones de bodas de las hijas del distrito comercial Senba de Osaka. Cuando nadie tiene ropa decente, ¿por qué

¹⁵⁰ Testimonio de Hatanaka Shigeo, editor de *Chuo Koron*, en Cook, *op. cit.*, pp.65-67

¹⁵¹ Tanizaki Jun'ichiro (1886-1965) fue uno de los más aclamados escritores japoneses del siglo XX. Sus obras tratan de temas como la sensualidad, la vida familiar y los vertiginosos cambios de la sociedad japonesa a partir de la occidentalización, marcando el contraste entre la tradición japonesa y la modernidad occidental.

hacer tanto escándalo sobre cuestiones sin importancia como arreglos matrimoniales? ¿Cómo se atreven a imprimir semejante frivolidad? Es totalmente individualista. ¡Y además, sólo trata de las vidas de las mujeres!¹⁵²

Al criticar la obra como “individualista” se la asociaba con uno de los aspectos más vilipendiados del “demonio angloamericano”, el individualismo que amenazaba a la espiritualidad colectiva “oriental”, lo que la volvía inaceptable. Este conflicto también evidenciaba las contradicciones y la falta de acuerdos en torno al contenido que era o no sujeto a la censura. Para los censores del rubro editorial, la novela de Tanizaki no presentaba ningún problema: no tenía contenido erótico ni una postura en contra de la guerra. Pero para la milicia, que consideraba indispensable que toda la población se enfocara en apoyar la guerra, una novela con un tema que no tuviera que ver con la lucha del Imperio contra sus enemigos era prácticamente ofensiva.

Probablemente el ejemplo más notorio de los niveles a los que llegaba la censura y la capacidad de este aparato para limitar el flujo de información que llegaba a la población, fue el total encubrimiento del incidente de la Masacre de Nanking, ocurrida entre diciembre de 1937 y enero de 1938.

En esas fechas, la ciudad de Nanking era la capital de la República de China y sede del poder de Chiang Kai-shek y el Kuomintang. El ejército japonés, queriendo poner fin a la guerra lo más pronto posible, comenzó a asediar la ciudad en el otoño de 1937. Desde el mes de septiembre se reportaban bombardeos sobre la ciudad, a veces apuntando deliberadamente a hospitales. Durante la noche del 12 de diciembre, tras cinco días de asedio continuo, la ciudad se rindió y Chiang Kai-shek huyó. En los días y semanas que siguieron, en la capital tendría lugar la Masacre de Nanking, que a la fecha se considera uno de los símbolos más importantes y violentos del imperialismo japonés durante la guerra.

El 14 de diciembre, tropas japonesas acorralaron a los soldados chinos lesionados en los hospitales y se prohibió que recibieran alimento o atención

¹⁵²Cook, *op. cit.*, p. 67.

médica hasta que fueron capturados.¹⁵³ Un telegrama del periódico *Asahi* fechado del 15 de diciembre ya contaba unos sesenta mil chinos muertos y capturados por el ejército japonés y un operativo a gran escala para “limpiar” la ciudad de rezagados enemigos. Para el 29, el periódico *Yomiuri* recibió un telegrama en el que se calculaban 84,000 “cadáveres enemigos abandonados.”¹⁵⁴ Durante casi dos meses, decenas de miles de soldados japoneses “frustrados, vengativos, hartos de la guerra” llevaron a cabo toda clase de crímenes contra soldados y civiles que habitaban en la ciudad.¹⁵⁵ Se realizaron ejecuciones masivas de prisioneros de guerra. Un oficial del ejército imperial hizo la siguiente declaración:

Los cautivos llegaban a entregarse en grandes cantidades, llegando a varios miles. Los hombres, furiosos, los masacraron uno tras otro, desafiando las órdenes de sus superiores.¹⁵⁶

La prerrogativa parecía ser “matarlos a todos, sin importar que fueran militares o no”.¹⁵⁷ Saquearon y quemaron casas y viviendas. Miles de mujeres fueron violadas y fotografiadas en posiciones humillantes. Con el pretexto de que los soldados chinos se disfrazaban de civiles, se asesinaron decenas de miles de no-combatientes. Las cifras exactas se desconocen y son causa de controversia hasta la actualidad, pero se calcula que entre 200,000 y 340,000 personas fueron asesinadas en el transcurso de seis semanas:¹⁵⁸ “El derramamiento de sangre debió terminar con la ocupación de Nanking, pero en realidad ocurrió lo contrario. Fue el inicio de la matanza”.¹⁵⁹ Y entre el centenar de corresponsales de noticias que estaban en la ciudad, ninguno reportó lo que presenciaron.

Los sucesos en Nanking no se dieron a conocer al público japonés pues claramente mostraban un ejército muy diferente al que se publicitaba en la propaganda: mientras el gobierno pregonaba el orgullo, heroísmo y honor de sus soldados, la ciudad china era victimizada con saña por una tropa cegada de odio y

¹⁵³ Chang, *op. cit.*, p. 123.

¹⁵⁴ Haruko Taya Cook, “The Many Lives of Living Soldiers”, en Mayo, *op. cit.*, pp. 156-157.

¹⁵⁵ Cook, H., “The Many Lives...” p. 160.

¹⁵⁶ *Ibid.*

¹⁵⁷ *Ibid.*

¹⁵⁸ Herbert P. Bix, “Remembering the Nanking Massacre”, en *The Asia Pacific Journal: Japan Focus.*, Vol. 1, No. 12 (Dic., 2003) [s.p.].

¹⁵⁹ Ah Long, *Nanjing*, citado en Thomber, *op. cit.*, p. 768.

sed de sangre. En la posguerra, un reportero del *Asahi* comentó que lamentaba no haber podido reportar las masacres a gran escala que presencié en Nanking. Aunque no especificó qué o quién le impidió realizar dicho reporte, se puede inferir que él mismo prefirió no escribirlo, sabiendo que no sería publicado y que intentar hacerlo podría haberle causado represalias.¹⁶⁰

Al evitar que se dieran a conocer los hechos de Nanking, se hace evidente que las autoridades tenían consciencia de que lo que había ocurrido era inaceptable. Sin embargo no hubo represalias de ningún tipo contra los soldados que desataron el terror en la ciudad. Aun si no hubiera una aprobación explícita por parte de los altos mandos militares, y es difícil determinar si la hubo, al ocultar lo ocurrido y no castigar a ninguno de los perpetradores, los condonaron de manera implícita. Ejecutar a prisioneros y civiles, robar, destruir y violar a la población que decían estar liberando era tácitamente aceptable bajo la excusa de que incluso esos crímenes, en tiempos de guerra, eran inevitables.

No es claro qué fue lo que provocó que se desatara tanta violencia sobre Nanking. La ciudad no era la primera víctima de la agresión de las tropas japonesas, pero las semanas continuas de excesos destacan por la crueldad y furia descontrolada contra la población. Aunque pudiera verse como una técnica para amedrentar al fugado Chiang Kai-shek y convencerlo de rendirse, no es posible pensar que alguien la pudiera considerar convincente. Nanking se había rendido, y a pesar de ello no se salvó del horror y la destrucción, sino que, por el contrario, se convirtió en el ejemplo de la barbarie que tendría lugar si China se rendía a Japón. Además, la milicia y el gobierno japonés insistían en la narrativa de que los chinos eran tratados con benevolencia por sus “libertadores” japoneses. El objetivo era convencer a los chinos de que sus condiciones de vida mejorarían si se aliaban con Japón para combatir a occidente y fortalecer la esfera de coprosperidad, por lo que una masacre como la de Nanking sólo podía verse como contraproducente.

¹⁶⁰ FeiFei Li, Robert Sabella y David Liu [eds.], *Nanking 1937: Memory and Healing.*, Nueva York, Routledge, 2002, [s.p.]

Sin importar cuál haya sido el detonante, el hecho es que el control de medios y la censura tenían un alcance tal que ninguna noticia de este hecho llegó a conocerse por el público en general hasta después de la guerra. En el siguiente capítulo se verá a un literato que intentó divulgar lo que había presenciado en Nanking y las consecuencias de ello.

La evidencia más clara del éxito de la propaganda y la efectividad de la censura es el hecho de que, entre la población general, existía un sentido de convicción absoluta en favor de la guerra. Esto se manifestaba en la entusiasta participación del pueblo en la distribución de propaganda, en la resignación y resistencia ante la escasez, y en las emotivas y fervientes despedidas de soldados en las estaciones de trenes al grito de “¡Banzai!”:

Cuando veo los desfiles de soldados y oficiales militares reclutados, siento que estos hombres japoneses ya se convirtieron en dioses. Es un momento glorioso, y ahora siento que estoy con ellos, sus cuerpos brillando, en sus movimientos a través de los campos de China.¹⁶¹

Los mensajes de la propaganda no siempre eran coherentes y ocultaban la verdad de la guerra a consciencia. Los propios trabajadores del medio resentían la falta de estructura y unidad entre las diferentes agencias. Aun así lograron el objetivo de unir a todos los japoneses en favor de la expansión del imperio, sin que se cuestionaran sus métodos o motivos. A pesar de que existieron grupos e individuos que se opusieron al régimen, pocos se atrevieron a vocalizar su descontento por temor a las represalias y no hubo un movimiento organizado que desafiara al discurso oficialista o señalara públicamente las mentiras que lo sostenían. A los ojos del gobierno y la población se había logrado que “cien millones de almas” se unieran en “un solo corazón”¹⁶², dispuestos a morir por alcanzar la misión patriótica que se habían auto-adjudicado por la modernidad, prosperidad y libertad de Asia.

¹⁶¹ Kanoko Okamoto en *The Shining Brigade's Magazine*, citado en Kushner, *op.cit.*, p. 71.

¹⁶² Aunque en 1941 la población japonesa ascendía solamente a 70 millones, se utilizaba el slogan *Ichoku isshin* (一億一心), para promover la unidad de todo el Japón bajo un mismo ideal.

Capítulo 3. Literatura y Control. La propaganda en Hino Ashihei y la censura a Ishikawa Tatsuzō

Habiendo analizado la propaganda y censura como instrumentos de manipulación de la opinión pública para beneficio de los intereses gubernamentales, ahora se expondrán ejemplos de su aplicación en la *Trilogía de los soldados* de Hino Ashihei y la novela *Soldados vivientes* de Ishikawa Tatsuzō.

A primera vista, estos dos autores tuvieron muchas cosas en común. Tenían casi la misma edad e ingresaron en la misma universidad, la cual abandonaron sin haber completado sus estudios. Ambos publicaron su primera obra importante a los 30 años y ambos fueron galardonados con el premio Akutagawa por dichas obras. Al llegar al campo de batalla, los dos escogieron retratar el día a día de los soldados en China en forma de crónica novelada y las dos obras fueron escritas y publicadas con meses de diferencia. Pero, como se verá en este capítulo, sus opiniones sobre la guerra y los soldados eran muy distintas, por lo que sus trabajos tuvieron divergencias tonales muy significativas. Como resultado, desarrollaron relaciones opuestas con el Estado y su maquinaria de control mediático.

En la primera parte de este capítulo se presentará una breve biografía de Hino Ashihei, seguida de una breve descripción de la trama y los temas de sus novelas de la *Trilogía de los soldados*. Posteriormente se describirá y examinará la forma en que dichas obras fueron utilizadas como estandartes propagandísticos del gobierno y la milicia.

La segunda parte tratará la vida de Ishikawa Tatsuzō, desde su juventud hasta la posguerra. Se expondrá igualmente el contenido temático y el tono de su novela *Soldados vivientes*. Finalmente se explicarán los motivos por los que la obra fue censurada y prohibida y de qué manera se ejecutó dicha censura.

3.1 Hino Ashihei, vocero del soldado raso en el frente

Tamai Katsunori –quien tomaría el pseudónimo Hino Ashihei en su obra literaria– nació en 1907 en la prefectura de Fukuoka, que se encuentra al norte de la isla de Kyushu, en el sur del archipiélago japonés. Su padre era el dirigente del Tamai-gumi, el gremio de obreros portuarios más importante del norte de Kyushu. Debido a ello, desarrolló desde una temprana edad una gran afinidad por las clases trabajadoras y sus causas, lo cual se vería reflejado en gran parte de su obra.

De acuerdo con Donald Keene, Hino mostró interés por la literatura desde su adolescencia.¹⁶³ A sus veinte años se fue a vivir a Tokio e ingresó al Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad de Waseda. Sin embargo, abandonó sus estudios a los dos años y volvió a Kyushu para enlistarse en el ejército. Tenía la esperanza de forjar una carrera militar, pero lo dieron de baja cuando fue descubierto leyendo las obras de Lenin,¹⁶⁴ lo cual truncó –temporalmente– su camino en las fuerzas armadas.

Salir del ejército le dio la oportunidad de retomar sus actividades literarias y desarrollar su interés por el arte. En este periodo fundó la Federación de Artistas Proletarios del Norte de Kyushu. Su interés principal fue involucrarse más en el creciente movimiento obrero, participando activamente en la lucha por los derechos del proletariado. Organizó un sindicato de obreros portuarios, con quienes ya tenía conexiones debido al trabajo de su padre. El sindicato se levantó en huelga en 1932. Al año siguiente algunos de los miembros, Hino incluido, viajaron a Shanghai a apoyar a sindicatos chinos que también estaban en huelga.

A pesar de sus vínculos con la clase obrera, nunca fue miembro formal del Partido Comunista de Japón. Apoyaba la causa de la lucha proletaria y la defensa de los derechos de los estratos sociales más bajos, pues siempre se identificó con

¹⁶³ Keene, “The Barren Years”, p. 75.

¹⁶⁴ Keene, quien hace un recuento de este incidente, no especifica cuál o cuáles fueron las obras que causaron la suspensión de Hino.

estos grupos. Sin embargo, aunque participaba en actos oficiales del Partido, rechazaba la carga ideológica del mismo y nunca se integró a sus filas.

A su regreso de Shanghai en 1933 fue arrestado como parte de las purgas a nivel nacional en contra del comunismo. En prisión fue forzado a realizar el *tenkō*¹⁶⁵ –conversión ideológica coaccionada por el gobierno– y debió jurar que renunciaría permanentemente a las ideologías del comunismo y de la izquierda y que se reintegraría a la comunidad nacional. Esta práctica fue muy común entre 1925 y 1945, muchos escritores comunistas como Hayashi Fusao (quien posteriormente se convirtió en impulsor del ultranacionalismo) y opositores del régimen fueron sometidos a ella.¹⁶⁶

Al salir de prisión continuó escribiendo. Entre 1934 y 1937 formó parte de una revista de poesía en Kokura, al norte de Kyushu. En 1937 escribió la obra *Fun'nyotan (Cuentos de orina y excremento)*.¹⁶⁷ En sus palabras, cuando se hizo la declaración de guerra, imaginó “dioses avanzando en los cielos del Este de Asia” y se sintió sobrecogido por la emoción.¹⁶⁸ “¿Acaso hubo alguien que no sollozara de emoción al escuchar el rescripto que anunciaba la declaración de guerra?”¹⁶⁹ manifestó, jactándose de la emotividad de su patriotismo. Poco después de publicar esta novela fue reclutado por el ejército y enviado a la bahía de Hangchow, en China, que recientemente había sido tomada por el Ejército Imperial.

Al año siguiente fue galardonado con el premio Akutagawa,¹⁷⁰ uno de los más prestigiosos en el rubro literario japonés, el cual le fue entregado

¹⁶⁵ El término significa literalmente ‘cambio de dirección’. Usualmente las conversiones tenían lugar bajo fuerte presión e incluso tortura, y era un requisito para que el preso fuera liberado.

¹⁶⁶ Entre los personajes sometidos a *tenkō* más notorios se encontraron Nabeyama Sadachika y Sano Manabu, líderes del movimiento comunista hasta sus conversiones en 1933. (Stephen S. Large, *Showa Japan: Political, economic and social history, 1926-1941.*, Nueva York, Routledge, 1998. 381 pp.)

¹⁶⁷ Publicado por la editorial Oyama Shoten

¹⁶⁸ Citado en Donald Keene, “Japanese Writers and the Greater East Asia War”., en *The Journal of Asian Studies*, Vol. 23, No. 2 (Feb., 1964), p. 212.

¹⁶⁹ *Ibid.*

¹⁷⁰ Posiblemente el premio literario más importante en Japón. Establecido en 1935 por Kikuchi Kan, editor de la revista *Bungeishunju*. Nombrado en memoria de Akutagawa Ryunosuke (1892-1927), padre de la novela corta japonesa y una de las figuras más importantes de la literatura japonesa contemporánea.

personalmente por Kobayashi Hideo,¹⁷¹ enviado como corresponsal de la revista *Bungeishunju* a China.¹⁷² Esto le otorgó a Hino un gran prestigio en el ejército, por lo que fue ascendido a la División de Inteligencia y Comunicación (*Gunhodo*).¹⁷³

En 1938 publicó *Mugi to Heitai* (*El trigo y los soldados*),¹⁷⁴ basada en su diario personal del 4 al 22 de mayo del mismo año. En ella documentó la lucha del ejército japonés por tomar la ciudad de Hsu-Chou, haciendo énfasis en el sufrimiento de los soldados, sus acciones heroicas y su camaradería. La obra tuvo un éxito rotundo, rápidamente vendiendo más de un millón de copias. En ella se incluían fotografías de los soldados “marchando, cargando pesados bultos, pero aún capaces de reír a pesar de sus fatigas”.¹⁷⁵ Incluso fue críticamente aclamada en el extranjero y se tradujo a más de veinte idiomas antes de que terminara la guerra, pues se elogiaba su sinceridad y la humanidad de los sentimientos que expresaba.¹⁷⁶

Un año más tarde, en 1939, publicó otras dos novelas con la misma temática: *Tsuchi to Heitai* (*El lodo y los soldados*) y *Hana to Heitai* (*Las flores y los soldados*), completando lo que se conoció como la *Heitai Sanbusaku* (*Trilogía de los soldados*). El éxito de estas obras lo convirtió en una celebridad, y su temática, en héroe nacional. Llegó a publicar en los dos periódicos más importantes de Japón, el *Asahi Shinbun* y el *Mainichi Shinbun*. En 1940 recibió el Premio Cultural *Asahi*¹⁷⁷, otorgado por el periódico del mismo nombre.

¹⁷¹ Ensayista que estableció la crítica literaria como género artístico independiente en Japón. Fue un vocal partidario de la guerra y fue muy reconocido por el ensayo 戦争について *Sensō ni tsuite, Sobre la guerra*.

¹⁷² Esta fue la primera y hasta la fecha única vez en que el premio ha sido entregado fuera de Japón.

¹⁷³ El segundo departamento del Estado Mayor del Ejército Imperial era el encargado de la inteligencia. Estaba dividido en la 5ta sección encargada de América y Europa, la 6ta sección encargada de Asia y una sección de Servicio Secreto sin número (Rottman, *op. cit.*, p. 56.)

¹⁷⁴ Publicado por la editorial Kaizousha.

¹⁷⁵ Kushner, *op. cit.*, p. 79.

¹⁷⁶ Stevenson, *op. cit.*, p. 5

¹⁷⁷ Premio establecido en 1929, otorgado por el *Asahi Shinbun* para “honrar a individuos y grupos que han realizado logros sobresalientes en la academia y las artes y han contribuido al desarrollo y progreso de la sociedad y cultura japonesa en general.”. URL: <http://www.asahi.com/shimbun/award/asahi/english.html>. Traducción propia.

Posteriormente fue enviado a Filipinas a reportar el triunfo del Ejército Imperial sobre los estadounidenses en Bataán.¹⁷⁸ A su regreso fue invitado a impartir conferencias ante grandes concurrencias. El reconocimiento de su obra hizo que se le considerara el vocero de los soldados en el frente de batalla.

Su situación cambió al término de la guerra. Después de la derrota ante los Aliados, la población japonesa apuntó a los escritores que habían promovido las acciones del ejército, señalándolos como responsables de la tragedia nacional. Hino recibió muchas acusaciones por sus escritos que “exacerbaban el nacionalismo y engañaban a la población”, como se lo describió en el ensayo de Odagiri Hideo “Sobre las responsabilidades de guerra de los escritores”, que acusaban a estos autores de “venderse” y traicionar a la literatura japonesa como arte.¹⁷⁹ El periódico oficial del Partido Comunista¹⁸⁰ *Akahata* (lit. “bandera roja”) lo nombró “criminal de guerra cultural”.

A pesar de esto, en 1945 publicó el ensayo *Kanashiki Heitai* (*Los soldados tristes*). En él retrataba la tristeza de los soldados que abandonaron sus pueblos entre vítores y que al volver derrotados fueron repudiados y olvidados. En el texto expresaba: “La fe de mi corazón en la grandeza del soldado japonés no ha cambiado”¹⁸¹ lo que señalaba que aún mantenía su convicción sobre la pureza de las intenciones de los soldados y el ejército. En 1948 fue censurado por la ocupación norteamericana¹⁸² por haber “apoyado el militarismo y cooperado con

¹⁷⁸ Península de la isla Luzón de las Filipinas. En 1942 tuvo lugar ahí la llamada “Marcha de la Muerte de Bataán) en la que el ejército japonés capturó alrededor de 76,000 prisioneros de guerra estadounidenses y filipinos y los forzó a una larga marcha forzada de más de 100 km hasta llegar a un campo de prisioneros.

¹⁷⁹ Este ensayo fue uno de los más representativos de las discusiones sobre la responsabilidad de la guerra. En él Odagiri reniega de los mensajes del primer ministro Higashikuni que alentaban a una culpa y arrepentimiento colectivos y señala que la responsabilidad debe recaer con más peso sobre aquellos que degradaron la literatura japonesa y manipularon a la juventud con sus obras para que se entregaran a la guerra.

¹⁸⁰ El Partido Comunista Japonés fue legalizado por primera vez hasta que concluyó la guerra y fue capaz de participar en las elecciones generales de 1946.

¹⁸¹ Ashihei Hino, *Kanashiki Heitai*, citado en Stevenson, *op. cit.*, p. 7

¹⁸² Durante los primeros años de posguerra, las fuerzas aliadas de ocupación mantuvieron un estricto control sobre las publicaciones y medios de comunicación. Cualquier obra que exaltara el nacionalismo o militarismo era prohibida. Asimismo, se censuraba cualquier reporte de crímenes cometidos por el ejército norteamericano y cualquier crítica a Estados Unidos y a los otros aliados, así como “todos los informes y las

su propagación”.¹⁸³ Esta designación estuvo relacionada principalmente con los trabajos que produjo cuando fue corresponsal en Bataán, que relataban las batallas de los soldados contra el ejército estadounidense. Dos años después, el 13 de octubre de 1950, dejó de ser censurado por la ocupación, junto con otros 10,089 japoneses, bajo alegaciones de que habían sido purgados por error. Aunque fue objeto de críticas y desprecio, nunca se retractó de lo que había escrito e insistió en que los objetivos del Ejército Imperial en Asia siempre habían sido altruistas y puros, nunca guiados por ambición o violencia sino por auténticos sentimientos de amor por los pueblos que liberaban y devoción hacia la idea de establecer un nuevo orden.¹⁸⁴

Sus obras de la posguerra reflexionaban sobre las críticas que había recibido y su presunto papel en promover la guerra. En un ensayo que escribió durante sus años de censura, titulado *Tsuihōsha* (El purgado), que transcurría en la posguerra, un ex-soldado comentaba sobre su rencor hacia Hino: “Leíamos sus libros y creyendo que ganaríamos, fuimos al frente y peleamos con todas nuestras fuerzas. Y así es como termina. Hubiera sido estupendo que él mismo se rebanara el estómago”.¹⁸⁵ Su última obra *Kakumei Zengo* (Antes y después de la Revolución) es un relato autobiográfico sobre sus experiencias al fin de la guerra. El protagonista es criticado por exagerar el heroísmo de los soldados y enriquecerse a partir de las penurias que estos sufrían en el campo de batalla, lo cual era una clara referencia a la *Trilogía de los soldados* y el prestigio y riqueza que había obtenido por ella. Esta novela se publicó en enero de 1960 pocos días antes de que Hino se suicidara.¹⁸⁶

estadísticas contrarias a los objetivos de la Ocupación” Takemae, E. *The Allied Occupation of Japan*, Nueva York: Continuum, 2002. P. 67.

¹⁸³ Stevenson, *op. cit.*, p. 7.

¹⁸⁴ Keene,, “The Barren Years” [...] p. 80.

¹⁸⁵ Ashihei Hino, *Tsuihosha*, citado en Stevenson, *op. cit.*, p. 9.

¹⁸⁶ Keene considera que la obra carece de valor literario, pero que para Hino fue “la obra de su vida; y su autorretrato como un hombre íntegro que ha sufrido por mucho tiempo, mas es indudablemente patriótico y directo” (“The Barren Years”, p. 81)

3.1.1 La trilogía de los soldados

Se conoce como *Trilogía de los soldados* (兵隊三部作 *Heitai Sanbusaku*) al conjunto formado por las obras *El trigo y los soldados* (麦と兵隊 *Mugi to Heitai*), *El lodo y los soldados* (土と兵隊 *Tsuchi to Heitai*) y *Las flores y los soldados* (花と兵隊 *Hana to Heitai*) que fueron escritas por Hino entre 1938 y 1939 y que recontaban diferentes episodios de la guerra en China desde el punto de vista de los soldados rasos. Las novelas estaban narradas en primera persona y, como se verá más adelante, se presentaban como crónicas fidedignas de la vida de los soldados en el campo de batalla. Para este trabajo se empleó la traducción al inglés realizada por la baronesa Ishimoto Shidzué en 1939 que contiene el texto completo de *El lodo y los soldados* y un fragmento de *El trigo y los soldados*.¹⁸⁷

La primera y más exitosa de las tres, *El trigo y los soldados* contaba el ataque del ejército japonés sobre la ciudad de Hsu-chou.¹⁸⁸ Aunque fue la primera en publicarse, cronológicamente los hechos relatados en ella ocurrieron después de los que aparecían en las otras dos novelas. El fragmento que se revisará en este trabajo trata específicamente sobre el asedio que los soldados japoneses sufrieron a mano de los chinos que se habían fortificado dentro de la ciudad.

La segunda obra, *El lodo y los soldados* es una narración en forma de cartas enviadas por el narrador –que se presentaba como el autor mismo– a su hermano.¹⁸⁹ En ellas contaba su viaje en barco desde Japón hasta la bahía de Hangchow, el desembarco y las marchas de los soldados a través de la jungla y

¹⁸⁷ Aunque inicialmente las novelas de la *Trilogía* tuvieron muy buena recepción dentro y fuera de Japón, conforme se prolongó la guerra y especialmente desde la posguerra, pasaron a ser consideradas propaganda imperialista, por lo que no hay traducciones más recientes. Las ediciones actuales que pude encontrar utilizan la misma traducción de Ishimoto. Existe una traducción de 1941 realizada por Lewis Bush que incluía las tres novelas y una cuarta *Umi to heitai* que no se considera parte de la Trilogía como tal, pero no se ha reeditado desde entonces.

¹⁸⁸ Actualmente se romaniza como Suzhou.

¹⁸⁹ Aunque desde la posguerra estas obras se tratan como novelas, más adelante se verá que la intención del autor es presentarlas como un reporte realista, por lo cual se puede suponer que el personaje protagonista o narrador debía ser el propio Hino.

hasta la ciudad de Kiashan,¹⁹⁰ lo que la convierte en la primera de acuerdo al orden cronológico de los sucesos. Describía las dificultades que los soldados enfrentaban en el día a día, y las muchas batallas contra el ejército chino en las que luchaban.

La tercera obra *Las flores y los soldados*, era una continuación de la anterior en la que las tropas del narrador llegaban a la ciudad de Hangzhou que ya había sido tomada. A diferencia de las dos anteriores, esta no se enfocaba en las batallas sino en la convivencia entre los soldados japoneses y los civiles chinos que habitaban la ciudad. El personaje de Hino incluso entabla una relación romántica con una mujer china, pero no duda en abandonarla cuando la tropa es convocada al combate, pues le da prioridad a su deber. La trama llama la atención por ser similar a la de la película *China Night* que se mencionó en el capítulo dos, aunque no hay indicaciones de que una fuera adaptada de la otra, lo que sugiere que este era un tema popular en el entretenimiento de la época.

El escenario de *Las flores* le permitió a Hino “como propagandista, mostrar escenas de chinos agradecidos y alegres y tropas japonesas amables y paternales”¹⁹¹ lo cual era una representación del discurso oficialista en torno a la supuesta misión de salvación de Japón en China.¹⁹²

Es importante tomar en cuenta que estas tres novelas están escritas en primera persona porque Hino se inserta a sí mismo en el personaje del narrador. Es decir, las novelas pretenden ser un recuento de las vivencias reales del autor. Este narrador-autor es realmente el único personaje que sobresale del resto de la tropa como individuo, pues los otros nunca reciben nombres o características distintivas, sino que todos poseen los mismos valores, deseos y miedos.

¹⁹⁰ No he podido encontrar referencias sobre la ubicación de esta ciudad, pues no aparece en los mapas actuales ni en los listados de ciudades chinas de la época, por lo que es probable que no se tratara de una ciudad principal.

¹⁹¹ Rosenfeld, *op. cit.*, p. 32.

¹⁹² Esta tercera novela no fue traducida en la edición de la baronesa Ishimoto por lo que su contenido no se tratará en este trabajo.

Antes de estudiar las circunstancias históricas de las novelas, es pertinente hacer un breve análisis sobre el título de la segunda novela, que es la que fue traducida en su totalidad por Ishimoto.¹⁹³ En dicha traducción, el título *Tsuchi to Heitai* pasó al inglés como “Earth and Soldiers”¹⁹⁴, en español “La tierra y los soldados”. Posteriormente, en 1941 fue traducida (junto con las otras dos novelas de la trilogía), por Lewis Bush en Londres, bajo el título de “Mud and Soldiers” o “El lodo y los soldados”.

Aunque he utilizado la edición de Ishimoto para este trabajo, el título de Bush me parece más acertado, pues el contenido de la novela indicaría que la intención del autor no era enfatizar la tierra, sino específicamente el lodo. Esto se infiere cuando el autor utiliza el lodo como representación de las dificultades que los soldados enfrentaban. Desde el primer desembarco de la tropa en Hangchow, el narrador señalaba cómo el lodo se les pegaba a las botas “como breña” robándoles energía con cada paso.¹⁹⁵ Durante las marchas, los soldados resbalaban o quedaban atascados constantemente, por lo que el autor señalaba al lodo como “uno de los grandes aliados de China”.¹⁹⁶

Sin embargo, el lodo también cumplía una función secundaria como recurso metafórico para mostrar a los soldados de forma más humana e imperfecta que representaba lo heroico de la lucha. Cuando los soldados se miraban entre ellos y encontraban otros rostros cubiertos de lodo, sucios, con los ojos enrojecidos, podían apreciar la fortuna de estar vivos y les proporcionaba “seguridad y bienestar.” El lodo los unía como soldados, los convertía en camaradas que

¹⁹³ He encontrado referencias de una Ishimoto Shidzué (1897-2001), esposa del Barón Ishimoto Keikichi, quien fue reconocida por su labor en promover el control natal entre las mujeres japonesas. Fue arrestada en 1937 por oponerse a la política militar de promover que las mujeres tuvieran tantos hijos como fuera posible. Entre 1946 y 1974 sirvió en la dieta japonesa. Tras su segundo matrimonio se cambió el nombre a Katou Shidzué. Aunque las fechas concordarían con la traductora de la obra de Hino, y sus relaciones con intelectuales estadounidenses explicarían la intención de hacer la traducción al inglés, no he encontrado evidencias sólidas de que se trate de la misma persona.

¹⁹⁴ A pesar de que la traducción de Ishimoto consiste de la versión completa de *Tsuchi to Heitai* y un fragmento de *Mugi to Heitai*, el libro se titula *Wheat and Soldiers*, posiblemente para aludir a la popularidad del primer libro de la trilogía.

¹⁹⁵ Ashihei Hino, *Wheat and Soldiers*, Trad. Baronesa Shidzué Ishimoto, Nueva York, Farrar & Rinehart Inc., 1939, p. 46.

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 76.

compartían las mismas vivencias y habían sobrevivido a las mismas batallas. Eventualmente el lodo era tanto un enemigo como era también una medalla de honor, como lo demuestra el siguiente pasaje, en el que, después de su primer día de batalla, los soldados observaban a otros regimientos desembarcando en la bahía:

Fue ahí que experimentamos nuestro primer arrebató de orgullo como veteranos. En contraste con las tropas que encontráramos, con sus uniformes frescos y limpios, parecíamos un desfile de ratas de alcantarilla. A pesar de ello, de repente nos sentimos orgullosos de nuestras ropas sucias y manchadas. Estos hombres aún no habían experimentado una batalla, pero nosotros sí [...] El orgullo hizo que comenzáramos a olvidar los peligros e incomodidades que habíamos sufrido en la batalla de ayer.¹⁹⁷

La novela incluso finalizaba con una referencia a los “camino s lodoso s interminables y terribles batallas” que les esperaban en el futuro. El lodo acompañó a Hino y su tropa desde el desembarco en Hangchow,¹⁹⁸ durante la tortuosa marcha hasta Kiashan, y los seguiría en sus batallas futuras. Y cuando los soldados se veían a sí mismos cubiertos de suciedad, sabrían que seguían con vida y les daría motivos para regocijarse a pesar de todas las penas que sufrieran. Este énfasis en el lodo, sus múltiples facetas, la forma en que los soldados se relacionan con él y en qué maneras influencia su lucha hace que la traducción de Lewis parezca más acorde a las intenciones del autor.

3.1.2 *La trilogía como propaganda*

Una de las claves del éxito de la obra de Hino fue el apoyo que obtuvo de Mabuchi Itsuo, quien llegó a servir como comandante del cuerpo de inteligencia en Shanghai y China central entre 1937 y 1940. Este personaje estuvo involucrado en promover las carreras de muchos de los grandes escritores de guerra. Su destreza

¹⁹⁷“Here, we experienced our first thrill as veterans. In contrast to the troops we met, with their fresh, clean uniforms, we looked like a parade of sewer rats. Yet we were suddenly proud of our stained and dirty clothes. We had been through battle. These men had not. In our pride, we already began to forget the discomforts and dangers we had undergone in yesterday’s battle.” Hino, *Op. cit.*, pp. 71-72. Traducción propia.

¹⁹⁸ Actualmente se romaniza como Hanzhou.

le permitió lograr sin dificultades el objetivo primordial de la propaganda: unificar los dos frentes de lucha –el militar y el civil- a pesar de no estar directamente a cargo de ninguna organización de propaganda.

Mabuchi estuvo presente en la ceremonia que se organizó en honor de Hino cuando recibió su premio Akutagawa. Cuando *El trigo y los soldados* fue publicado, Mabuchi vio el gran potencial propagandístico de la obra, e influyó en la transferencia de Hino a la división de inteligencia.

El apoyo de Mabuchi y del ejército fueron esenciales en el proceso de convertir a Hino Ashihei en el “vocero oficial” de los soldados en el frente, pues le conferían a la obra una presunción de verosimilitud. Aunque actualmente se considera una novela, en su momento se distribuía como una crónica fidedigna de los hechos que relataba. La primera edición incluía un prefacio en el que Hino declaraba que “esto no es más que una copia en limpio del diario que llevaba en medio del océano, de camino al frente. Desde el inicio no era una novela.”¹⁹⁹ Los propios altos mandos del ejército la alabaron como una rendición sincera de la vida en el frente, fiel a la auténtica experiencia de la guerra que difería de aquellas presentadas por otros escritores que sólo estaban en el frente unos pocos meses antes de volver a sus hogares.

Otras estrategias que incrementaban la supuesta veracidad de la obra fue incluir en la primera edición muestras de caricaturas que el autor distribuía entre los locales y reproducciones de banderines chinos, lo cual le daba la impresión de inmediatez.²⁰⁰ De este modo se logró que la novela tuviera un velo de verdad y honestidad, es decir, que se presentara como un recuento realista y objetivo de las vivencias en el campo de batalla.

A diferencia de otros autores que trataban el tema de la guerra, particularmente los que conformaban el *Pen Butai* comisionados por la armada, Hino era y se presentaba a sí mismo como un soldado, lo cual le otorgaba mayor

¹⁹⁹ Citado en Jonathan E. Abel, “Canon and Censor. How war wounds bodies of writing”, en *Comparative Literature Studies*, Vol. 42, No. 1 (2005) p. 89.

²⁰⁰ Kushner, *op. cit.*, p. 79.

autoridad al tratar del tema. Tenía el prestigio de haber pasado más tiempo en el campo, no como los escritores oficiales que apenas visitaban los campamentos por unas cuantas semanas o meses antes de volver a escribir en la comodidad de sus hogares. Esta identidad de *heitai* era de hecho otra táctica para que la obra se percibiera como una crónica fiel de los hechos, no como obra de ficción. En realidad, cuando escribió la trilogía, Hino ya no formaba parte de la tropa regular, pues como se mencionó anteriormente, en cuanto recibió el premio Akutagawa fue ascendido al departamento de inteligencia. Sin embargo, en las novelas se presenta a sí mismo como un *heitai*, igual a todos sus compañeros. Incluso cronológicamente, las obras están pensadas para que el autor pueda mostrarse como tal. Tanto *El lodo y los soldados* como *Las flores y los soldados* fueron escritas después del éxito de *Trigo*, sin embargo, los hechos en ambas la preceden, pues corresponden a la época en la que el autor aún era un soldado raso. David Rosenfeld teoriza que esto fue completamente deliberado, pues aunque Hino produjo muchos otros trabajos durante su tiempo en China, fueron estas tres obras las que se promovieron como la *Trilogía de los soldados* y las que realmente resonaron con la población.²⁰¹

También los medios la promovían como un ejemplo de realismo y sinceridad. El propio éxito de la novela se convirtió en motivo de la publicidad, con anuncios proclamando que la demanda era altísima y que la novela se vendía a velocidades extraordinarias. “Esto es impresionante, un hecho aparentemente imposible- ¡¡Reimpresión sobre reimpresión!! No importa cuántas reimpresiones, las librerías de todo el país nos dicen que se les han agotado- Aunque no lo crea, esto continúa desde hace dos meses!”.²⁰² Además, el periódico *Asahi* y otros medios de comunicación dieron amplia promoción a la obra, con anuncios del tamaño de una página entera.²⁰³ Kobayashi Hideo, quien se hizo buen amigo de Hino durante su tiempo en China y adquirió gran respeto por él como “soldado”, le

²⁰¹David M. Rosenfeld, *Unhappy Soldier: Hino Ashihei and Japanese World War II*, Lanham, Md., Lexington Books, 2002. p. 29.

²⁰²*Asahi Shinbun*, Noviembre 22 de 1938, citado en Stevenson, *op. cit.*, p. 5.

²⁰³Stevenson, *op. cit.*, p. 1.

adjudicó a la obra “un espíritu tradicional que nosotros los japoneses reconocemos en carne propia”²⁰⁴

El éxito de la novela provocó lo que se llamó el “boom de los soldados” (*heitai buumu*). Diferentes medios capitalizaron con la fórmula “y los soldados” en campañas publicitarias para productos como *Kanzume to Heitai* (Productos enlatados y los soldados), canciones militares e incluso otras formas de entretenimiento como la tira cómica *Fukuchan to Heitai* (Fuku y los Soldados), y los libros *Uma to Heitai* (Los caballos y los soldados) de Godo Soshiro y *Kagaku to Heitai* (La ciencia y los soldados) de Shoji Takeo.

Aunado a esta presunción de verosimilitud, las estrategias narrativas que están presentes en la obra fueron exitosas en obtener las reacciones emocionales que el autor buscaba. El enfoque en el soldado raso era claramente una manifestación de la cercanía de Hino con las clases proletarias, con las cuales se identificaba, pero también fue importante en ayudar a que la obra fuera tan bien recibida. Al concentrar su atención en el colectivo del soldado común, creaba un paralelismo con el colectivo de la población japonesa. El lector no sólo se identificaba con los personajes al relacionarlos con sus propios seres queridos, sino que podía proyectarse a sí mismo en esos soldados, y los valores que Hino les adjudicaba –devoción, honradez, persistencia, camaradería- se convertían en virtudes de todos los japoneses. A eso se le suma la pasión que Hino expresaba por sus camaradas y los sacrificios que padecían por la nación.

El discurso propagandístico oficial dictaba que los soldados eran los encargados de llevar a cabo la honorable misión de liberar a los pueblos oprimidos de Asia y construir el Nuevo Orden, por lo que se ponía un notable foco en los valores de estos individuos, sus virtudes y sacrificios. En los medios jamás se mostraban las brutalidades efectuadas por los soldados en territorio enemigo, por lo que se percibían las victorias como productos de “duro esfuerzo, servicio leal y

²⁰⁴Zeljko Cipris, “Responsibility of Intellectuals: Kobayashi Hideo on Japan at War”, *The Asia Pacific Journal: Japan Focus*, Vol. 3, No. 11 (Nov. 2005) [s.p.]

devoción obstinada hacia la causa nacional.”²⁰⁵ Tanto a la población civil como a los soldados en el frente se les prometía una imagen romantizada de la lucha, en la que el soldado se convertía en un héroe que representaba al *tennō* y a todo Japón.

A cambio de sus sacrificios, los soldados recibían honor para su familia y gratitud de parte de la población civil. Los heridos de guerra, al ser repatriados, eran recibidos por multitudes solemnes que se inclinaban ante ellos en agradecimiento por sus servicios. Los familiares de los soldados muertos en combate recibían apoyo y beneficios por parte del gobierno, tanto que “sus familias casi se sentían agradecidos con sus hijos por haber muerto.”²⁰⁶ Y conforme la guerra se alargaba, el número de familias que llegaron a perder uno de sus miembros en el campo de batalla aumentaba, por lo que los mensajes oficiales que vanagloriaban a estos “héroes” nacionales servían como consuelo. Fue como parte de este ánimo popular que una obra como la de Hino Ashihei, que reproducía muchas de las temáticas de la propaganda oficial pudo proliferar y llegar al corazón del público, convirtiéndose en una herramienta propagandística más.

Los propios creadores de la propaganda señalaban que, más que el contenido de los mensajes, era la pasión de quien los transmitía lo que debía “conmover a la nación”,²⁰⁷ y la *Trilogía de los soldados* cumplía ese requisito a cabalidad. Al presentar su trabajo como un retrato supuestamente verdadero de los hechos en el frente y reproducir los discursos oficiales casi al pie de la letra, Hino logró que la *Trilogía* se convirtiera en la referencia preferida del público, lo cual a su vez facilitó que el ejército la utilizara como propaganda.

²⁰⁵ Cook, H. y T. Cook., *op. cit.*, p. 26.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. 4.

²⁰⁷ Kushner, *op.cit.*, p. 40.

3.2 Ishikawa Tatsuzo: Perturbador de la Paz

Ishikawa Tatsuzo nació en la ciudad de Yokote, prefectura de Akita, al norte de Japón en 1905. Su padre daba clases de inglés a nivel secundaria y fue transferido en varias ocasiones, por lo que la familia se mudaba constantemente. Su madre falleció en 1914 y su familia pasó largos periodos de inestabilidad financiera.²⁰⁸

En 1927 ingresó al Departamento de Literatura de la Universidad de Waseda. Sin embargo, apenas un año después abandonó la universidad y comenzó a publicar artículos de opinión y crítica.

Unos años después, en 1930, viajó a Brasil, donde pasó algunos meses trabajando en una granja como supervisor de otros migrantes.²⁰⁹ A su regreso a Japón, en 1935, publicó la novela *Sōbō*²¹⁰ basada en sus experiencias en Brasil. Esta obra lo hizo acreedor del premio Akutagawa, recién creado ese mismo año por Kikuchi Kan de la revista *Bungeishunju*.

En 1937 fue enviado a China como corresponsal para la revista *Chuo Koron*²¹¹ con la misión de escribir una novela sobre lo que ocurría en el frente. Donald Keene especula que el propio Ishikawa se sentía interesado en “ver la guerra con sus propios ojos”, tras recibir cartas de un viejo amigo suyo que luchaba en las fuerzas armadas.²¹²

Llegó a Nanking el 8 de enero de 1938, a pocas semanas de que la ciudad cayera ante las tropas japonesas. Observó directamente el desastre al que estaba reducida la ciudad después de semanas de agresiones y documentó los crímenes

²⁰⁸ Cook, H., “The Many Lives ...”, p. 149.

²⁰⁹ A finales del siglo XIX, Japón atravesaba una crisis de exceso de población, por lo que se firmó un acuerdo con el gobierno de Brasil para facilitar la inmigración de japoneses a ese país, los cuales trabajarían en los cultivos de café que necesitaban más mano de obra.

²¹⁰ Publicado por la editorial *Kaizousha*. Haruko T. Cook traduce el título como “The Common People” o “La gente común”.

²¹¹ Revista literaria fundada en 1889 y que continúa publicándose en la actualidad. Se dice que ha tenido gran influencia en muchos intelectuales japoneses.

²¹² Keene, “The Barren Years”, p. 71.

de guerra cometidos por el ejército japonés, las brutalidades, violaciones y masacres contra los civiles chinos. Fue testigo de la realidad que se estaba desarrollando en el frente y cuán diferente era de las promesas de los discursos oficiales –a las que hizo referencia en su proceso judicial meses después–. Al volver a Japón escribió la novela *Soldados Vivientes* (生きている兵隊 *Ikiteiru Heitai*) en la que retrataba lo que había presenciado en Nanking.

Sin embargo, en la obra no se describe específicamente lo ocurrido en Nanking. Posiblemente el autor estaba consciente de que una novela así –que retrataba las acciones militares japonesas en China como brutales e inhumanas– no saldría intacta de las manos de la censura. El que la historia narre únicamente los hechos previos y posteriores a la toma de Nanking podría tratarse de un intento deliberado de hacer la obra menos problemática, omitiendo mencionar directamente los dos meses de violencia y masacre que tuvieron lugar en la capital. En la publicación original se puede percibir la intención de tener un fundamento de defensa al declarar en el prefacio que “[el] manuscrito no es un registro fiel de las realidades de la guerra, sino un intento del autor de crear un trabajo original libre”.²¹³

Los editores de *Chuo Koron* sabían el riesgo que corrían al publicar la obra. El editor en jefe Amemiya Yozo declaró que al leer el manuscrito pensó que “o sería aplastado o se convertiría en un gran éxito”²¹⁴, mientras que el editor Hatanaka Shigeo comentó que se atrevieron a tomar ese riesgo por resentimiento hacia “esas personas arrogantes que estaban llevando a cabo la guerra y nuestro desagrado con una guerra irracional”.²¹⁵ Por esto intentaron eliminar la mayor parte del contenido problemático, dejando la evidencia de los segmentos censurados, que, como se vio en el capítulo anterior, era un método de comunicación implícita con el público lector. Una vez completado este proceso la cuarta parte de la novela había sido omitida. Se quitaron todas las palabras que indicaran deseo sexual por parte de los soldados. Las menciones de asesinato a

²¹³ Este prefacio se conserva como nota final en la traducción de Cipris.

²¹⁴ Cook, *Japan at War...* p. 154

²¹⁵ *Ibid.*

mujeres o prisioneros, los saqueos y quema de casas de civiles fueron removidas. Los últimos dos capítulos de la obra se eliminaron en su totalidad, posiblemente porque mostraban un incidente de agresión de un soldado japonés a una mujer civil japonesa, lo cual podía dar la impresión de que el salvajismo de las tropas era tal que ni los nacionales del país por el que luchaban estaban a salvo.²¹⁶

Sin embargo, eso no fue suficiente y el 17 de febrero de 1938, día en que la revista iba a ser publicada, el ejército prohibió su venta y distribución. Como en otros casos similares, los editores del *Chuo Koron* tuvieron que manualmente arrancar las más de 100 páginas que contenían el texto de *Soldados vivientes* de cada ejemplar de la revista. El manuscrito original fue confiscado y se cree que pudo haber sido quemado.²¹⁷

Ishikawa junto con el editor en jefe Amemiya y el jefe de departamento Makino Takeo fueron arrestados por violaciones al artículo 23 de la Ley de Periódicos.²¹⁸ En el juicio, contradiciendo lo que había expresado en el prefacio, declaró que había intentado dañar la imagen de los soldados y mostrarle a la gente la realidad de la guerra pues consideraba que sería más fácil que tuvieran confianza en el ejército si conocían la verdadera situación en el frente y comprendían que las tropas estaban compuestas de humanos con vicios y virtudes y no de los seres perfectos que la propaganda prometía:

El pueblo ve a los soldados en el frente como dioses. Creen que el paraíso se construirá inmediatamente en el suelo ocupado por nuestras fuerzas. Piensan que las masas chinas están cooperando en esto. [...] Creí que hacer que el pueblo conociera la verdad de la guerra era esencial para que reconocieran la emergencia y adoptaran una actitud de determinación ante la situación.²¹⁹

En este comentario, Ishikawa parece creer que en lugar de ofrecer al público historias idealizadas de la guerra, era preferible que tuvieran una perspectiva realista de la situación en el frente de batalla, pues esto les permitiría comprender

²¹⁶ *Ibid.*, p. 162.

²¹⁷ La publicación del texto en la posguerra se hizo con las anotaciones originales que Ishikawa conservaba en su cuaderno.

²¹⁸ También llamada Ley de Prensa, dictaminada en 1909 para censurar publicaciones socialistas y anarquistas. Cipris, Z. "Introduction" en Ishikawa, *Soldiers Alive*, 2003, p. 38.

²¹⁹ Citado en Cook, H., "The Many Lives..." p. 159.

mejor la importancia de la lucha y podrían actuar de manera más acorde a la emergencia de las circunstancias. Las autoridades no debieron estar de acuerdo con este punto de vista, pues lo determinaron culpable del cargo de “disturbios a la paz y el orden al describir masacres de no-combatientes a manos de soldados del Ejército Imperial, instancias de saqueo y condiciones de disciplina militar laxas”.²²⁰ Fue sentenciado a tres o cuatro meses en prisión y tres años más bajo libertad condicional.²²¹

Sin embargo, no llegó a cumplir la condena que se le había impuesto. Pocos días después de la sentencia, fue enviado nuevamente como corresponsal de *Chuo Koron* a China. Las autoridades determinaron que si un escritor de ideas independientes como Ishikawa realizaba obras en pro de la guerra, tendría mayor impacto en la población.²²² Estuvo en China entre septiembre y noviembre de 1938, tras lo cual escribió *Bukan Sakusen* (La campaña de Wuhan), que se publicó en enero de 1939. En este recuento no aparece ninguna mención de los crímenes de guerra y las personalidades individuales de los soldados son reemplazadas por narraciones generales del colectivo, lo cual lo hace más similar a la trilogía de Hino. De acuerdo con Cipris, esta obra se asemeja más a un reporte de prensa o a una bitácora que a una novela.²²³ El texto distorsionaba la situación en las ciudades chinas ocupadas y mostraba al ejército bajo una luz más positiva, aunque vestigios de su oposición se hacen evidentes al no utilizar términos comunes de la narrativa propagandística ultranacionalista como “guerra santa” o “nación imperial”.²²⁴

Mientras duró la guerra, gran parte de la producción literaria de Ishikawa siguió el mismo curso. Ishikawa también produjo otros textos de ficción, aunque siguió expresando opiniones problemáticas como que “el espíritu de lucha japonés no podía elevarse a su máxima capacidad debido a que la gente no era libre de

²²⁰ Cipris, “Introduction” en Tatsuzo Ishikawa., *Soldiers Alive.*, p. 39.

²²¹ Tres según Keene, cuatro según Cipris.

²²² Cipris no especifica si fue una autoridad militar, judicial o policiaca la que determinó que era viable darle a Ishikawa una segunda oportunidad.

²²³ Cipris, “Introduction”, p. 40.

²²⁴ Cook, H., “The Many Lives...” p. 163.

expresar sus pensamientos”.²²⁵ Esto le provocó más roces con la autoridad, llevando a que algunos de sus trabajos fueran suprimidos, pero siempre contó con el apoyo de patrocinadores, lo que le permitió seguir publicando mientras duró la guerra.

La obra de Ishikawa, temáticamente tiene más en común con la literatura de posguerra que representaba cómo la guerra por sí sola cambiaba a los individuos. En este sentido es similar a obras como *El prisionero* (1948) y *Fuego en la llanura* (1951) de Ooka Shohei, recuentos autobiográficos en los que el autor relataba sus experiencias en el frente. En ambas se hacía una reflexión sobre la guerra como acto colectivo, en el que la conducta de cada individuo dependía del grupo, pues el individuo por sí mismo no sentía deseos de matar al enemigo. Los ejércitos eran una fuerza colectiva y de la misma manera veían al enemigo como colectividad, pero cuando veía al “otro” como individuo y como reflejo de sí mismo, el soldado se replanteaba la situación de la guerra y podía desarrollar sentimientos conflictivos sobre la misión que estaba llevando a cabo.²²⁶

Terminada la guerra, *Soldados Vivientes* fue revisada y aprobada para su publicación por los censores del Comando Supremo de las Fuerzas Aliadas (SCAP) y fue publicada por la editorial Kawade Shobo Shinsha a finales de 1945. El libro se agotó en dos meses, obteniendo éxito como una representación de la guerra que no estaba romantizada ni embellecida. En 1948, Ishikawa fue investigado por el mismo SCAP como potencial criminal de guerra, pero logró apelar y evitar ser censurado.

Ishikawa permaneció activo en el ámbito literario y de las artes por el resto de su vida. En 1969 recibió el Premio Kikuchi Kan²²⁷ por sus contribuciones a la literatura japonesa. Entre 1975 y 1977 fue presidente de la Nihon Pen Club.²²⁸

²²⁵ *Ibid.*

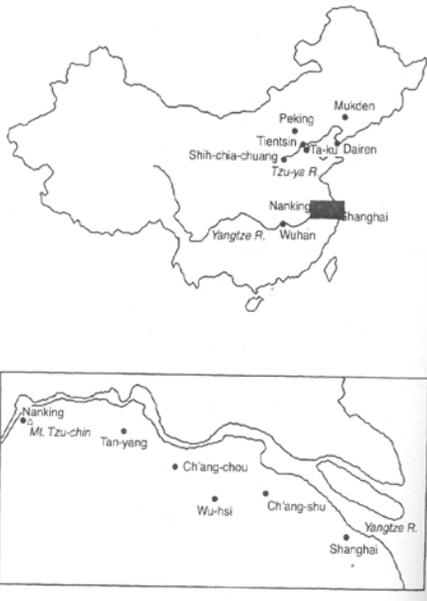
²²⁶ Shunsuke Tsurumi, *Ideología y literatura en el Japón moderno*, México, El Colegio de México, 1980. pp. 66-67.

²²⁷ Premio establecido por Kikuchi Kan en 1938, que se entrega a quienes han hecho notables contribuciones a la cultura y literatura japonesa. Lo entrega la revista *Bungeishunju*.

²²⁸ Parte de P.E.N. Internacional, la asociación mundial de escritores fundada en Londres en 1926. La rama japonesa fue fundada en 1935.

Formó parte de la Academia Japonesa de Arte. Fue además presidente de la Asociación de Escritores Japoneses y de la Alianza Literaria Japonesa en defensa del copyright. Murió en 1985 por una complicación de úlcera gástrica y neumonía.

3.2.1 Soldados vivos y la censura



Mapa 2. Mapa de las principales ciudades que el batallón de Nishizawa atraviesa en la obra. (fuente: Ishikawa Tatsuzo, *Soldiers Alive.*)

Soldados vivos es una novela en la que se describe la marcha de un batallón del ejército desde su desembarco en Ta-ku, pocos días después de la caída de Beijing, hasta la toma de Nanking. A lo largo del libro se describen las batallas en cada una de las ciudades por las que pasan, las relaciones que establecen con la gente del lugar y las dificultades que enfrentan aun cuando no están en combate.

En la novela no se habla de hecho de los sucesos de Nanking, sino de diversos incidentes en los que la tropa participa en su camino hacia la ciudad. Sin embargo, Ishikawa tomó los elementos de la realidad de Nanking que había presenciado y los representó en las acciones de sus soldados en los

pueblos y ciudades que ocupaban en el trayecto, y que no se alejaban del todo del día a día en las ciudades y pueblos ocupados en la vida real.

El texto resalta a un grupo particular de soldados dentro del escuadrón. El coronel Nishizawa es quien está a cargo de la tropa y sirve como guía moral para los demás personajes. Entre los soldados se destacan el sacerdote Katayama, el estudiante de medicina Kondō, el soldado de primera clase Hirao, el teniente Kurata, y el soldado Kasahara quien representaba al soldado ideal según lo concebía la milicia. En el transcurso de la historia se ve el desarrollo de estos personajes y los efectos que el campo de batalla tiene sobre ellos, cómo afecta su

comportamiento y cómo se transforman sus pensamientos e ideas en el contexto de violencia que viven.

Uno de los mitos narrativos de la guerra era que, una vez obtenido el triunfo, las ciudades chinas serían pacificadas y el estilo de vida de sus habitantes mejoraría gracias al apoyo que recibirían de Japón. Ishikawa desmentía este discurso contundentemente en diversos pasajes. Describía en repetidas ocasiones la destrucción a la que eran sometidas las ciudades conquistadas, realidad que había presenciado en Nanking. Las casas se colapsaban, las calles quedaban cubiertas de escombros y sus habitantes trabajaban a la orden de soldados japoneses para enterrar los cadáveres en fosas comunes.²²⁹ Al abandonar una ciudad o pueblo, el autor señalaba que los soldados le prendían fuego “no solo para demostrarse a sí mismos su resolución de nunca retroceder, sino también para denegarles refugio a sus enemigos dispersos.”²³⁰ La novela mostraba que, contrario a las promesas, la destrucción no terminaba con la victoria, y que el ejército japonés le daba mayor prioridad a perjudicar a sus enemigos que a garantizar el bienestar de los civiles chinos a quienes supuestamente protegía. Ishikawa resaltaba las penas y sufrimientos del pueblo chino, poniendo énfasis en que la pacificación prometida no se había llevado a cabo de la manera esperada.

La catástrofe también se representaba en las numerosas descripciones de cadáveres chinos, que parecían estar presentes a donde quiera que fueran los soldados: Junto a las vías del tren, apilados unos sobre otros, secos y marchitos; en las veras de los ríos, enredados entre las raíces de los árboles, devorados por gatos o perros salvajes. Esta constante presencia podría ser un intento de dar a entender que el ejército japonés sólo dejaba un sendero de muerte por donde quiera que pasara.

Los efectos sociales y psicológicos a largo plazo de estas guerras incesantes también se representaban en la novela, aunque no fueran uno de sus temas centrales. En una escena, los soldados conversaban sobre sus deseos de

²²⁹Tatsuzou Ishikawa, *Soldiers Alive*, Trad. Zeljko Cipris, Honolulu, The University of Hawai'i Press, 2003, p. 66.

²³⁰*Ibid.*, p. 126.

hallar una *ku-niang* [sic], palabra con la que se referían a las mujeres jóvenes. La narración anotaba que “en los pueblos que [el ejército] tomaba del enemigo, rara vez había mujeres jóvenes, sólo niños y ancianos”.²³¹ Este pasaje insinuaba que las mujeres chinas sabían que serían victimizadas si permanecían en los pueblos que se habían convertido en campos de batalla, por lo que elegían escapar o esconderse donde los soldados no pudieran hallarlas.

Incluso en los pueblos que ya habían sido “pacificados”, se mostraba que los chinos estaban en desventaja. Cerca del final de la novela, dos de los soldados, Hirao y Kondō, son enviados a Hung’kou, una ciudad que había sido casi completamente abandonada por sus habitantes y posteriormente ocupada por comerciantes japoneses. Una vez que llegaron a su destino, un oficial les relató una anécdota sobre un chino que le reclamaba a un japonés por la propiedad de su casa y todo lo que en ella había. La respuesta del japonés fue: “¿De qué está hablando? Este es un territorio ocupado. Todos y cada uno de los edificios en Hungk’ou están bajo jurisdicción del ejército japonés. ¡Váyase!”²³²

Estas escenas contradecían directamente los discursos oficiales sobre la labor que el Ejército Japonés desempeñaba en China. En lugar de liberar y pacificar el país para beneficio de sus pobladores, los que terminaban ganando eran los comerciantes japoneses que llegaban a expandir sus negocios en los pueblos conquistados. Esta realidad no era totalmente un secreto. Muchos de los soldados enlistados en el ejército esperaban establecerse en China para hacer fortuna una vez que terminara la guerra. Inclusive, algunos de los que hablaban en favor de la guerra utilizaban los beneficios que los ciudadanos japoneses obtendrían de ella como una razón más para apoyarla.²³³

Los soldados estaban eufóricos. Este continente abundaba en riquezas sin fin; uno solamente tenía que tomarlas. Se abría ante ellos un panorama en el que los

²³¹ Ishikawa, *op. cit.*, p. 87.

²³² *Ibid.*, p. 182.

²³³ Yoshimi Yoshiaki, *Grassroot Fascism. The war experience for the Japanese people*, Trad. Ethan Mark, Nueva York, Columbia University Press, 2015., p. 50.

derechos de posesión y propiedad privada de los habitantes eran como frutos silvestres que los soldados podían recoger como desearan.²³⁴

Es claro que, aunque algunos sectores de la población estaban de acuerdo con que los japoneses se beneficiaran a costa de los chinos, Ishikawa no lo estaba. Por el contrario, denunciaba esta mentalidad, presentando a los chinos despojados como víctimas y como objetos de empatía. Sin embargo, esta forma de pensar iba en contra de los ideales propagandísticos, que deseaban evitar a toda costa la fraternización con el enemigo, especialmente para evitar que se simpatizara con los prisioneros de guerra capturados. El enemigo debía ser objeto de odio, no de lástima.²³⁵

Para los soldados de Ishikawa, no sólo las posesiones materiales, sino las propias vidas de los chinos son objetos sobre los que tienen derecho y potestad, sólo que en este caso, no las ven como riquezas sino que al contrario, no tienen para ellos ningún valor y pueden ser fácilmente desechadas. Los incidentes más notorios de violencia y crueldad suelen efectuarse contra las mujeres. La búsqueda de chicas jóvenes en las villas vencidas es una constante a lo largo de la novela, así como uno de los temas más recurrentes de conversación entre los soldados. Estas mujeres sólo eran percibidas como un objeto sexual desechable. Aunque la novela no hacía ninguna referencia explícita a violaciones o ataques sexuales, sí están presentes de forma implícita en múltiples momentos a lo largo de toda la obra.

Una de estas escenas mostraba cómo los soldados encontraban a una chica de diecisiete o dieciocho años llorando sobre el cuerpo de su madre. Al principio están extasiados de haber encontrado una *ku-niang* como tanto deseaban. Sin embargo, transcurrían las horas y la chica no dejaba de llorar, “Sus llantos se volvían cada vez más intensamente pesarosos y sacudían la oscuridad del campo de batalla en silencio.”²³⁶ Los soldados que la escuchaban se veían afectados por su pena y se compadecían de su dolor, pero eventualmente la compasión se

²³⁴ Ishikawa, *op. cit.*, p. 80.

²³⁵ Kushner, *op. cit.*, p. 65.

²³⁶ Ishikawa, *op. cit.*, p. 115.

convirtió en rabia. Sus gritos los distraían y los ponían nerviosos. Finalmente, el soldado Hirao perdió la paciencia y abandonó la trinchera, llevando su bayoneta “para matar a la perra”,²³⁷ acompañado de otros cinco soldados. Al volver con la tropa, el teniente Kasahara, quien representa el lado más cruel de la soldadesca, se rió de lo que habían hecho: “¡Ustedes sí que saben desperdiciar un bu en polvo!”²³⁸

Este fragmento fue uno de los que se vieron notablemente censurados por el departamento editorial de *Chuo Koron* antes de que la publicación de la novela fuera prohibida.²³⁹ A continuación se muestra dicho fragmento con marcas sobre las partes censuradas. Esto servirá para ejemplificar con mayor claridad los temas y palabras que se podían considerar inaceptables y cómo resultaba más importante evitar que este contenido fuera hecho público que preservar cualquier instancia de coherencia en el texto:

~~“Yo la mataré.~~

~~Eso dijo el soldado de primera Hirao mirando por encima de su hombro, corriendo con rifle en mano, en cuclillas. Cinco o seis hombres se abalanzaron desde la trinchera y corrieron a lo largo de ella, persiguiéndolo~~

~~Se apresuraron a entrar a la casa, sumida en la oscuridad. Una figura de una mujer sollozante estaba agazapada bajo la luz de las estrellas que se filtraba a través de una ventana rota por proyectiles, como lo había estado por la tarde. Hirao la tomó por la nuca y la arrastró. La mujer sostenía el cuerpo de su madre y no lo soltaba. Un soldado le retorció las manos y separó el cadáver de la madre. Arrastrando la parte baja de su cuerpo por el suelo, sacaron a la mujer por la puerta.~~

~~Hirao perforó el área del pecho de la mujer con una bayoneta, mientras gritaba con voz estridente, como si hubiera enloquecido. Todos los otros soldados también siguieron apuñalando su cabeza, estómago, y todo el cuerpo con sus bayonetas. La mujer estaba viva a duras penas después de unos diez segundos. Yacía rendida en la tierra oscura como una pieza plana de un futon. El olor de sangre fresca, cálido y sofocante, llegaba a los rostros enrojecidos de los soldados.~~²⁴⁰

Como se ve en el texto, todas las referencias a la presencia de una mujer fueron eliminadas, como también todas las menciones de violencia. Sin embargo

²³⁷ *Ibid.*, p. 116.

²³⁸ Ishikawa., p. 117.

²³⁹ Haruko T. Cook pudo recuperar un ejemplar original de la revista e hizo público qué partes fueron censuradas por los editores de *Chuo Koron* en su artículo “The Many Lives of Living Soldiers”, *op. cit.*

²⁴⁰ Traducción propia a partir del fragmento expuesto en Cook, H., “The Many Lives...” p. 158.

no se omitía la mención de los gritos enloquecidos de Hirao, a pesar de que mostrar las emociones de los soldados estaba prohibido. Un lector que viera el fragmento censurado posiblemente podría intuir que estaba ocurriendo un acto de violencia contra una persona desarmada. Que en el siguiente párrafo no se eliminara el comentario salaz de Kasahara implica que la víctima era una mujer aunque el texto censurado no lo dijera explícitamente. En esto se percibe la intención del editor de dar un mínimo indicio de lo que sucedía en la escena, como parte del ya mencionado lenguaje específico que se había desarrollado entre la revista y el público al que iba dirigida.

3.2.2 Soldados vivientes, contradicciones y conflicto moral de la guerra

A pesar de mostrar múltiples escenas de violencia descarnada, la novela de Ishikawa no condenaba explícitamente la guerra. Al igual que los mensajes oficiales del gobierno, las ideas que se exponían en el texto llegaban a ser contradictorias. Tras la victoria en Nanking, se muestra al segundo teniente Kurata lamentando profundamente la miseria de la ciudad mientras la recorría y horas más tarde, mientras bebía con el resto de la tropa, hizo la siguiente reflexión:

La riqueza que Nanking ha perdido debe sumar ya billones. Sin importar el resultado de la guerra, estoy agradecido de todo corazón porque esta guerra no tuvo lugar en Japón. El tesoro de una nación se ha perdido, su pueblo no tiene comida ni ropa, sus mujeres son brutalizadas –si esto fuera Japón, ¿qué pensarían de ello?²⁴¹

Este comentario llama la atención porque el autor parecía pedir al lector que sintiera empatía por los enemigos vencidos y tratara de ponerse en su lugar. Si la guerra hubiera ocurrido en Japón, serían sus ciudades las que arderían y quedarían reducidas a escombros; sus compatriotas pasarían hambre y morirían de formas terribles y violentas, y sus mujeres serían violadas o asesinadas. La pregunta de Kurata fue respondida por otro soldado, un líder de pelotón cuyo nombre no se menciona:

²⁴¹Ishikawa, *op. cit.*, p. 165.

Yo, personalmente, no creo que Nanking pueda recuperarse nunca. Vamos, dos tercios de ella están completamente quemados. No hay nada que se pueda hacer con esas ruinas calcinadas. Aquellos que pierden una guerra sufren verdadera miseria, y no hay nada que hacer para evitarlo. Así que pienso que un país no debe ser impulsivo para ir a la guerra, pero si decide pelear, deber hacer hasta lo imposible por ganar. Aunque signifique cargar a los hijos de sus hijos con deudas, más le vale ganar.²⁴²

En este diálogo vemos la transición desde la empatía con las desgracias de los vencidos y los estragos que causa la guerra, hacia una justificación de la misma. Para Ishikawa, un país debía ser cauteloso al momento de decidir si ir a la guerra, pero si debía hacerlo y lo hacía, tenía que asegurarse de triunfar, pues la nación que fuera derrotada sería la que sufriría las peores miserias.

Otro punto importante sobre la forma en que el autor justificaba la guerra es que hacía referencia a la carga económica que ella representa. Conforme la guerra se prolongaba, el gobierno japonés debía hacer más campañas invitando a la población a la austeridad. Esto provocó gran descontento, especialmente en las comunidades rurales que sufrían mayores privaciones –el ejército tomaba sus caballos, reclutaba a los trabajadores del campo, y aumentaron los precios de la comida– y no parecían obtener ningún beneficio a partir de la guerra, como sí lo hacían las ciudades.²⁴³

Ishikawa establece su convicción sobre la necesidad de que Japón triunfe en la guerra, declarando que las privaciones económicas –presentes o futuras–, son indispensables para evitar una tragedia mayor. Al mismo tiempo muestra a China como víctima, no como un enemigo a vencer, sino como una nación despojada por la brutalidad de la batalla y que no ha recibido la paz y el bienestar que se habían prometido al inicio de la lucha. En esta breve conversación entre dos soldados se muestran dos facetas muy distintas del autor y sus conflictivas opiniones sobre la guerra.

Desde la publicación de *Soldados vivientes* y hasta la posguerra, los comentarios de Ishikawa sobre el tema de la guerra y su postura al respecto tendieron a ser

²⁴² *Ibid.*

²⁴³ Yoshimi, *op. cit.*, p. 59.

contradictorios. La idea de empeorar la reputación del ejército con el fin de darle a la población más confianza sobre sus combatientes –que utilizó para defenderse en su primer juicio– parece incluso absurda. Mientras duró la guerra, Ishikawa nunca expresó estar en contra de ella. Sin embargo, en entrevista después de la guerra aseveró que ya desde antes de ir a Nanking sentía gran rechazo hacia las comunicaciones oficiales sobre el campo de batalla:

Los reportes en la prensa japonesa eran todos mentira. Nos dijeron que Japón estaba peleando una guerra santa, que los soldados japoneses eran criaturas cuasi-divinas, y que la paz y la armonía reinaban en los territorios ocupados por nuestras fuerzas. Pero la guerra no puede ser tan gloriosa. Es brutal, miserable, idiota.²⁴⁴

Esta declaración tan radicalmente antimilitarista no concuerda del todo con las ideas que se manifiestan en *Soldados vivientes*. Por el contrario, la narrativa de la novela sugiere que el autor estaba de acuerdo con la noción de que la lucha era “necesaria” para pacificar China, lo que rechazaba eran los métodos empleados por la tropa. Cuando las autoridades de la ocupación estadounidense quisieron utilizar la novela como evidencia de los crímenes en Nanking, Ishikawa se negó a cooperar.²⁴⁵ Sin embargo, esto no le impidió denunciar las brutalidades que ocurrían en el campo de batalla, los crímenes que los soldados cometían contra los civiles chinos, o describir el deplorable estado de las ciudades ocupadas.

Es muy posible que las inconsistencias se deban a que Ishikawa haya declarado tener posturas diferentes según le pareciera más adecuado, dependiendo de la situación y las posibles consecuencias, adaptando su supuesta opinión con el fin de evitar represalias. También se podría pensar que, además de la intención calculada de evitar la censura, él mismo estuviera indeciso sobre el tema, lo que provocaba que se contradijera a sí mismo cuando intentaba explicar sus opiniones.

²⁴⁴ Citado en Keene, “The Barren Years”, p. 71. Aunque fue común que muchos escritores y figuras públicas mintieran sobre su posición con respecto a la guerra una vez que esta había concluido, Keene considera que diferentes comentarios de Ishikawa permiten ver que estas declaraciones de posguerra expresaban sus verdaderos sentimientos previos a su visita a Nanking.

²⁴⁵ Stevenson, *op. cit.*, p. 10.

Al mismo tiempo que planteaba la guerra como una lucha inevitable, el texto también parecía querer mostrar las contradicciones entre las promesas del gobierno en cuanto a la coexistencia con las otras naciones del este de Asia. Los discursos oficiales garantizaban que la lucha de Japón en China era completamente desinteresada y que sólo buscaba el bienestar de los pueblos de Asia. Ishikawa, por otro lado, mostraba a los japoneses sacando provecho de la desgracia para detrimento de los habitantes que supuestamente estaban protegiendo.

A través de las voces de sus personajes y las reflexiones y discusiones que tienen, el autor dejaba entrever su opinión sobre la guerra como un mal necesario. Justificaba su existencia y remarcaba la importancia de las acciones que el ejército japonés llevaba a cabo –aunque pocas veces hizo alusión directa al concepto de la co-prosperidad, que era uno de los grandes estandartes de la campaña militar o a otros slogans y lugares comunes de la propaganda.

Sin embargo, también criticaba la forma en que el combate afectaba las mentes de los soldados y la devastación que dejaba a su paso. Hacía énfasis en el sufrimiento de los chinos y pedía al lector –intelectual, de tendencia liberal– que empatizara con los enemigos, al mostrar a los soldados atormentados por los crímenes que cometían y la desgracia que los habitantes chinos atravesaban. Condenaba la mentalidad fría y cruel que el ejército parecía buscar en sus soldados y remarcaba cómo el campo de batalla transformaba a los hombres.

Ishikawa no fue el único escritor cuyas opiniones durante y después de la guerra parecían inconsistentes o incluso contradictorias. Fue común que otras figuras públicas e incluso la misma población se retractaran de sus declaraciones pro-guerra, o que aseguraran que siempre habían estado en contra. En el caso particular de Ishikawa, Donald Keene considera que sus diferentes comentarios expresados durante la guerra indicarían la sinceridad de sus declaraciones en contra de la guerra en años posteriores. Sin embargo, partiendo del contenido de la novela, es más factible pensar que Ishikawa no se ubicaba claramente en uno de los dos extremos, sino que sus ideas conformaban un punto medio entre el

fervor bélico y un anti-militarismo recalcitrante. Es decir, juzgaba que la guerra era imprescindible y al igual que el resto de los japoneses, no deseaba ver a su país derrotado, pero reprobaba las conductas violentas del ejército en los territorios invadidos.

Anteriormente se mencionó que Hino e Ishikawa tuvieron trayectorias superficialmente similares. Igualmente sus novelas de guerra eran aparentemente parecidas. Sin embargo, las obras tenían diferencias temáticas y tonales profundas que hicieron que una se convirtiera en la cara oficial de la guerra y fuera empleada como propaganda y difundida a gran escala, mientras la otra fue purgada de raíz y se impidió que llegara a ojos del público hasta terminada la guerra. Hino Ashihei fue alabado por el ejército y aclamado como celebridad mientras Ishikawa Tatsuzo pasó los años de la guerra bordeando los límites de lo permitido para evitar represalias. Y al término de la guerra, sus roles se invirtieron, dándole a Ishikawa una larga carrera en el rubro de las letras mientras Hino era acusado de cómplice de la guerra, censurado y rechazado por la comunidad literaria, concluyendo con su suicidio tras quince años de seguir escribiendo para defender su propio trabajo y a los soldados en los que tanto creía.

En el siguiente capítulo se verán los temas comunes a los dos textos y se analizarán cuáles fueron las sutiles –y no tan sutiles– diferencias que marcaron tan drásticamente el destino de las dos obras y sus autores.

CAPÍTULO 4 SIMILITUDES Y CONTRASTES: LA FRONTERA ENTRE PROPAGANDA Y CENSURA

Hasta ahora se ha presentado a la *Trilogía de los soldados* de Hino y los *Soldados vivientes* de Ishikawa como obras que incidentalmente se oponían una a la otra. Sin embargo, como se mencionó anteriormente, a nivel superficial tenían muchas semejanzas. En primer lugar, fueron escritas con meses de diferencia –aunque una de ellas no se haya publicado en su momento– y trataron cuestiones similares pues retrataron el mismo momento histórico de los primeros años de la guerra con China. Y más importante aún, estos dos trabajos comparten ejes temáticos y discursivos que sólo se diferencian por su intencionalidad. Esto último fue lo que determinó su aceptación o rechazo por parte de la censura estatal.

En este capítulo se revisarán tres temas que aparecen en ambas novelas: las características de los soldados como personajes, la representación de los chinos, principalmente civiles, en cuanto a su relación con los soldados japoneses, y finalmente la presencia o ausencia de la figura imperial en las obras como manifestación patriótica y el uso de la bandera del Sol Naciente como símbolo de los mensajes que cada autor quería transmitir. Se señalarán en qué se distingue el tratamiento de estos temas en cada novela y de qué manera las palabras de Hino hicieron de su obra un medio ideal de propaganda, mientras los mensajes de Ishikawa lo convertían en objeto de censura.

Con lo anterior, será posible determinar los límites de lo permitido y lo prohibido en el medio de la literatura y los medios de comunicación durante la guerra, qué ideas se podían dar a conocer y cuáles se quería evitar que se difundieran.

4.1 La representación de los soldados en las novelas: Sentimentalismo y violencia

Algo que las dos novelas tienen en común es que trataban el estado mental de los soldados. Ambos autores mostraron el lado más emocional y vulnerable de sus personajes. Los soldados de las dos novelas son seres humanos, con sentimientos complejos y frecuentemente conflictivos; a veces se los hace ver frágiles y sensibles, algo que, como se ha mencionado, no estaba permitido por los censores oficiales. Para la milicia, el soldado debía mostrarse como invulnerable y fuerte, dedicado en cuerpo y alma a la causa nacional y cualquier despliegue de sentimentalismo podía hacerlo ver débil. Mostrar la emotividad del soldado también podía verse como una manifestación de individualismo, lo cual iba en contra de las nociones de Japón como un ente colectivo y espiritual, libre del materialismo occidental.

El componente sentimental tomó formas muy distintas en las dos obras, y esta distinción fue uno de los factores de relevancia que determinó que las novelas tomaran caminos opuestos en el rubro mediático. Aunque los dos mostraban a sus soldados sufriendo, cuestionándose a sí mismos y a veces abrumados por sus sentimientos, las emociones que experimentaban y la forma en que éstas se manifestaban eran distintas.

En el caso de *Soldados Vivientes* el hilo conductor del desarrollo de los personajes es el tema de la “deshumanización” del soldado como individuo en el colectivo de la milicia. La crueldad y las dificultades de la guerra hacían que la voluntad y moral individual se disolvieran. El soldado como ente racional, sus ideas y sus pensamientos, desaparecía ahogado por el impulso del grupo y sus circunstancias. El propio texto proponía que el campo de batalla homogeneizaba a los hombres: “poseía un poder asombroso para transformar a todos los

combatientes en hombres de caracteres idénticos, pensamientos idénticos y necesidades idénticas.”²⁴⁶

La personificación de esta idea es el personaje del teniente Kasahara quien es llamado “el epítome del soldado” en un nivel práctico –su pensamiento es simple, su mente es estable y no es vulnerable a sensibilidades, el tipo de hombre que el ejército deseaba. Es un joven sin educación y criado en una granja, del cual se dice que nació para la guerra. A diferencia de otros soldados, “las carnicerías que perpetraba no afectaban sus emociones en lo más mínimo.”²⁴⁷ El texto da a entender que todos los soldados tarde o temprano se volverán iguales a Kasahara, dejando atrás sus sensibilidades y racionalidad.

Aunque Kasahara personifica al soldado “perfecto” según los criterios del ejército, cuando el autor describe sus cualidades, resalta que su “valentía” también lo hace propenso al sadismo y la violencia. De hecho, en la primera parte de la novela, cuando describe el valor de los soldados, las alabanzas a sus virtudes van mezcladas con señalamientos de sus defectos. Para Ishikawa, los soldados son ejemplo de coraje, pero también están plagados de emociones turbulentas e innobles, como es el caso del soldado de primera clase Hirao, uno de los personajes más complejos y atormentados:

Su valentía era un tanto desesperada y teñida de sadismo, un coraje que se acercaba a la demencia. Detrás de él había eco un alarido rabioso que marcaba la desintegración de su romanticismo.²⁴⁸

Por lo general, la noción de valor se considera una característica positiva a la que todos deben aspirar. Formaba parte de las siete virtudes de la ética samurái. Pero en este fragmento, Ishikawa la asocia con conceptos como el sadismo, la rabia y la demencia, con lo cual, esta virtud del personaje queda corrompida.

Como señala Donald Keene, un componente importante del mensaje de deshumanización parte de que los soldados de Ishikawa eran personas comunes

²⁴⁶Ishikawa, *op. cit.*, pp. 100-101.

²⁴⁷Ishikawa, *op. cit.*, p. 103.

²⁴⁸*Ibid.*, p. 104.

y corrientes. Los personajes que tienen mayor presencia en la novela, eran originalmente civiles con ocupaciones poco relacionadas con la milicia:

Un oficial, antes un profesor de primaria, que todavía les escribe cartas detalladas a sus amados pupilos, aún en medio de la brutalidad de la batalla; un sacerdote budista desarmado que aplasta los cerebros de civiles chinos con una pala; un intelectual que apuñala a una mujer china hasta matarla, después de haberla desnudado primero; un 'romántico' que le clava su bayoneta a una mujer que llora porque el sonido lo enerva; un campesino que no se molesta en limpiar la sangre de su espada después de decapitar chinos.²⁴⁹

Las profesiones de estos soldados se podían asociar con un alto nivel de integridad y sencillez. Además, se distinguían por su actitud de servicio, de guiar o salvar a otras personas –la religión, la docencia, la medicina–. Una vez presentados estos personajes en cuanto a sus relaciones con la vida civil, nos muestra cómo la realidad de la guerra los altera de tal manera que su moralidad y sus dudas desaparecen o se transforman. Este cambio no aparece de manera directa con un antes y un después, sino que se representa en las reflexiones de los mismos soldados sobre sus ocupaciones anteriores y el papel que juegan o no en el campo de batalla. Al internarse en los pensamientos, la novela muestra a los personajes alejarse o incluso rechazar sus anteriores disciplinas, pues les resultan inútiles en el momento que están viviendo

Uno de los ejemplos más claros es el cabo Kondō, un estudiante de medicina. A lo largo de la novela, Kondō reflexiona que su cercanía a la medicina le permitía ver el campo de batalla como objeto y le evitaba caer en la melancolía de Hirao, sin convertirse tampoco en el salvajismo de Kasahara. Sin embargo, al mismo tiempo medita sobre lo fútil de la disciplina médica en un mundo en que la vida era tan efímera y fugaz; siente que sus conocimientos carecen de provecho cuando la muerte llega tan fácilmente.²⁵⁰

Posteriormente, la historia se desarrolla en sentido contrario de las expectativas de Kondō. El campo de batalla sí lo cambia. Su inteligencia se entorpece y sólo le interesa seguir órdenes y auto-degradarse “pisando

²⁴⁹ Keene, “The Barren Years”, p. 72.

²⁵⁰ Ishikawa, *op. cit.*, p. 118.

deliberadamente un cadáver chino o prendiéndole fuego a una casa”.²⁵¹ El mensaje de Ishikawa es claro: la guerra atrofiaba las mentes de los soldados, los convertía en salvajes que no pensaban por sí mismos.

Al mostrar a Kondō tachando la medicina como inútil, el autor da a entender que las vidas, los cuerpos y la salud de las personas en el campo de batalla no pueden ser salvados. Posteriormente, al hablar de otro personaje, un sacerdote de nombre Katayama, señala lo vacío de la religión, con lo cual, implícitamente está diciendo lo mismo sobre las almas: “El campo de batalla le arrebató su inteligencia al licenciado en medicina Kondō, de la misma forma en que lo hizo con la fe de Katayama Genchō”.²⁵² La guerra convertía a hombres dedicados a sanar y ayudar a las personas, en combatientes desencantados –e, insinúa, imbéciles y sin voluntad– que se dedicaban únicamente a cumplir sus funciones como parte del aparato militar.

En contraste con esta visión tan lúgubre, las novelas de Hino pretendían mostrar las mejores cualidades de los soldados. Para él, la homogeneización de la tropa era algo natural y positivo. Sus relaciones con la clase obrera se ven reflejadas en su enfoque en el colectivo de los soldados rasos. Los personajes no tienen individualidad, todos representan el mismo arquetipo, tanto así que rara vez se dice algo de las personalidades de cada uno. A excepción del narrador, es imposible identificar un grupo de personajes principales. Los pocos soldados cuyos nombres llegan a mencionarse, aparecen en una sola escena e inmediatamente vuelven a disolverse en la colectividad. De este modo hace ver a todos los soldados como una masa de seres iguales que comparten las mismas virtudes, atraviesan las mismas penas y experimentan los mismos sentimientos y esto permitía que los lectores se sintieran emocionalmente cercanos a los personajes. Estos soldados, además, reflejaban las virtudes ideales de los japoneses que compartían tristezas y miedos con ellos.

²⁵¹ *Ibid.*, p. 168.

²⁵² *Ibid.*

La obra de Hino no se presenta como explícitamente ultranacionalista. No abogaba por la superioridad de Japón como nación ni de los japoneses como raza, ni propugnaba por la pureza de lo japonés o la gloria nacional. En lugar de esto muestra un ultranacionalismo más sentimental, enfatizando el amor de los soldados por su país en escenas muy emotivas que incitan al lector a compartir ese sentimentalismo. Sin hablar directamente de patriotismo, el autor evoca la nostalgia en los soldados desde la segunda página de la obra, cuando narra cómo el barco que los llevaría a China se alejaba de la costa:

Los hombres se amontonaron en la cubierta superior y observaron –muchos, con los ojos bañados en lágrimas- cómo la tierra patria se alejaba suave, casi imperceptiblemente en la distancia. Estuvimos ahí mucho tiempo, ondeando nuestras banderas hasta que nuestras manos estuvieran prácticamente paralizadas. No lo hacíamos para las personas que ya no podíamos ver y que ya no podían vernos, sino, quizá para las montañas y ríos del hogar que se desvanecían.²⁵³

Es de resaltar en la escena la presencia de banderas –símbolo nacional por excelencia– y la mención de los ríos y montañas como elementos de la naturaleza que perduran a través del tiempo, lo cual evoca la idea de que, sin importar qué dificultades o desastres ocurrieran, Japón prevalecería. Además, al mostrar el dolor que le provoca a los soldados alejarse de la patria, el narrador pide al lector –el público en Japón, las familias de los soldados reales que luchaban en el frente– que valorara la tierra y que apreciara el sacrificio de los soldados que se entregaban por defenderla.

Continuando en la misma temática, pocas páginas después el narrador reflexiona sobre el hecho de que la mayoría de los hombres de su unidad son ya adultos de mediana edad, “un grupo paternal”, por lo cual están más conscientes de las altas probabilidades de morir en batalla. Al contemplar un atardecer, los hombres se llenan de nostalgia:

Pronto estaremos en el campo de batalla viendo [el sol] ponerse, dejando que nuestra imaginación nos lleve a través del mar a nuestros campos y hogares en Japón, donde la gente también está observando el cielo rojo. Esa gente extraña a

²⁵³Hino, *op. cit.*, p. 4.

sus hombres, los padres, esposos y hermanos que han partido, persiguiendo imágenes de sus seres amados en algún campo solitario y desconocido.²⁵⁴

Este señalamiento es significativo, porque cumple la función de recordarle al lector que sus propios padres, hijos, hermanos y esposos estaban luchando la misma guerra, sintiendo el mismo temor y la misma nostalgia. Simultáneamente, insinúa un vínculo que une a los hombres en el frente con el lector en casa –poder contemplar el mismo atardecer y sentir añoranza por los seres queridos que estaban lejos—. Esta característica de la obra se alineaba con uno de los objetivos principales de la propaganda: lograr que la sociedad civil sintiera que era tan parte de la lucha como los soldados al otro lado del mar para avivar su disposición de sacrificio por el bien del “ente nacional”.²⁵⁵

En estos pasajes también es evidente otra característica fundamental de la propaganda: que debía ser capaz de mover los corazones de la gente, cosa que la obra de Hino lograba sin dificultad. El lector podía proyectar en los soldados idealizados de Hino sus emociones por sus familiares y sentirse más cercano a ellos, lo cual lo hacía más susceptible a mostrar apoyo incondicional por la campaña militar.

Otra forma de unir al lector en casa con el soldado en el frente fue señalar el amor que sus personajes sienten por aquello que en tiempos de paz se considerarían “placeres simples” como organizar un “picnic” improvisado, hallar fuentes de comida en plena batalla, disfrutar de “entretenimientos amateurs” en el barco camino a China, o reír mientras se cuentan viejas historias unos a otros.

Estos gustos cotidianos aparecen en muchas de las cartas de las que se compone *El lodo y los soldados*, e incluso son el tema central de algunas de ellas. En la del 10 de noviembre, el autor dice que “el mejor momento del día fue el descubrimiento de un árbol de naranjas, abundante en frutas”.²⁵⁶ En la carta del 15 de noviembre, relata cómo todos los soldados estaban muy emocionados por poder tomar un baño caliente.

²⁵⁴Hino, *op. cit.*, p. 13.

²⁵⁵Kushner, *op. cit.*, p. 17.

²⁵⁶Hino, *op. cit.*, p. 107.

Para ti debe sonar como algo muy simple e infantil [...] Los hombres se comportan como niños. Bueno, para nosotros es emocionante, y mucho. Eso te demuestra hasta qué mínimo se han reducido nuestros placeres. [...] Encontramos una alegría intensa y casi dolorosa en apreciar cosas que antes significaban poco, los placeres animales de cocinar y comer, bañarse, lavar nuestra ropa, la sensación del sol, el aire fresco y dulce.²⁵⁷

Aunque utiliza el término de “placeres animales”, lo hace con una connotación positiva. No es la sed voraz de sexo y sangre que mostraban los soldados de I shikawa, sino una añoranza inocente por las pequeñas alegrías cotidianas y necesidades esenciales que los personajes han sacrificado.

De igual manera, señala que desde el día del desembarco el 6 de noviembre hasta el 11 de diciembre, los soldados no habían recibido “un solo grano de arroz”,²⁵⁸ apuntando la carencia del alimento principal de la dieta japonesa. Para el autor era importante subrayar que incluso las cosas más básicas de la vida diaria –que el lector aún podía disfrutar– se han convertido en un lujo para los soldados. Al hacer énfasis en las privaciones que sufren los soldados, y su creciente amor por las cosas mundanas de la cotidianidad, facilitaba que el lector sintiera empatía con los personajes, se identificara con ellos y compartiera sus emociones. Además le incitaba a valorar los privilegios de los que podía gozar gracias a las privaciones que sufrían los soldados.

La cotidianidad de estos personajes está marcada por la guerra, y eso significa soportar carencias y grandes penurias. El autor muestra cómo, al tener que beber agua sucia y estar expuestos a la lluvia constantemente, los soldados se vuelven susceptibles a contraer enfermedades intestinales. Las forzadas marchas hacen que sus pies se llenen de dolorosas ampollas: “Cuando tienes tanto camino por andar, y esto con ampollas en los pies, cada nuevo paso es una pequeña tragedia” se lamenta el narrador cuando la tropa se ve obligada a volver sobre sus pasos.²⁵⁹ Describe que la fatiga es tal, que a veces los soldados no pueden continuar marchando y tienen que salir de las filas y apunta que esto los hace sentir muy avergonzados por no poder seguirles el ritmo a los otros.

²⁵⁷ *Ibid.*, p. 106.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 111.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 80.

Soldados vivientes hace todo lo contrario: elimina toda idealización y hace lo posible por eliminar el interés y compasión que el público pueda sentir por los soldados, mostrándolos como personas completamente diferentes a quienes eran cuando partieron de sus hogares.

Esta obra llega a ser tan contradictoria como lo fueron las declaraciones de su autor sobre ella. Aunque a lo largo del texto el desarrollo principal es la conversión de los soldados en seres bestiales e irracionales, este mismo proceso también sirve para hacerlos más humanos y disipar la percepción de que los soldados eran seres perfectos y casi divinos. Para lograrlo, el autor dedicó gran parte de la narración a introducirse en los pensamientos de sus personajes, dejando a la vista su lado más emocional, muchas veces con un tinte negativo, pero siempre señalando los complejos estados mentales y emocionales que atravesaban.

Aunque la novela relata múltiples incidentes de brutalidad y crímenes contra los chinos, en general los soldados no son descritos como salvajes que disfrutaban constantemente causando estragos y destrucción por donde pasan, sin sentir ningún remordimiento. Por el contrario, en muchas ocasiones se muestran los dilemas morales y las culpas que estos soldados sentían al ver las consecuencias de las luchas. En una escena, por ejemplo, el soldado de primera clase Hirao lloraba por “las penas que afligían al pueblo de una tierra vencida”²⁶⁰ mientras recordaba algunas de las escenas más horribles que había presenciado, como la de una mujer que había muerto y caído al río sosteniendo a su bebé en brazos.²⁶¹

El líder de la tropa, el coronel Nishizawa, es quizá el ejemplo más claro del remordimiento que sentían los soldados y los dilemas morales que enfrentaban en el frente. El personaje aparece como el modelo a seguir tanto para el autor como para sus subordinados, y se lo describe como un hombre que ama la paz. En la primera parte de la novela, el coronel reflexionaba sobre las vidas perdidas en el

²⁶⁰Ishikawa, *op. cit.*, p. 182.

²⁶¹*Ibid.*

campo de batalla y los enemigos que había matado: “Aunque el Coronel Nishizawa sentía amor parental hacia sus subordinados, el amor por el enemigo tampoco le era desconocido.”²⁶² El coronel desempeñaba su tarea sin vacilar pues era consciente de la importancia de la lucha, y cumplía su función oficialista como una figura paternal para los soldados, pero compartía ese amor con los enemigos y después de los hechos, sentía “un triste vacío”. Cuando el sacerdote de la tropa, Katayama le confesó que no rezaba por las almas de los enemigos muertos, el coronel se sintió decepcionado, pues esperaba que la religión diera consuelo a sus culpas y trascendiera las fronteras nacionales.

Es de notar que el autor le asigne estas características particulares –amor por la paz y por los enemigos, a este personaje–. Nishizawa es presentado como un modelo de calidad moral ejemplar y la principal autoridad de la tropa. Podría decirse que el coronel representaba al soldado ideal de Ishikawa: comprometido con su misión, dispuesto a luchar por los ideales de su nación, pero que era también compasivo. Para el autor, este debería ser el ejemplo que siguieran todos los demás soldados, tanto en la novela como en la realidad. La capacidad de empatizar con los enemigos chinos y lamentar las muertes y sufrimientos que estos atravesaban es una cualidad que el autor exaltaba en varios de los personajes, a pesar de los remordimientos y penas que esto les provocaba.

Pero es justo esta cualidad lo que hizo que estos soldados fueran inaceptables para los censores gubernamentales. Un soldado enemigo no podía ser equiparado con un soldado propio, no podía ser objeto de simpatía, especialmente si el primero estaba muerto y el segundo iba a continuar matando.²⁶³ La muerte del individuo pasaba a segundo plano en el contexto de una guerra en la que debían prevalecer los intereses de la nación. Tomar una vida ajena –en un contexto normal, el más atroz de los crímenes–, se convertía en una necesidad, pero que era mejor no mencionar. Hacer de la muerte –en la acción de

²⁶² *Ibid.*, p. 100.

²⁶³ Abel, *op. cit.*, p. 81

quitar la vida y en el cuerpo que la pierde—, el foco de la narración disminuía la importancia de “la causa nacional” y podía incluso hacerla cuestionable.

Hino por su parte, lejos de hacer de la muerte un tema problemático, lo emplea como otro elemento para mostrar la devoción de sus soldados con la causa nacional y al mismo tiempo exhibir su emotividad exaltando los fuertes lazos entre los personajes.

Lo primero está claramente representado en la dicotomía que existe entre el temor a morir y la voluntad de entregar la vida por la misión del ejército, con el honor que conllevaba. Es un tema que se hace presente casi desde el inicio de la obra y aparece con bastante frecuencia. El autor afirma que todos entienden que han decidido entregar sus vidas por su nación, y sin embargo “nadie puede desechar su vida tan fácilmente. [...] No hay tal cosa como entrenar a un hombre para que piense, sin temor, en el último momento de su vida”²⁶⁴.

Más adelante, la noche antes de desembarcar en China, el narrador concluye su carta con una despedida a su hermano y envía mensajes para toda su familia. A sus padres los conforta y les pide que recen para que a su regreso trajera honor y distinción a la familia. Sin embargo, a su esposa le asegura que ya no habrá un mañana para él y que ella debería cuidar de sus hijos y ser fuerte. Aunque teme a la muerte tanto como los otros hombres en el barco, se dirige a los soldados bajo su comando con palabras de aliento:

Es una verdadera satisfacción morir en batalla, como un pétalo cayendo del árbol de cerezo de la montaña. Tengamos coraje y luchemos bien, mano a mano, hasta el último minuto.²⁶⁵

La imagen del soldado que muere “como la flor del cerezo”²⁶⁶ era de hecho una idea presente en las mentes de los soldados de la vida real. En una carta enviada por un soldado a su familia poco antes de morir, recuperada por Haruko y Theodore Cook, se encontraba exactamente la misma frase: “Es mi muy preciado

²⁶⁴Hino, *op. cit.*, p. 7.

²⁶⁵*Ibid.*, p. 39.

²⁶⁶ La flor de cerezo en el ideario estético japonés es un símbolo por excelencia de aquello que es efímero y que por serlo, es bello.

deseo caer [como la flor del cerezo]”,²⁶⁷ lo que demuestra que Hino tomó elementos de la realidad ideológica y emocional de sus compañeros, lo cual le daba mayor credibilidad a la obra y quizá permitió que otros soldados se sintieran identificados con sus personajes al leerlo.

En la narración, en lugar de incitar a sus subordinados a luchar para seguir con vida y poder volver con sus familias, les garantiza con sus palabras que su muerte –que es casi segura– será hermosa y digna de orgullo. Aunque el narrador repite múltiples veces que no desea morir, tiene la clara convicción de que está dispuesto a hacerlo, todo sea por el bien de la misión que se les había encomendado. La misma noción está presente en *El trigo y los soldados*, claramente representada en una escena en que los soldados japoneses, rodeados de enemigos y sin posibilidad de contraatacar o escapar, se preparan para morir antes de ser capturados vivos. En ese momento, el narrador piensa:

Me había imaginado a mí mismo muriendo gloriosamente, en algún campo de batalla, gritando con mi último aliento ‘¡Larga vida al Emperador!’ Pero ahora todo lo que deseaba era vivir. El terrible deseo por vivir tanto llenó mi corazón de emoción que casi estallé en lágrimas.²⁶⁸

Estas contradicciones entre el honor de morir en batalla, –mostrando siempre la entrega del individuo hacia el colectivo que encarnaba la voluntad imperial– y el temor a perder la vida, reflejan el conflicto que enfrentaron muchas familias japonesas durante la guerra. Las familias celebraban el honor de que sus hijos, padres o hermanos fueran convocados por el ejército, el gran orgullo que esto representaba, y organizaban fiestas de despedida y ceremonias para garantizar la buena fortuna del nuevo soldado. Al mismo tiempo, tener que enviar a los hombres a la guerra podía llegar a causar muchas dificultades para las familias. Si todos los hombres eran reclutados, podían perder sus fuentes de sustento. Las familias campesinas, que ya sufrían de escasez debido a los recortes y racionamiento, perdían mano de obra para trabajar los cultivos. Además temían constantemente por las vidas de sus seres queridos que luchaban en el frente. Es posible que para muchos lectores de esa época fuera reconfortante ver sus

²⁶⁷ Cook, H. y T. Cook., *op. cit.*, p. 4.

²⁶⁸ Hino, *op. cit.*, p. 183.

miedos y sus sentimientos contradictorios –que eran mal vistos por el discurso oficialista, que no deseaba que en ningún individuo cupiera la menor duda sobre su misión de sacrificarlo todo por la patria– reflejados en los personajes de Hino, y que leer sobre las honorables muertes de los soldados en el campo de batalla les llenara de orgullo hacia sus familiares y el cuerpo militar del que formaban parte.

La segunda conexión entre los soldados y la muerte tiene que ver con esto último. Una de las formas más efectivas y emotivas en que se muestran la camaradería entre los hombres es describiendo cómo los soldados reaccionan a las muertes de sus compañeros. Antes se señaló que los personajes de la novela rara vez recibían nombres, pero hay una excepción que se debe mencionar: los personajes que mueren en batalla. En la novela hay dos escenas particularmente largas en las que se relata la muerte de un soldado.

La primera tiene lugar en el primer día de batalla, y se centra en el primer soldado en morir, un mensajero de nombre Norimoto. Después del hecho, el autor tiene una conversación con el subteniente Yamazaki, quien fue testigo del incidente y le relata cómo sucedió. El narrador explica que Yamazaki era antes un poeta, y por ello, es capaz de dar una narración embellecida de la escena, lo cual conmueve a los soldados y acentúa su pena por el compañero perdido. Esto lleva a que el autor pida a su oficial al mando que les permitan cremar el cuerpo de Norimoto para poder cargar sus cenizas consigo:

No podemos tener muchas expectativas en el campo de batalla [...] Todos estamos conscientes de ello. Aun así, es probable que nuestro destino sea el mismo que el suyo. Todos preferiríamos que nuestras cenizas fueran llevadas a casa en lugar de convertirnos en parte del polvo de este continente.²⁶⁹

La segunda escena tiene lugar a la mitad de la obra y la víctima es otro mensajero, de apellido Tanimura. Cuando una bala le perfora el vientre, el soldado acepta inmediatamente que su vida está perdida y entrega a sus compañeros un paquete con una carta para que la envíen de vuelta a su hogar. Frenético, exclama dos veces “¡*Banzai* Emperador!”²⁷⁰ y pide hablar con su comandante para

²⁶⁹ *Ibid.*, p. 69.

²⁷⁰ 天皇陛下万歳 *Tennōheika Banzai!* “¡Larga vida a Su Majestad el Emperador!”

disculpase. Mientras el comandante llora, Tanimura les desea suerte a sus compañeros y les pide que sigan luchando.²⁷¹

La escena de la muerte de Norimoto vincula el concepto de la camaradería entre soldados con la de nostalgia y el anhelo por la madre patria. La de Tanimura representa la entrega del soldado con la causa y el sentimiento de fidelidad hacia el tennō, pues se muestra más preocupado por no haber cumplido su función en la lucha que por su inminente muerte. Ambas, además, refuerzan la noción de la fugacidad de la vida en el frente, tema que, como ya se dijo, era recurrente en la obra. Y estos tres temas se conjugaron en los mensajes propagandísticos del gobierno: el soldado, como parte del ente nacional, debía entregar su vida por la causa imperial, profesando el amor que le era debido a Japón, y quienes sobrevivieran debían mostrarle devoción y gratitud a aquellos que se sacrificaron luchando por la misión de pacificación y liberación del Este de Asia.

Por otro lado, en *Soldados vivientes*, la muerte de los soldados parece un tema de poco interés. Cuando se muestran escenas de este tipo, es sólo con el fin de representar la violencia innata del campo de batalla, o como un pretexto para tomar represalias contra los chinos. Ishikawa no describe el duelo de sus soldados, no hay escenas equivalentes de luto romántico que enfatizen la belleza del dolor de los personajes. Aunque ambas novelas comparten el tema recurrente de la camaradería entre soldados, en Ishikawa no se manifiesta esta devoción por los compañeros caídos, y los personajes tienen pocas reflexiones al respecto.

Al mismo tiempo, como ya se ha mencionado, los pensamientos que atormentan a los *Soldados vivientes* están principalmente relacionados con la violencia que ellos mismos cometen contra la población china. Más que temer por su propia e inminente muerte o llorar por la de sus camaradas, se sienten agobiados por los actos crueles en los que han participado y lo que ello significa para su concepción de su propia humanidad. Las masacres de civiles chinos –y el papel que ellos mismos tienen en ellas– son mucho más significativas y tienen

²⁷¹Hino, *op. cit.*, pp. 113-114.

repercusiones más claras en el estado mental de estos soldados, que las de sus compatriotas.

Lo interesante de los soldados de Hino es que representaban un ideal, pero un ideal ligeramente diferente al que promovía el gobierno. Aunque no tuvieran nombres ni personalidades que los distinguieran unos de otros, podía resultar fácil para el lector identificarse con ellos por los rangos de emociones que demostraban, sus disfrutes y penurias mundanos y sus sentimentalismos realistas.

La diferencia crucial entre ambas obras es la manera en que deciden humanizar a sus personajes con el fin de acercarlos al público lector. Los soldados de Hino eran humanos en un sentido virtuoso y espiritual. Estaban llenos de compasión, honor y patriotismo. Su sufrimiento era causado por el temor a la muerte, el deseo de volver a sus hogares y el dolor de ver morir a sus camaradas. Pero al mismo tiempo demostraban fidelidad a la nación y a su misión, y lograban dejar de lado el miedo, entregando la vida por la causa que defendían.

Los soldados de Ishikawa compartían algunas de estas virtudes, pero también tenían una humanidad más dura y enviciada. Manifestaban deseos corporales e impulsos que no podían controlar, como la lujuria o la sed de sangre. Podían ser tan compasivos como eran crueles y despiadados. Un momento veían a sus enemigos como seres humanos y lamentaban sus miserias, y al siguiente no sentían sino desprecio por ellos y no tenían ningún miramiento en robar, violar y matar sin provocación, con la justificación de que “así se hacían las cosas en tiempos de guerra.”²⁷² Mientras Hino mostraba a los lectores que sus padres y hermanos se sacrificaban con orgullo y entrega, Ishikawa daba a entender que estos hombres ya no eran los mismos que habían sido despedidos entre vítores al abandonar sus aldeas. Sus personajes eran más complejos y multifacéticos, lo cual los convertía en un mal ejemplo de los ideales que el ejército quería promover.

²⁷²Ishikawa, *op. cit.*, p. 168.

4.2 Víctimas y victimarios: las relaciones entre chinos y japoneses en las novelas

Ya se ha hecho referencia al “mito” o discurso oficial que se utilizaba para justificar los avances bélicos sobre China. Este sostenía que las autoridades chinas –en particular el gobierno de Chiang Kai-Shek– eran viles y tercas. Engañaban a la población y sólo les importaba obtener más poder para derrotar a sus enemigos. Por otro lado, se decía que el pueblo chino era en su mayor parte inocente, víctima de las mentiras anti-japonesas promovidas por el gobierno y que necesitaba desesperadamente ser liberado. El ejército japonés se autoproclamaba el gran defensor del pueblo chino que velaba siempre por sus intereses. Se aseguraba que los chinos estarían agradecidos con sus libertadores, con quienes se mostrarían amables y serviciales. En las crónicas de la guerra, muchas veces se describía a los chinos mostrando su gratitud a las tropas que acababan de arrasar sus ciudades, sonriendo y colaborando. De haber alguna hostilidad, se culpaba a los discursos xenófobos promovidos por las autoridades locales.²⁷³

Esta mitología se reprodujo tanto en las campañas propagandísticas y en la obra de ambos autores, en una más que en otra. Si bien en *Soldados vivientes* los soldados discuten repetidas veces cómo, mientras más se acercan a Nanking, mayor es el rechazo de la población local contra los japoneses, Ishikawa no se adscribe completamente a esta narrativa, pues no muestra chinos inocentes o agradecidos con sus salvadores. Los que sonríen, lo hacen por sobrevivir:

Los habitantes, sus ropas manchadas como plumaje de cuervos, sus mangas retorcidas, abultadas y estofadas con algodón, portaban las bandas del Sol Naciente y seguramente romperían en sonrisas y saludos cada vez que se toparan con soldados. Esto era simplemente una expresión de su miseria. Como pueblo acostumbrado a la destrucción de la guerra, se había convertido en un hábito actuar serviles ante los ejércitos de ocupación.²⁷⁴

De manera indirecta, Ishikawa parece estar criticando parcialmente la mitología de los chinos liberados y agradecidos con el ejército agresor. En lugar de adherirse a las representaciones oficiales, retrataba un pueblo derrotado y

²⁷³ Como se vio en el capítulo anterior.

²⁷⁴ Ishikawa, *op. cit.*, pp.65-66.

resignado a las invasiones, que se ve en la necesidad de adaptarse para no ser sometido a mayores abusos por parte de las tropas de ocupación. Durante el juicio en el que lo condenaron por la publicación de la novela, declaró que “[la gente] cree que las masas en China están cooperando [en la guerra]... Creí que hacer que el pueblo conociera la verdad de la guerra era esencial.”,²⁷⁵ lo que podría ser una indicación de su rechazo hacia estos falsos discursos.

En contraste, las novelas de Hino se alineaban casi perfectamente con el discurso oficial y nunca llegaron a cuestionarlo. Esto se hace evidente cuando refiere que el gobierno chino fomentaba mentalidades anti-japonesas y que la aversión de los civiles contra el ejército invasor se debe únicamente a la fuerte propaganda por parte de Chiang Kai-Shek. Este tema es de hecho el aspecto del discurso oficial que está más claramente reflejado en la obra.

En la *Trilogía de los soldados*, los personajes rara vez se muestran teniendo encuentros directos con chinos, ya fueran civiles o castrenses. A pesar de ello, en las novelas son frecuentes las escenas en las que los soldados encuentran banderines llenos de eslóganes xenófobos o que incitaban a la guerra y la defensa de la patria: “Abajo el imperialismo japonés” “Expulsen a los japoneses”.²⁷⁶ Cuando los soldados entran a una escuela, hallan banderas del gobierno Nacionalista y canciones de guerra en las paredes. El narrador explica que es “fácil ver qué han estado estudiando estos niños chinos, cuán asiduamente han sido entrenados en el nacionalismo y el odio por Japón”.²⁷⁷ También describe un mapa de Manchukuo titulado “Mapa de la Desgracia Nacional” y que “trataba este territorio como parte de China”.²⁷⁸ En capítulos anteriores se describió el papel que jugó Japón en la supuesta independencia de Manchuria y en establecer un gobierno marioneta para la región, además del énfasis que se hizo en convencer a la población de que apoderarse de Manchuria era necesario para la subsistencia de Japón. Mostrando los sentimientos de frustración del protagonista

²⁷⁵ Citado en Cipris, “Introduction” en Ishikawa, *op. cit.*, p. 39.

²⁷⁶ Hino, *op. cit.*, p. 74.

²⁷⁷ *Ibid.*

²⁷⁸ *Ibid.*

al ver este mapa, Hino se convierte en ejemplo de cómo los discursos oficiales al respecto permeaban la opinión pública, es decir que estas ideas formaban parte de la mentalidad de la población en general.

No cabe duda de que efectivamente existía propaganda anti-japonesa emitida por el gobierno chino, sin embargo, es relevante que esto se mencione y enfatice en la obra de Hino, la cual se presenta como una crónica verídica, pues al hacerlo, aumentaba el peso y la validez de la retórica de pacificación que defendía el gobierno japonés. El poder comprobar que el pensamiento nacionalista estaba creando animosidad en contra de los japoneses se utilizaba como una justificación más para la expansión. Bajo la premisa de liberar al pueblo chino del yugo y el engaño de Chiang Kai-shek, el ejército japonés debía seguir avanzando sobre la jungla y conquistando ciudades, con el fin de derrocar a ese gobierno que señalaba como corrupto y falso y así posibilitar una nueva era de relaciones de cooperación entre las naciones del este de Asia.

La obra de Hino no sólo omite la presencia de cualquier soldado enemigo, sino que, son escasas las que mostraban a los soldados japoneses interactuando con la población local. Hay apenas un par de encuentros entre soldados y civiles chinos, e incluso en las escenas de lucha prácticamente no se hace mención de los enemigos, sólo de sus balas. Las villas a las que el ejército llega suelen estar desiertas, con sólo rastros de quienes las habitaban en las casas y edificios. Esto era un eco de la tendencia a enfocar el discurso en la lucha del soldado como héroe, sin dar importancia a qué fuerzas eran contra las que luchaba, así como, quizá, un intento de auto-censura por parte del autor para evitar el riesgo de presentar escenas de interacciones negativas que contradijeran el discurso de pacificación. Los pocos personajes chinos que aparecen siguen al pie de la letra las pautas de cómo eran los chinos según la visión oficial japonesa: buenos e inocentes en lo esencial, con buena disposición para recibir a las tropas invasoras.

En dos ocasiones se muestran a personajes chinos ofreciendo sus servicios a los soldados, sin pedir nada a cambio. En una escena, uno de los soldados encuentra una tienda abastecida de alimentos y carnes dulces, atendida por una

mujer que “no quiere dinero de ningún tipo”.²⁷⁹ Más adelante los soldados se topan con un niño que les proporciona una tetera con agua caliente y un par de tazas para que pudieran beber té, pero se niega a aceptar cualquier compensación por ello.²⁸⁰ Este tipo de escenas tenían el fin de remarcar el servilismo de los chinos hacia los soldados, enfatizando la noción de gratitud de los invadidos a sus invasores y pretendían demostrar que la lucha de Japón era justa y necesaria.

Cuando la novela no describe a los chinos como explícitamente acogedores con los soldados, tampoco se presentan hostiles. Incluso se les representa un tanto patéticos, con el fin de evidenciar la simpatía del narrador y resaltar su buen corazón. Por ejemplo, en medio de una batalla los soldados encuentran a una pareja de ancianos que no abandonaron su hogar y se refugiaron con un bebé. El narrador los observa tristemente y siente lástima por ellos, “mi corazón sangraba por esta gente anciana e indefensa”.²⁸¹ Aunque no hablan el mismo idioma, el narrador les pregunta por qué no evacuaron antes de que comenzara la lucha y la anciana le señaló los campos de cultivo a su alrededor: “era su hogar”.²⁸² En este segmento el autor pretende demostrar que podía existir un entendimiento entre los dos pueblos –tal como se planteaba en los discursos oficiales– al representar comunicación no verbal entre los personajes a través de un vínculo común como lo era el amor por el hogar.

Aunque este tipo de escenas tenían el propósito de exhibir los sentimientos de afecto y protección de los japoneses por los civiles que presuntamente estaban salvando, también se puede ver la condescendencia interiorizada que muchos japoneses sentían hacia China. Hino replicó casi con exactitud los discursos oficiales sobre el entendimiento y empatía entre chinos y japoneses, pero al mismo tiempo ponía en evidencia sus propios prejuicios al mostrar estas escenas de patetismo o hacer comentarios implícitamente despectivos sobre los enemigos.

²⁷⁹Hino, *op. cit.*, p. 87.

²⁸⁰*Ibid.*

²⁸¹*Ibid.*, p. 57.

²⁸²*Ibid.*

Por ejemplo, en una escena de batalla, el autor comenta sobre la persistente lluvia de balas enemigas que los asedia y piensa que los enemigos “compensan en tenacidad lo que parecen carecer en valentía”.²⁸³ La noción de que los soldados chinos eran cobardes era bastante común durante la guerra, pues se decía que, cuando veían una batalla perdida, se retiraban rápidamente. Esto iba radicalmente en contra de los valores instruidos a los japoneses, quienes preferían morir combatiendo antes que huir derrotados o permitir que los capturaran vivos.

En general, en los pasajes en los que compara a los soldados de ambos ejércitos, es notorio el desprecio velado que el autor sentía hacia los enemigos. Llama en particular la atención una escena después de la batalla en la que el narrador nota los cuerpos de soldados chinos en el suelo y comenta: “nos sorprende que los chinos abandonen a sus muertos de esta manera.”²⁸⁴ El comentario pretende establecer un contraste radical entre los lazos dentro del ejército chino y los que existían entre soldados japoneses, una idea que se ha visto era muy importante para el autor y que en la novela se manifestaba en la insistencia del protagonista de siempre cremar a sus camaradas muertos y nunca dejar sus cuerpos en el campo de batalla.

De hecho, la temática de que “los chinos abandonaban a sus muertos en el campo de batalla”, no fue exclusiva de la obra de Hino. En el recuento del tour de artistas de comedia *Warawashitai* también se reproducía una escena similar, contrastando la urgencia de los japoneses por siempre llevar a sus compañeros caídos de vuelta a casa, con las pilas de cadáveres chinos abandonados “a merced de las bestias y los elementos”.²⁸⁵ Sin embargo, al igual que muchos otros aspectos del discurso oficialista, la devoción de los soldados por nunca abandonar a sus muertos es nuevamente sólo un ideal. Como se puede ver en testimonios de

²⁸³ *Ibid.*, p. 129.

²⁸⁴ Hino, *op. cit.*, p. 145.

²⁸⁵ Kushner, *op. cit.*, p. 111.

quienes estuvieron en el frente, también las tropas japonesas abandonaban los cadáveres de sus compañeros en el fragor de la batalla.²⁸⁶

Al señalar este contraste entre ambos ejércitos, se da a entender que los enemigos no compartían el mismo compañerismo y amistad que sí había entre las tropas nacionales. Si la camaradería y devoción entre japoneses los humanizaba y los hacía más susceptibles de obtener el afecto del público, el remarcar la carencia de la misma en los enemigos logra el efecto contrario. Aunque en otros pasajes señalara las grandes similitudes entre chinos y japoneses, al hacer notar esa pequeña pero crucial diferencia evitaba que el lector sintiera demasiada compasión por el ejército equivocado, pero al hacer esto, daba evidencia de su propio desprecio hacia “los otros”.

Es imposible saber si Hino estaba consciente de las implicaciones de este tipo de escenas y comentarios, pero parece poco probable dadas sus profundas convicciones sobre la pureza de los soldados japoneses y sus intenciones. Fuera o no el caso, lo que deja a la vista es que existían contradicciones inherentes en el discurso de justificación de la guerra. Al mismo tiempo que se pretendía hermanar a China y Japón bajo el estandarte de cooperación y liberación, también se promovía la idea de que China era una nación débil y patética y que sus habitantes no poseían honor ni eran dignos de respeto.

El balance era inverso en *Soldados vivientes*. En esta obra se muestran múltiples escenas de contacto entre soldados japoneses y civiles chinos, pero pocas que refirieran a la propaganda anti-japonesa. La novela muestra el desdén que los soldados sienten por los chinos en múltiples escenas. Ni siquiera se trata de un sentimiento específico para los humanos, pues incluso los caballos chinos son detestados por los soldados, “incapaces de sentir ningún afecto por los caballos de una nación enemiga. Los maltrataban sin piedad, y cuando colapsaban, los abandonaban sin mirar atrás.”²⁸⁷ En otros incidentes, Kasahara,

²⁸⁶ Testimonios de Asai Tatsuzo y Ogawa Tamotsu en Cook, H. y T. Cook, *op. cit.*, pp. 205 y 276-281.

²⁸⁷ Ishikawa, *op. cit.*, p. 112.

se refiere a los soldados chinos que asesinan como “perros”, y patea sus cadáveres cuando pasa junto a ellos.²⁸⁸

La mención de los caballos es interesante porque en el texto se plantea que estos son más resistentes que los caballos japoneses pues están acostumbrados al abuso y la mala alimentación. Esto se podría interpretar como una metáfora de las supuestas condiciones de vida bajo las que el gobierno chino tenía sometida a la población. En un mismo párrafo, Ishikawa presentaba ideas que se alineaban con el discurso oficial y al mismo tiempo lo contradecían mostrando el lado más ruin de los soldados japoneses.

El sentimiento de desprecio y desconfianza entre chinos y japoneses se acentúa a lo largo de la novela con incidentes de violencia cada vez más brutales e injustificados. Hay dos momentos particulares que ejemplifican la relación entre civiles chinos y militares japoneses, la cual estaba muy alejada de las visiones de convivencia pacífica que se presentaban en otras novelas como las de Hino. El primero de estos sucede al inicio de la novela. Como en otras escenas, los soldados exploran las calles de un pueblo en ruinas en busca de mujeres. Eventualmente encuentran a una mujer joven y hermosa, pero al entrar a su casa, ella les dispara con un revólver. En venganza, los soldados le desgarran las ropas, convencidos de que se trata de una espía y la asesinan a puñaladas.²⁸⁹

La otra escena se desarrolla en la segunda mitad de la novela, en la que el odio y desconfianza llegan a su punto álgido. El ejército llegó al pueblo ocupado de Tan'yang, cerca de Nanking. Un grupo de soldados recorre las calles cuando el Segundo Teniente Kaname es asesinado por una niña china. Ella se esconde en una casa, pero los soldados la persiguen y la acribillan a balazos junto con el anciano que se encontraba ahí. El incidente se convierte en la excusa para atacar a civiles y no-combatientes:

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 103.

²⁸⁹ Ishikawa, *op. cit.*, p. 90.

¡Bien! Si esto es lo que los chinos tienen en mente, los mataremos a todos. ¡Seríamos unos tontos si no los aniquilamos!²⁹⁰

Este diálogo en la novela de Ishikawa resalta por su similitud a la anteriormente citada declaración de un general que fue testigo de los hechos en Nanking.²⁹¹ A partir de este punto en la novela incrementan los actos de violencia contra los habitantes de los pueblos chinos. Cualquier acción que pudiera ser remotamente sospechosa se vuelve una excusa para que los personajes cometan asesinatos indiscriminados. Se recomienda a los soldados “precaución extrema [...] incluso al tratar con mujeres y niños” y se les autoriza a disparar a cualquier persona que muestre resistencia, aunque se trate de civiles.²⁹²

He seleccionado estos dos ejemplos porque tienen varios puntos en común. En los dos incidentes se muestra a civiles chinos que de alguna forma habían sido violentados o amenazados por el ejército japonés. Tanto la mujer joven como la niña habitaban en pueblos invadidos y en respuesta a esa amenaza cometieron algún tipo de agresión contra los soldados. Esto a su vez provocó una respuesta aún más violenta, y ambas fueron asesinadas con saña. El último caso además desembocó en ataques más feroces contra el resto de la población. Las dos escenas una vez más presentaban una realidad muy diferente a la que prometían los discursos oficiales sobre la convivencia pacífica entre chinos y japoneses. También contradecían lo que mostraban obras como las de Hino, sobre las actitudes de los chinos durante la ocupación y las relaciones conflictivas que tenían con los soldados. Es difícil decir con certeza si Ishikawa deseaba que sus soldados aparecieran completamente paranoicos, o si pretendía mostrar que el odio a los chinos era tal que cualquier excusa les parecía válida para masacrarlos.

La presencia o ausencia de escenas de violencia contra los chinos es quizá la distinción más importante entre las dos obras y la que determinó cuál de ellas sería canonizada y cuál sería prohibida. Mientras Ishikawa, denunciaba las agresiones violentas de soldados a civiles, Hino complementa las aparentemente

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 136.

²⁹¹ *Vid. Supra.*, nota 150.

²⁹² Ishikawa, *op. cit.*, p. 137.

cordiales y ejemplares relaciones entre ambos grupos al no mostrar a ningún soldado asesinando o violentando de ninguna manera a ningún chino.

Admitir el involucramiento del ejército en acciones tan atroces hubiera contradicho directamente el discurso de pacificación que imperaba en la propaganda. Por esto es significativa –mas no inesperada–, la omisión deliberada de cualquier incidente de este tipo en los textos de Hino. Ni siquiera abundaban escenas de japoneses matando soldados chinos en combate. Aunque se hace mención de algunas ejecuciones, nunca son descritas en gran detalle y el autor-narrador no reflexiona mucho sobre el tema. En las escasas escenas que tratan al respecto, se hace mayor énfasis en los sentimientos conflictivos del narrador al ver que los enemigos recién capturados son jóvenes y parecen temerle tanto a la muerte como él y sus colegas.²⁹³

Lo que distingue estas escenas de introspección en las obras de Hino en contraste con las múltiples descripciones del remordimiento y tormento moral al que están sometidos los soldados de Ishikawa, es que este último no omite las escenas de violencia que desencadenan estos sentimientos. Al contrario, la violencia en sí es tan esencial en la narración como las consecuencias que llega a tener en el estado mental de los soldados.

Hino cambia el foco de estas escenas –dejando las ejecuciones como fondo mientras los pensamientos del protagonista pasan a primer plano– con lo cual hace énfasis en el sentimentalismo positivo y la vulnerabilidad emocional de los personajes con el fin de humanizarlos a los ojos del lector. Al mismo tiempo se remarcaba la noción de ideales y miedos compartidos que debían hermanar a las dos naciones para su mutuo beneficio.

²⁹³Hino, *op. cit.*, p. 136.

4.3 Los emblemas de la nación: El *tennō*, la divinidad y la bandera

La alusión a la divinidad imperial fue un factor elemental al momento de legitimar la invasión. La consciencia nacional se unificaba en torno a la figura del *tennō*, cuya autoridad, por ser divina, era incuestionable. Los soldados llevaban a cabo la voluntad imperial, por lo cual todas sus acciones tenían el respaldo de los dioses y eran vistas como justas y necesarias para el bien de Japón y de Asia.

En la obra de Hino, esta noción está muy presente en las reiteraciones y metáforas que utiliza para mostrar la unidad de los soldados e insinuar que la misma debe existir entre todo el pueblo japonés y su gobierno. Cerca del inicio de *El lodo y los soldados*, el narrador hace una breve reflexión sobre cómo se disipaba la brecha entre los oficiales de alto grado y los soldados de a pie. Las formalidades jerárquicas se pierden en el contexto de la convivencia, de la humanidad compartida de los hombres. Pero por encima de todo, lo que los iguala es estar “unidos bajo una sola autoridad divina.”²⁹⁴ Y esta es una de las formas en que, implícitamente, se exaltan los valores patrióticos y se promueve el sentimiento de unión entre todos los japoneses. Al hablar sobre la autoridad divina que guiaba a los soldados, el autor hacía énfasis de manera indirecta en que todos los japoneses estaban unidos bajo esa misma autoridad y que por lo tanto debían mostrar su apoyo incondicional al ejército, tal como la propaganda militar les solicitaba.

Hino representaba esta conexión con lo divino en las escenas funerarias, en las que se muestra cómo uno de los soldados, anteriormente un sacerdote, preside las ceremonias para los caídos. En ocasiones, los soldados se refugian en templos para llevar a cabo las cremaciones, pero cerca del final de *El trigo y los soldados* se ven envueltos en una batalla que no les permite realizar un servicio formal. A pesar de ello, el sacerdote sigue entonando los cantos correspondientes, ignorando las balas que zumban a su alrededor. Uno de los oficiales le alerta que se tire al suelo para no ser blanco del fuego enemigo, pero el sacerdote se niega,

²⁹⁴ *Ibid.*, p. 10.

asegurando que nada le pasará. El narrador lo observa con admiración, señalando el misticismo y nobleza que su fe le confiere y cómo su serenidad hace que el campo de batalla pareciera un silencioso templo.²⁹⁵ De este modo, el lazo divino con el *tennō* se refleja en la fe sublime del sacerdote. Además, al resultar ileso, se refuerza la idea de que el ejército tiene la protección de los dioses, y de que las voluntades celestiales favorecen la empresa bélica.

Este personaje –que, como la mayoría de los soldados de Hino, jamás recibe un nombre– es radicalmente opuesto al sacerdote que aparecía en *Soldados vivientes* quien había perdido la fe en la capacidad de su propia religión de salvar almas. Los soldados de Hino estaban explícitamente vinculados a la divinidad imperial, pero para los de Ishikawa ésta pareciera ser inexistente, pues nunca se menciona.

El personaje del sacerdote Katayama confiesa que su religión le parece “un desastre” y que, contrario a sus propias expectativas, no es capaz de rezar por las almas de los enemigos muertos. El texto menciona que al enlistarse en el ejército, Katayama guardaba la esperanza de que la religión que compartían con los chinos sería capaz de superar las fronteras y que se había prometido a sí mismo hacer funerales tanto para chinos como japoneses, pero esta voluntad se esfuma al llegar al campo de batalla: “En el momento en que se quitó su túnica clerical para ponerse un uniforme militar, perdió el corazón de sacerdote y adquirió uno de soldado.”²⁹⁶ La intención del segmento es presentar la desesperanza y miseria de la lucha. Ishikawa plantea que ni siquiera la fe es suficiente para mantener la honradez del individuo, y siendo así no quedaba nada a lo que aferrarse a un nivel espiritual.

En una escena, Katayama le confiesa al coronel Nishizawa que no reza por las almas de los enemigos muertos, lo cual decepciona al coronel, quien esperaba que la religión diera consuelo a sus culpas y trascendiera las fronteras nacionales. Con esto, Ishikawa no sólo invalida el valor de la fe en el campo de batalla, sino

²⁹⁵Hino, *op. cit.*, p. 140.

²⁹⁶ Ishikawa, *op. cit.*, p.101.

que también refuta la idea de que los aspectos culturales compartidos entre chinos y japoneses pudieran tener alguna influencia en la pacificación y alianza entre los dos países –ideas que sí están presentes en las novelas de Hino.

También se debe señalar que Ishikawa nunca critica los conceptos de “ente nacional”, ni cuestiona si la misión de sus soldados está o no apoyada por la divinidad imperial. Simplemente no menciona este tema en ningún momento de la novela. Mientras Hino vincula el amor por la patria a la unidad del pueblo con el ejército y el *tennō*, Ishikawa ni siquiera refiere a la existencia de estas ideas. Su silencio al respecto, dado el tono de *Soldados vivientes*, se puede interpretar como una indicación de incredulidad e incluso deslegitimación. Aunque como se ha visto, Ishikawa no parece estar en contra de la guerra por sí misma, tampoco cree que haya una misión divina de por medio que justifique la violencia que se estaba desarrollando en China.

Hay una sola alusión patriótica en *Soldados vivientes* que constituye un gran punto en común con *El lodo y los soldados* y al mismo tiempo remarca cuán diferentes son sus mensajes de fondo. Ambas novelas concluyen con la imagen de una bandera del Sol Naciente ondeando sobre una ciudad en la que el ejército japonés ha triunfado. Los soldados contemplan la bandera mientras abandonan la ciudad y se dirigen hacia nuevos destinos. Pero el significado de estas dos banderas, símbolo patriótico por excelencia, es lo que las separa tan radicalmente.

En *Soldados vivientes*, Kondō contempla Nanking mientras su batallón se aleja de la ciudad. La bandera ondea sobre la puerta de I-Chiang, como símbolo de que la ciudad ha sido tomada, pero detrás de los muros solamente hay destrucción y muerte. Como en las otras villas que la tropa ocupó en su trayecto hacia Nanking, “sólo las banderas del Sol Naciente ondeando sobre los alojamientos del ejército señalaban que hubiera gente entre los escombros.”²⁹⁷ El contraste entre la bandera y los escombros puede verse como un símbolo de la naturaleza de la guerra. El ejército japonés se vanagloriaba de sus triunfos y de llevar paz y justicia a los pueblos chinos que conquistaban, pero lo que quedaba a

²⁹⁷Ishikawa, *op. cit.*, p. 184.

su paso era sólo muerte y desolación. La bandera que señala la victoria ondea sobre ciudades en ruinas, llenas de cadáveres, completamente diferentes a las promesas de bienestar y prosperidad que supuestamente impulsaban las acciones del ejército.

La escena final de *El lodo y los soldados* muestra cómo la tropa entra a la recién tomada ciudad de Kiashan y veían la bandera del Sol Naciente “flotando orgullosamente desde el punto más alto del portón”.²⁹⁸ El narrador la observa y sus ojos se llenan de lágrimas, su pecho se inflama con orgullo. La obra había iniciado con los soldados llorando de tristeza mientras ondeaban banderas para despedirse de su añorada patria y concluye con la misma bandera ondeando sobre la ciudad conquistada mientras los soldados lloran de alegría y satisfacción al verse triunfadores. Se completó un ciclo que debía demostrar que los esfuerzos, penas y sacrificios de los soldados –tanto los ficticios como los verdaderos- no habrían sido vanos.

En *El lodo y los soldados*, el Sol Naciente representa triunfo y esperanza. Es un símbolo de victoria y del éxito de la campaña militar que tanto le estaba costando al pueblo japonés. En *Soldados Vivientes*, la bandera representa la destrucción de la guerra. Su figura ondeante marca los lugares que han caído víctimas de la rapacidad descontrolada de los soldados. Se yergue sobre ciudades abandonadas, donde sólo quedan ruinas y muerte.

Al mismo tiempo que ocurre este severo contraste entre una visión optimista y una pesimista de un mismo símbolo, también hay una destacada similitud en cuanto al último pensamiento en ambas novelas. Ambas concluyen con la tropa protagonista abandonando la ciudad recién tomada y mirando con esperanza y emoción a las batallas que les esperaban en el futuro. Aunque hay incertidumbre en sus mentes, aunque les quedaran “interminables caminos

²⁹⁸ Hino, *op. cit.*, p. 147

enlodados”²⁹⁹ por recorrer, en sus corazones hay entusiasmo por el futuro desconocido.

Esta conclusión es esperada en el caso de Hino, pero en la novela de Ishikawa desentona con las escenas anteriores que trataban del juicio del soldado Kondō por agredir a una geisha y cómo sale librado impunemente, sin tener que cumplir ninguna condena. Quizá la intención del autor en este caso fue remarcar la ironía de que, aún después de cometer tantas atrocidades, los soldados no fueran castigados; que después de una masacre como la de Nanking, las tropas siguieran adelante como si nada hubiera ocurrido

A grandes rasgos, las novelas de Hino e Ishikawa tienen muchos puntos en común. Ambas mostraban soldados más emocionales y vulnerables de lo que se consideraba apropiado según los intereses del ejército y su propaganda. En las dos se representaban las dificultades que se experimentaban en el frente de guerra y la convicción de los soldados por triunfar y vivir o morir en la lucha. Pero diferían en el tono y la intencionalidad. La *Trilogía de los soldados* es triunfalista y optimista, mostrando el lado más positivo de sus soldados y persiguiendo obtener la empatía del público. No glorificaba la guerra y lamentaba las penas que conllevaba pero tampoco la criticaba. *Soldados vivientes* es pesimista y cruda, con soldados complejos que se cuestionaban a sí mismos y la labor que realizaban y cuya moral se pintaba en escala de grises, mostrando los aspectos más violentos y descarnados del conflicto armado. No condenaba la guerra, es más, la señalaba como necesaria, pero tampoco ignoraba los estragos que dejaba a su paso.

Aunque los caminos retóricos de las dos novelas se cruzaban en muchos puntos, sus múltiples diferencias las separaban demasiado. La irracionalidad cruel del texto de Ishikawa está muy alejada del idealismo romántico de Hino. Para la autoridad militar, fue aceptable, e incluso deseable, mostrar la vulnerabilidad de los soldados, pero siempre con un enfoque virtuoso y de sacrificio, no uno de vicio y violencia. Los soldados podían temer a la muerte, pero no podían sentir culpa por las acciones que llevaban a cabo. La bandera debía ser un símbolo de victoria

²⁹⁹Hino, *op. cit.*, p.150.

y confianza, no de muerte y brutalidad. Hablar del frente de guerra era importante y necesario, pero no se debían mencionar los actos atroces que en él se cometieran. Fueron estas distinciones en temas comunes y los silencios y denuncias deliberados de cada autor los que hicieron de uno de ellos el “vocero de los soldados” y del otro un “perturbador de la paz”.

CONCLUSIÓN

Toda obra literaria es, ante todo, un producto cultural del momento de su creación y como tal tiene valor de fuente para el estudio de la Historia. En la literatura de cualquier periodo determinado es posible encontrar pautas y códigos que nos pueden guiar a entender mejor el contexto en el que fue escrita. Estudiar esta producción nos permite tener una perspectiva diferente de algunas de las ideas más predominantes de una sociedad, su cultura y forma de pensar. En este trabajo revisamos dos obras representativas del periodo de la Segunda Guerra Sino-Japonesa, el cual dio inicio a la debacle del sueño imperial japonés. Al comparar *Soldados vivientes* y la *Trilogía de los soldados* a partir de la dicotomía entre propaganda y censura, fue posible identificar varios aspectos de la ideología generalizada de este momento tan significativo para la historia de Japón.

En este texto ha sido posible exponer las raíces ideológicas que llevaron a Japón a una guerra de promesas irrealizables. Se expuso que el impulso de crecimiento imperial estaba presente en la mentalidad japonesa más de medio siglo antes de que efectivamente se pudiera llevar a cabo. También presentamos los métodos empleados para convencer a la población de la necesidad de esta empresa, analizando las brechas entre el discurso oficial y la acción bélica, entre las promesas de la propaganda y la realidad censurada.

El contexto histórico, político y social de un periodo puede tener influencias directas e indirectas sobre una obra literaria. En las novelas de Hino e Ishikawa aquí analizadas, se pueden apreciar muestras de ambos tipos de influencia sobre su contenido y temática. La influencia indirecta se vio en los aspectos de la propaganda que permeaban el ideario colectivo en la forma en que ambas novelas representaban las ideas del discurso oficial, aunque fuera de maneras diferentes.

La forma más clara de influencia directa se vio en cómo el aparato de censura limitó en diferentes grados lo que los autores pudieron expresar. Esto se manifestaba tanto a través de los castigos y prohibiciones impuestos por el propio gobierno y que evitaron la publicación de la obra de Ishikawa, como en la

autocensura que ambos autores llegaron a efectuar con la intención de mantenerse dentro de los límites establecidos.

Además, se vieron los efectos que el contexto bélico y las aspiraciones del gobierno autoritario derivados del mismo tuvieron sobre la producción literaria de la época y las respuestas que la literatura generó frente a estos factores. Estas respuestas fueron principalmente de adaptación, ajustando la producción para que encajara dentro de los mensajes e ideas permitidos, pero también se han mostrado casos en los que las reacciones fueron de contradecir el discurso oficial o buscar márgenes de acción para exponer ideas poco permitidas, aunque fuera de forma restringida.

Como se mencionó en la introducción, las dos novelas aquí estudiadas ya han sido puestas en contraste en más de una ocasión por académicos especializados en la Guerra del Pacífico y la literatura de guerra japonesa, pues como se ha explicado, las trayectorias de las obras y de sus autores fueron muy cercanas y al mismo tiempo muy diferentes. En este trabajo hemos ahondado en esta comparación, entendiendo los factores comunes entre ambas obras y señalando sus diferencias de tono e intención, con lo que se ha podido explicar el por qué tuvieron destinos tan divergentes. Este punto es importante porque si se analiza la propaganda contra la censura, los soldados enlodados contra los soldados vivientes, vemos que no necesariamente se trata de discursos estrictamente opuestos, sino que se complementan en sus diferencias, sus silencios, sus ideas y sus denuncias, y se limitan una a la otra.

La propaganda difundía los pensamientos correctos, apropiados, las ideas que el gobierno deseaba promover e inculcar a la población. La guerra de Japón se decía justa y sagrada, los designios divinos del *tennō* debían cumplirse por el bien de la nación y por la prosperidad en Asia. La censura silenciaba las voces disidentes, castigaba a quienes fueran en contra del designio imperial, a quienes quisieran dar luz a pensamientos inapropiados. No se podía hablar en contra de la guerra ni revelar los crímenes cometidos por los soldados. Una empieza donde la otra termina. La violencia del frente de batalla no podía exponerse porque iba en

contra de la imagen del soldado como un héroe abnegado y entregado a su patria. Los soldados debían representarse como estoicos e invulnerables porque el ejército no podía permitir que se percibiera ninguna debilidad entre sus hombres. Hay textos censurados porque iban en contra del discurso oficial. Hay propaganda porque era necesario silenciar las voces de la oposición y controlar las percepciones del público sobre la guerra.

Las dos novelas se entrecruzan y complementan entre sí, y los límites entre discursos permitidos y prohibidos se difuminan cuando se analiza el contenido de ambas. Ishikawa, censurado, da una justificación de la guerra mientras Hino, emblema de la propaganda, la lamenta. Hino fue vitoreado por mostrar soldados que temían a la muerte, Ishikawa fue condenado por representar la transformación del soldado sentimental en el ideal del estoicismo militar. En partes, la obra de Ishikawa se alinea perfectamente con la propaganda, y en partes, Hino ignora lo permitido por la censura. Pero los soldados de Ishikawa traspasaban la línea entre la vida y la muerte, y sus acciones desafiaban aquello que no debía mencionarse. Hino, por su parte, al sobrepasar el límite de la emotividad permitida le dio un nuevo rostro a la propaganda, proporcionándole a la autoridad una forma diferente de llegar a la población con un mensaje doloroso pero apasionado.

Para profundizar en el análisis de las relaciones entre la literatura y el Estado en un periodo de control estricto como lo fue la primera mitad del siglo XX en Japón, valdría la pena, por ejemplo, mencionar a aquellos autores que prefirieron mantenerse al margen de los temas bélicos y escribieron obras con temáticas tradicionales y de contemplación estética o individual. Algunos, como Kawabata Yasunari lograron evitar inmiscuirse demasiado en la guerra y seguir publicando con bastante éxito, pero otros como Tanizaki Jun'ichiro fueron criticados por enfocarse en temas que se consideraban banales. También hubo quienes se opusieron a la guerra pero, a diferencia de Ishikawa, no se doblegaron ante la presión de la autoridad, sino que prefirieron salir del país, como fue el caso de Kaji Wataru e Ikeda Sachiko, quienes se exiliaron en China. Antes de la guerra existieron muchas corrientes literarias que se siguieron desarrollando y

transformando mientras duró el conflicto armado. Queda pues un campo de estudio amplio y diverso con el cual se podría dar un panorama más completo de las diferentes relaciones de la literatura con la política en el contexto de la guerra.

A lo largo de este trabajo se han expuesto las fronteras entre los discursos aceptados y los rechazados por un gobierno con control total sobre los medios de difusión e información. Pero también se ha visto que estos límites no estaban tan claramente marcados como pudiera parecer, y los ejemplos de las trayectorias de Ishikawa y Hino son una muestra clara de ello. Los casos de estos dos autores también han ejemplificado los procesos de adaptación de la literatura a un contexto determinado. Las obras quedan como testimonio del clima cultural de una nación en guerra que recibió con brazos abiertos historias de batallas gloriosas y sacrificio romántico, que no vio –quizá no quiso ver– los verdaderos costos e implicaciones morales de convertir a Japón en el líder de Asia a través de las armas.

Bibliografía

PRIMARIA

- Hino, Ashihei, *Wheat and Soldiers*. Trad. Baronesa Shidzué Ishimoto. Nueva York, Farrar & Rinehart Inc., 1939, 191 pp.
- Ishikawa, Tatsuzō, *Soldiers Alive*, Honolulu, The University of Hawai'i Press, 2003, 222 pp.

SECUNDARIA

- Abel, Jonathan E, "Canon and Censor: How war wounds bodies of writing", *Comparative Literature Studies*, Vol. 42, No.1 (2005), pp. 74-93.
- Askew, David, "Living Soldiers/Dying Soldiers: War and Decivilization in Ishikawa Tatsuzō's *Soldiers Alive*", *The Asia Pacific Journal: Japan Focus*, Vol. 3 No. 9 (Sep., 2005). Disponible en línea: apjif.org/-David-Askew/1533/article.html. Consultado el 29 de junio de 2016.
- Beasley, W. G., *Japanese Imperialism 1894-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1987, 279 pp.
- Bix, Herbert P., "Remembering the Nanking Massacre", *The Asia Pacific Journal: Japan Focus*, Vol. 1, No. 12 (Dic. 2003), URL: <http://apjif.org/-Herbert-P.-Bix/2072/article.html>. Consultado el 1 de julio de 2016.
- Chang, Iris, *The Rape of Nanking: The forgotten Holocaust of World War II*, [reimp.] Nueva York, Basic Books, 2012, 314 pp.
- Cipris, Zeljko, "Responsibility of Intellectuals: Kobayashi Hideo on Japan at War", *The Asia Pacific Journal: Japan Focus*, Vol. 3, No. 11 (Nov. 2005), URL: apjif.org/-Zeljko-Cipris/1625/article.html. Consultado el 30 de junio de 2016.
- Cook, Haruko Taya y Theodore F. Cook, *Japan at War. An Oral History*, Nueva York, The New Press, 1992, 479 pp.

- Cook, Haruko Taya, “The Many Lives of Living Soldiers: Ishikawa Tatsuzō and Japan’s War in Asia”, Mayo, Marlene J., J. Thomas Rimer y H. Eleanor Kerkham [eds.] *War, Occupation and Creativity, Japan and East Asia, 1920-1960*, Honolulu, University of Hawai’i Press, 2001, 504 pp.
- Dorsey, James y Doug Slaymaker [eds.], *Literary Mischief. Sakaguchi Ango, culture and the war*, Lanham, Md., Lexington Books, 2010. 214 pp.
- Dower, John W, *Japan in War and Peace*, Nueva York, New Press, 1993, 368 pp.
- Dresser, David, “From The Opium War to the Pacific War: Japanese propaganda films of World War II”, *Film History* Vol. 7 No. 1, Asian Cinema (Primavera, 1995) pp. 32-48.
- Goette, John, *Japan Fights for Asia*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1943, 248 pp.
- Gordon, David M. “Historiographical essay: The China-Japan War, 1931-1945”, *The Journal of Military History.*, Vol. 70, No. 1 (Ene., 2006), pp. 137-182. URL: <http://www.jstor.org/stable/3396811>
- Keene, Donald, “The Barren Years. Japanese War Literature”, *Monumenta Nipponica*, Sophia University, Vol. 33, No. 1 (Primavera, 1978), pp. 67-112. URL: <http://www.jstor.org/stable/2384256>.
- —, “Japanese Writers and the Greater East Asia War”, *The Journal of Asian Studies* Vol. 23, No. 2, (Feb. 1964), pp. 209-225.
- Knauth, Lothar, *La modernidad del Japón*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Historia, 1980, 220 pp.
- Kushner, Barak, *The Thought War. Japanese Imperial Propaganda*, Honolulu, University of Hawai’i Press, 2006, 237 pp.
- Large, Stephen S., *Showa Japan: Political, economic and social history, 1926-1941.*, Nueva York, Routledge, 1998. 381 pp.
- Li, FeiFei, Robert Sabella y David Liu [eds.], *Nanking 1937: Memory and Healing*, Nueva York, Routledge, 2002, 304 pp.

- Long, Jeff E., "The Japanese Literati and the 'China Incident': Hayashi Fusao reporting the battle of Shanghai", en *Sino-Japanese Studies*, vol. 15, 2003, pp. 27-45.
- Magistretti, William, "Japan's New Order in the Pacific", *Pacific Affairs*, Vol. 14, No. 2 (Jun, 1941), pp.198-206. URL: <http://www.jstor.org/stable/2751711>
- Mo, Shen, *Japan in Manchuria. An analytical study of treaties and documents*, Manila, Grace Trading Co. Inc., 1960. 463 pp.
- Moore, Aaron William, "The Chimera of Privacy: Reading Self-Discipline in Japanese Diaries from the Second World War (1937-1945)", *The Journal of Asian Studies*, Vol. 68. No. 1 (Feb, 2009), pp. 165-198.
- Morley, James William [ed.], *The China Quagmire: Japan's Expansion on the Asian Continent 1933-1941*, Nueva York, Columbia University Press, 1983, pp. 503 pp.
- Podoler, Guy, *War and Militarism in Modern Japan. Issues of History and Identity*, Reino Unido, Global Oriental LTD, 2009, 242 pp.
- Rosenfeld, David M., *Unhappy Soldier. Hino Ashihei and Japanese World War II Literature*, Lanham, Md., Lexington Books, 2002. 180 pp.
- Rottman, Gordon L., *Japanese Army in World War II. Conquest of the Pacific, 1941-1942*, Oxford, Osprey Publishing, 2005, 96 pp.
- Sekine, Ken., "A verbose silence in 1939 Chongqing: Why Ah Long's Nanjing could not be published", *Modern Chinese Literature and Culture Journal*, Keio University, URL: u.osu.edu/mclc/online-series/sekine consultado el 30 de junio de 2016.
- Shillony, Ben-Ami, *Politics and Culture in Wartime Japan*, Oxford, Clarendon Press, 1981, 238 pp.
- Stevenson, William R., "Japanese Soldier Writers and the American Postwar Purge of Militarists and Ultrationalists", *Journal of International and Advanced Japanese Studies*, University of Tsukuba, Vol. 5, Marzo 2013, pp. 1-15.

- Takabatake, Michitoshi, Lothar Knauth y Michiko Tanaka [comps.], *Política y Pensamiento Político en Japón, 1868-1925*, México, El Colegio de México, 1992, 409 pp.
- —, *Política y Pensamiento Político en Japón, 1926-1982*, México, El Colegio de México, 1987, 506 pp.
- Thomber, Karen J., “Early Twentieth-Century Intra-East Asian Literary Contact Nebulae: Censored Japanese Literature in Chinese and Korean”, *The Journal of Asian Studies*, Vol. 68, No. 3 (Ago, 2009) pp. 749-775.
- Tsurumi, Shunsuke, *Ideología y literatura en el Japón moderno*, México, El Colegio de México, 1980. 124 pp.
- Whitney Hall, John, *El imperio japonés*, Trad. Marcial Suárez. 16ª ed. México, Siglo XXI, 2006. 355 pp.
- Yoshimi, Yoshiaki, *Grassroot Fascism. The war experience for the Japanese people*, Ethan Mark (trad.), Nueva York, Columbia University Press, 2015. 347 pp.